MORGAN RICE



LLEGADA

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN – LIBRO 2

LLEGADA

(LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN – LIBRO 2)

MORGAN RICE

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

Algunas opiniones sobre Morgan Rice

«Si pensaba que no quedaba una razón para vivir tras el final de la serie EL ANILLO DEL HECHICERO, se equivocaba. En EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES Morgan Rice consigue lo que promete ser otra magnífica serie, que nos sumerge en una fantasía de trols y dragones, de valentía, honor, coraje, magia y fe en el destino. Morgan ha conseguido de nuevo producir un conjunto de personajes que nos gustarán más a cada página… Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores que disfrutan de una novela de fantasía bien escrita».
--*Books and Movie Reviews*

Roberto Mattos

«Una novela de fantasía llena de acción que seguro satisfará a los fans de las anteriores novelas de Morgan Rice, además de a los fans de obras como EL CICLO DEL LEGADO de Christopher Paolini… Los fans de la Ficción para Jóvenes Adultos devorarán la obra más reciente de Rice y pedirán más».
--*The Wanderer, A Literary Journal* (sobre *El despertar de los dragones*)
«Una animada fantasía que entrelaza elementos de misterio e intriga en su trama. *La senda de los héroes* trata sobre la forja del valor y la realización de un propósito en la vida que lleva al crecimiento, a la madurez, a la excelencia… Para aquellos que buscan aventuras fantásticas sustanciosas, los protagonistas, las estrategias y la acción proporcionan un fuerte conjunto de encuentros que se centran en la evolución de Thor desde que era un niño soñador hasta convertirse en un joven adulto que se enfrenta a probabilidades de supervivencia imposibles… Solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para jóvenes adultos».
--*Midwest Book Review* (D. Donovan, eBook Reviewer)
«EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros valientes e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico».

-*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos
«En este primer libro lleno de acción de la serie de fantasía épica *El anillo del hechicero* (que actualmente cuenta con 14 libros), Rice presenta a los lectores al joven de 14 años Thorgrin “Thor” McLeod, cuyo sueño es alistarse en la Legión de los Plateados, los caballeros de élite que sirven al rey… La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento intrigante».
--*Publishers Weekly*

Libros de Morgan Rice

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES
LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1) LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2) LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN
TRANSMISIÓN (Libro #1)
LLEGADA (Libro #2)
ASCENSO (Libro #3)
REGRESO (Libro #4)

EL CAMINO DE ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1) UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2) UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3) UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4) UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5) UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6) UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1) CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2) ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #3) REBELDE, POBRE, REY (Libro #4) SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5) HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6) GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7) VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1) EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2) EL PESO DEL HONOR (Libro #3) UNA FORJA DE VALOR (Libro #4) UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5) LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1) UNA MARCHA DE REYES

(Libro #2) UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3) UN GRITO DE HONOR (Libro #4) UN VOTO DE GLORIA (Libro #5) UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6) UN RITO DE ESPADAS (Libro #7) UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8) UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9) UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10) UN REINO DE ACERO (Libro #11) UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12) UN MANDATO DE REINAS (Libro #13) UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14) UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15) UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16) EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1) ARENA DOS (Libro #2)
ARENA TRES (Libro #3)

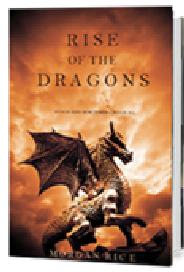
VAMPIRA, CAÍDA ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)
AMORES (Libro #2)
TRAICIONADA(Libro #3)
DESTINADA (Libro #4)
DESEADA (Libro #5)
COMPROMETIDA (Libro #6)
JURADA (Libro #7)
ENCONTRADA (Libro #8)
RESUCITADA (Libro #9)
ANSIADA (Libro #10)
CONDENADA (Libro #11)
OBSESIONADA (Libro #12)

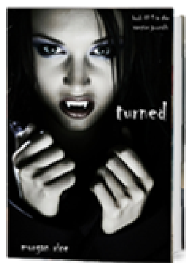
¿Sabías que he escrito múltiples series? ¡Si no has leído todas mis series, haz clic en la imagen de abajo para descargar el principio de una serie!

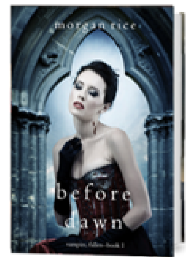


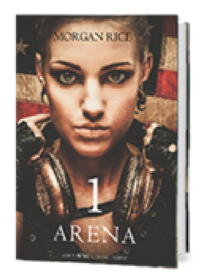














¿Quieres libros gratuitos?

Suscríbete a la lista de correo de Morgan Rice y recibe 4 libros gratis, 3 mapas gratis, 1 app gratis, 1 juego gratis, 1 novela gráfica gratis ¡y regalos exclusivos! Para suscribirte, visita:

www.morganricebooks.com

ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

Kevin golpeó la pared de monitores del búnker, en parte por la frustración y, en parte, porque en la televisión había visto que funcionaba. Sin embargo, aquí no funcionaba y eso solo avivó la frustración que sentía.

—No pueden quedarse así, en blanco —insistió. ¿No se suponía que estos sistemas estaban pensados para sobrevivir a cualquier cosa? —Ahora no, así no.

No cuando acababan de ver que el mundo se estaba acabando y la gente se reunía mientras naves extraterrestres hacían una entrada triunfal por encima de ellos. A su lado, Luna los miraba fijamente como si esperara que volvieran en cualquier momento, o tal vez solo porque imaginaba a sus padres en algún lugar por allí, subiendo a una nave extraterrestre.

Kevin la rodeó con el brazo, sin estar seguro de si la consolaba a ella o estaba intentando consolarse él.

—¿Piensas que la gente está bien? —preguntó Luna—. ¿Piensas que mis padres lo están?

Kevin tragó saliva, al pensar en la gente que hacía cola para entrar en las naves. Su madre también estaría entre ellos, en algún lugar.

—Eso espero —dijo.

—Esto no está bien —dijo Luna—. Nosotros estamos aquí seguros en un búnker, mientras todos los demás están allí atrapados… ¿a cuánta gente crees que convirtieron?

Kevin pensó en los vastos mares de gente que había en las pantallas antes de que se quedaran en blanco y en la menguante cantidad de personas que estaban allí para informar de todo.

—No lo sé, mucha —supuso.

—Tal vez todo el mundo —dijo Luna—. Tal vez nosotros seamos los últimos.

—Deberíamos echar un vistazo —dijo—. Tal vez podamos encontrar un modo de poner en marcha todo esto de nuevo. Entonces lo veremos.

Lo dijo tanto para intentar distraer a Luna como porque pensaba que tenía esperanzas de hacerlo. ¿Qué sabían ellos de arreglar sistemas informáticos? Si hubiera uno de los científicos del instituto de la NASA allí… tal vez la Dra. Levin… pero no estaba, igual que todos los demás. El vapor los había transformado, convirtiéndolos en unas cosas que iban detrás de ellos y los perseguían.

—Vamos —le dijo a Luna, apartándola delicadamente de la pantalla—. Tenemos que echar un vistazo.

Luna asintió, aunque no parecía estar asimilando mucho ahora mismo.

—Supongo.

Partieron a través del búnker por debajo del monte Diablo y Kevin miraba a su alrededor, sorprendido por su espacio. Si hubieran estado buscando en un lugar así en otro momento, podría haber parecido una aventura. Tal y como estaban las cosas, el eco de cada paso le recordaba a Kevin lo solos que

estaban. Esto era una base militar completa y ellos eran los únicos que estaban dentro.
—Esto mola —dijo Luna, su sonrisa era demasiado radiante para ser real—. Como colarse en los almacenes.
Pero Kevin podía ver que no lo decía con mucho entusiasmo. Puede que hubiera intentado ser la Luna de siempre con todas sus fuerzas, pero lo que salió fue demasiado plano para eso.
—No pasa nada —dijo Kevin—, conmigo no tienes que fingir. Yo estoy…
¿Qué podía decir? ¿Qué él también estaba triste? No parecía suficiente para comprender el fin del mundo, o la pérdida de todos los que conocían, o nada de esto, en realidad.
—Lo sé —dijo Luna—. Supongo que solo intento ser… optimista. Venga, vamos a ver qué hay por aquí.
Kevin tenía la sensación de que ella deseaba la distracción, así que se adentraron más en el búnker. Era un espacio enorme, que parecía que podría haber albergado a centenares de personas si hubiera sido necesario. Había unas tuberías y unos cables que conducían hasta las profundidades y había unas señales estarcidas con pintura amarilla en las paredes.
—Mira —dijo Luna, señalando—, por ahí hay una cocina.
Kevin sintió cómo le sonaba la barriga al pensarlo y, aunque por ahí no cortaban camino, los dos giraron hacia la dirección que indicaba la señal. Bajaron por un pasillo, y después por otro, hasta ir a parar a una cocina que estaba construida a escala industrial. Había unos congeladores situados al fondo, tras unas puertas que podrían haber protegido una cámara acorazada, y otras puertas que parecían llevar a unas despensas.
—Deberíamos mirar si queda comida —sugirió Luna, abriendo una.
El espacio que había detrás era incluso más grande de lo que Kevin esperaba, con cajas amontonadas una tras otra. Abrió una y encontró unos paquetes plateados y sellados que parecía que podían conservarse para siempre.
—Aquí hay comida suficiente para alimentarnos durante toda la vida —dijo Kevin, y entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir exactamente—. No es que… Quiero decir, puede que no tengamos que quedarnos aquí para siempre.
—¿Y si tenemos que hacerlo? —preguntó Luna.
Kevin no estaba seguro de tener una respuesta para ello. No podía imaginar vivir aquí para siempre. Apenas podía imaginar pasar la vida, por no hablar de una sola noche, dentro de un búnker—. Entonces supongo que estamos mejor aquí dentro que fuera de aquí. Al menos aquí estamos a salvo.
—Supongo que sí —dijo Luna—, mirando a las paredes como para evaluar lo gruesas que eran—. A salvo, sí.
—Deberíamos ver qué más hay aquí —dijo Kevin—. Si vamos a quedarnos aquí, necesitaremos otras cosas. Agua, sitios para dormir, aire puro. Un modo de hablar con el exterior.
Las contaba con los dedos mientras pensaba en ellas.

—Deberíamos mirar si hay otras entradas o salidas —dijo Luna—. Debemos asegurarnos de que nadie más puede entrar.
Kevin asintió, pues eso parecía importante. Empezaron a inspeccionar el búnker, usando la cocina como una especie de base, yendo y viniendo entre ella y la sala de control principal, que parecía extrañamente silenciosa sin nada en sus pantallas.
Por allí cerca había otra sala que estaba llena de equipos de comunicación. Kevin vio radios y ordenadores. Incluso había algo que parecía un telégrafo en una esquina, como si la gente de allí no confiara en que los equipos más modernos estuvieran allí para ellos cuando hiciera falta.
—Tienen muchas cosas —dijo Luna, que apretó un botón y obtuvo una explosión de ruido de vibración como respuesta.
—Ahora somos nosotros los que tenemos muchas cosas —remarcó Kevin—. Tal vez si hay otras personas allá fuera, podremos comunicarnos con ellas.
Luna miró a su alrededor.
—¿Crees que quedan otras personas? ¿O que solo estamos nosotros?
Kevin no sabía qué decir a eso. Si iba a quedarse atrapado como una de las últimas personas en el mundo, no había nadie a quien le gustaría más estar pegado que su mejor amiga. Aun así, tenía que creer que había otras personas allá fuera en algún lugar. Tenía que hacerlo.
—Debe haber otras personas en algún lugar —dijo—. Hay otros búnkeres y cosas, y algunas personas habrán deducido lo que estaba pasando. Había gente divulgando fotos, así que deben haber sabido lo que estaba sucediendo.
—Pero las pantallas se quedaron en blanco —puntualizó Luna—. No sabemos si todavía están allí fuera.
Kevin tragó saliva al pensarlo. Había dado por sentado que simplemente se había cortado la señal, pero ¿y si no era la señal? ¿Y si la gente que la mandaba también habían desaparecido?
Negó con la cabeza.
—No podemos pensar así —dijo—. Tenemos que tener esperanzas de que hay más gente allá fuera.
—Gente que pueda matar a los extraterrestres —dijo Luna, con un duro destello en su mirada. Kevin tuvo la sensación de que si ella hubiera tenido los medios para luchar contra ellos, ahora mismo Luna estaría allí fuera intentando enfrentarse a ellos.
Kevin podía entenderlo. Era parte de quién era Luna; una parte de lo que tanto le gustaba de ella. Incluso sentía una parte de la misma rabia, notando cómo borboteaba en su interior al pensar en que los extraterrestres le engañaron y en todo lo que le habían quitado.
Necesitaba la distracción de buscar por el búnker tanto como Luna, pues la alternativa era pensar en su madre, en sus amigos y en todos los demás que podrían haber estado bajo las naves de los extraterrestres cuando llegaron.
Continuaron mirando por el búnker y no tardaron mucho en encontrar lo que parecía una salida trasera. Las palabras « Espacio sin cerrar. ¡Solo para salidas

de emergencia!» estaban estarcidas por encima de una trampilla que parecía el tubo de torpedo de un submarino, que se completaba con una gran manivela circular para cerrarlo. Apenas parecía lo suficientemente grande para que la mayor parte de las personas pudieran atravesarlo reptando. Evidentemente, para Kevin y Luna eso significaría espacio de sobra.

—¿Espacio sin cerrar? —dijo Luna—. ¿Qué crees que significa eso?

—Supongo que significa que en esta salida no hay un compartimento estanco, ¿no? —dijo Kevin, inseguro. Las palabras estarcidas a su alrededor lo hacían parecer algo enormemente peligroso si se abría. Tal vez lo fuera.

—¿Sin compartimento estanco?

—La gente no lo querría si tuvieran que salir rápido.

Vio que Luna se llevaba la mano a la máscara antigás que había tenido que llevar durante todo el viaje hacia allí, y que ahora colgaba del cinturón de sus pantalones vaqueros. Kevin podía imaginar lo que estaba pensando.

—No hay manera de que el vapor de los extraterrestres pueda entrar aquí —dijo, intentando tranquilizarla. No quería que Luna se asustara—. No si no abrimos esa puerta.

—Sé que es una estupidez —dijo Luna—. Sé que probablemente el vapor ya no está allí; que solo es la gente de la que se han apoderado…

—¿Pero aun así no parece seguro? —adivinó Kevin. Ahora mismo, nada parecía seguro, ni tan solo dentro de un búnker.

Luna asintió.

—Tengo que alejarme de esa puerta.

Kevin fue con ella, de vuelta al búnker, lejos de la salida de emergencia. Realmente le hizo sentir un poco más seguro, al saber que los dos podrían escapar si era necesario, pero esperaba de verdad no tener que hacerlo. Ahora mismo, necesitaban un lugar seguro. Algún lugar en el que pudieran esconderse de los extraterrestres hasta que fuera seguro salir de nuevo.

O hasta que su enfermedad lo matara. Ese era un pensamiento particularmente horrible. Ahora mismo no había ningún temblor de la leucodistrofia, pero Kevin no tenía ninguna duda de que volverían, y peor. Solo el hecho de que tenían cosas mayores de las que preocuparse le obligaba a apartar esos pensamientos, y ¿qué indicaba que hiciera falta una invasión alienígena para hacer que su enfermedad pareciera insignificante?

—Creo que allá abajo hay habitaciones —dijo Luna, bajando por uno de los pasillos. Las había. Allí había dormitorios completos, con una hilera tras otra de literas que en su mayoría no eran más que estructuras de metal, pero algunas tenían algunas posesiones al lado, junto con colchones y ropa de cama.

—Podría pensarse que algunos de ellos se quedaron dentro —dijo Kevin—. No tiene sentido que no haya nadie aquí.

Luna negó con la cabeza.

—Saldrían fuera a ayudar. Y entonces… bueno, para cuando dedujeron que era una mala idea, los extraterrestres ya los habían controlado.

Eso tenía algo de sentido, pero aun así era un pensamiento horrible.
—Echo de menos a mis padres —dijo Luna inesperadamente, aunque tal vez lo había estado pensando todo este tiempo. El dolor que provocó que se llevaran a la madre de Kevin no había desaparecido; solo se había empujado al fondo por la necesidad de continuar haciendo cosas, por la necesidad de llegar a un lugar seguro y para asegurarse de que los dos estaban a salvo.
—Yo también echo de menos a mi madre —dijo Kevin, sentado en el borde de la estructura de una cama. Pensó que entonces era imposible imaginarla como era antes de que llegaran los extraterrestres. En su lugar, la imagen que aparecía en su mente era la de cuando estaba en el umbral de su casa, controlada por los extraterrestres e intentando cogerlo.
Luna se sentó en la estructura de otra cama. Ninguno de ellos había escogido una de las que tenían sábanas. De algún modo, no parecía correcto. Daba la sensación de que pertenecían a alguien, y que sus propietarios podrían volver en cualquier momento.
—No solo son mis padres —dijo Luna—. Son todos los otros chicos de la escuela, toda la gente que he conocido. Se los han llevado a todos. A todos ellos.
Puso la cabeza sobre sus manos y Kevin estiró el brazo para cogerle la mano, sin decir nada. En ese momento, era igual de tremendo para él pensar que los alienígenas podrían haberse llevado a todas las personas del mundo. La gente común, los famosos, los amigos…
—No queda gente —dijo Luna.
—Pensaba que no te gustaba la gente de todos modos —replicó Kevin—. Pensaba que habías decidido que la mayoría de personas eran estúpidas.
Luna sonrió un poco al oírlo, pero parecía que tenía que esforzarse.
—Cualquier día me encargaré de los estúpidos en lugar de los controlados por los extraterrestres. —Se paró por un instante—. ¿Piensas… piensas que la gente volverá a estar bien alguna vez?
Kevin no podía mirarla.
—No lo sé. —No podía imaginar cómo lo harían—. Pero nosotros estamos a salvo. Es lo único que importa.
Pero no lo era. Ni de lejos.

***

Empezaron a buscar por el búnker hasta encontrar más sábanas, pues no querían coger nada de las literas que ya estaban hechas. Esas continuaban tan impolutas como si sus dueños pudieran regresar en cualquier momento, aunque Kevin debía esperar que no lo hicieran, pues imaginaba que ahora los controlaban los alienígenas.
Regresaron a la cocina el tiempo suficiente para comer algo. En el paquete ponía pollo, pero Kevin apenas pudo probarlo. Tal vez hizo bien, a juzgar por la mirada en la cara de Luna.
—Nunca volveré a quejarme por tener que comer verdura —dijo, aunque

Kevin sospechaba que posiblemente lo haría. No sería Luna si no lo hiciera.
Cuando hubieron acabado, se lavaron por turnos en uno de los baños del búnker. Posiblemente podrían haber cogido un baño cada uno pero, por lo menos Kevin, no quería estar tan lejos de Luna por ahora. Incluso cuando llegó el momento de escoger litera, escogieron unas que estaban casi una al lado de la otra, cuando tenían todo el espacio del dormitorio para escoger. Era como escoger una pequeña isla allá en medio y, si lo intentaba con todas sus fuerzas, Kevin casi podía fingir que era una especie de fiesta de pijamas. Bueno, no podía, pero estaba bien por lo menos intentarlo.
Apagaron las luces y usaron linternas de estilo militar para que los guiaran hasta la cama. Luna saltó sobre la cama de arriba de la litera que había escogido, mientras que Kevin cogió la parte de debajo de la suya.
—¿Te dan miedo las alturas? —preguntó Luna.
—Sencillamente no quiero tener una visión desde allá arriba y caerme al suelo —dijo Kevin. No porque hubiera tenido alguna visión desde la que lo avisó de la invasión. No porque si lo hiciera haría algún bien. Se puso a pensar qué sentido tenían sus visiones si ninguna de ellas había ayudado.
—De acuerdo —dijo Luna—. Supongo… sí, supongo que debes ir con cuidado.
—Tal vez veremos las cosas más claras por la mañana —sugirió Kevin. Realmente no lo creía.
—Tendríamos que ver la mañana antes de verla más clara —puntualizó Luna.
—Bueno, tal vez podremos encontrar un modo de ver las cosas de nuevo —dijo Kevin. Pero si lo hacían, ¿qué podrían ver? ¿Verían multitudes de alienígenas por el mundo ahora? ¿Un paisaje árido sin nada?
—Tal vez calcularemos qué vamos a hacer a continuación —sugirió Luna—. Tal vez soñaremos una manera de hacer que esto mejore.
—Tal vez —dijo Kevin, aunque sospechaba que cualquier sueño que tuviera estaría dominado por la vista de todas aquellas personas silenciosas.
—Que duermas bien —dijo Kevin.
—Que duermas bien.
De hecho, a Kevin le parecía que no iba a dormirse nunca. Estaba allí tumbado a oscuras, escuchando cómo la respiración de Luna se hacía más profunda y empezaba a roncar de un modo que posiblemente ella no reconocería cuando estuviera despierta. Esto hubiera sido muy diferente sin ella aquí. Aunque hubiese habido alguien más allí, Kevin se hubiera sentido solo, pero tal y como estaban las cosas…
…Tal y como estaban las cosas, todavía estaba casi solo, pero por lo menos Luna estaba allí para compartir aquella soledad. Kevin no podía escapar de los pensamientos sobre lo que le había pasado a su madre, a todo el mundo, pero por lo menos sabía que Luna estaba a salvo.
Esos pensamientos le siguieron hasta quedarse dormido y en sus sueños.
En sus sueños, Kevin estaba rodeado por todos los que conocía. Su madre estaba allí, sus amigos de la escuela, sus profesores, la gente de la NASA. Ted

estaba allí, con herramientas militares colgadas por todas partes y el Profesor Brewster, con una mala cara que daba a entender que desaprobaba todo lo que Kevin había hecho.
Sus rostros se distorsionaron mientras Kevin miraba, convirtiéndose en cada uno de los alienígenas de películas de ciencia ficción de todos los tiempos. A algunos la piel se les volvía gris y los ojos grandes, mientras otros parecían más insectos con placas de coraza por encima. Al Profesor Brewster le salían tentáculos de las manos, mientras que a la Dra. Levin los ojos le sobresalían al final de unos tallos. Se movían con pesadez hacia Kevin y él empezó a correr.
Corría por los pasillos del instituto de la NASA, manteniéndose a duras penas por delante de ellos mientras ellos atravesaban una puerta tras otra y, a pesar de que Kevin había vivido allí, no podía encontrar la salida hacia un lugar seguro. No podía encontrar la manera de hacer que esto fuera mejor.
Se metió en un laboratorio, cerró la puerta tras él y construyó una barricada con sillas, mesas y todo lo que encontró. Aun así, la gente transformada que estaba fuera aporreaba la puerta, golpeándola con los puños mientras, por ninguna razón que Kevin comprendiera, empezó a sonar una alarma…
Kevin despertó respirando agitadamente. Todavía estaba oscuro, pero al mirar la hora en su teléfono entendió que solo era porque estaban bajo tierra. La alarma sonaba de fondo, su sordo zumbido era constante, mientras que por debajo de él había un seco ruido metálico.
Supo que Luna estaba despierta porque ella encendió las luces.
—¿Qué es eso? —preguntó Kevin.
Luna lo miró.
—Creo… creo que alguien quiere entrar.

CAPÍTULO DOS

Fueron a toda prisa hacia el centro de comandos, los golpes eran más fuertes ahora que se acercaban a la entrada. Aun así, con el compartimento estanco en medio, a Kevin le impresionó que el ruido continuara. ¿Con qué estaban golpeando la puerta?

Luna no parecía impresionada, parecía preocupada.

—¿Qué pasa? —preguntó Kevin.

—¿Y si son los extraterrestres, o los controlados? —preguntó—. ¿Y si van por ahí reuniendo supervivientes?

—¿Por qué iban a hacerlo? —preguntó Kevin, pero el miedo se coló dentro de él al pensarlo. ¿Y si era así? ¿Y si entraban?

—Eso es lo que yo haría si fuera un extraterrestre —dijo Luna—. Tomar el poder de todo, asegurarme de que no queda nadie para contraatacar. Matar a cualquiera que se meta en mi camino.

No por primera vez en su vida, Kevin juró que nunca se iría al lado malo de Luna. Aun así, podía oír el miedo bajo sus palabras. Incluso podía compartirlo. ¿Y si habían ido corriendo a un lugar que parecía seguro, para encontrarse con que este ya estuviera haciéndose pedazos?

—¿Podemos ver quién hay ahí fuera? —preguntó Kevin.

Luna señaló hacia las pantallas en blanco.

—Están muertas desde ayer por la noche.

—Pero esta solo es la señal para alrededor del mundo —insistió Kevin—. Debe haber… no sé, cámaras de seguridad o algo así.

Tenía que haber. Un edificio de investigación militar no estaría ciego a todo lo que pasase a su alrededor. Empezó a tocar teclas de los sistemas informáticos para intentar encontrar una manera de que hicieran lo que ellos querían. La mayoría de las pantallas estaban en blanco, las señales de alrededor del mundo cortadas, o bloqueadas, o sencillamente… habían desaparecido. Luna empezó a tocar teclas a su lado, aunque Kevin sospechaba que no tenía más idea que él sobre qué hacer.

—Sea quien sea, no sé si deberíamos dejarlos entrar —dijo Luna—. Cualquiera podría estar allí fuera.

—Podría ser —dijo Kevin—, pero ¿y si es alguien que necesita nuestra ayuda?

—Tal vez —dijo Luna, sin parecer muy convencida—. Sea quien sea, está golpeando la puerta bastante fuerte.

Eso era cierto. Los ecos metálicos de cada golpe resonaban en el búnker. Venían de tres en tres y, poco a poco, Kevin empezó a darse cuenta de que los espacios entre ellos seguían un patrón.

—Tres cortos, tres largos, tres cortos —dijo.

—¿Un SOS, quieres decir? —preguntó Luna.

Kevin le lanzó una mirada.

—Pensé que todo el mundo lo sabía —dijo—. Eso es lo único que recuerdo.
—¿Así que alguien está en problemas allá fuera? —preguntó Kevin, y ese pensamiento le trajo otro tipo de preocupación. ¿Deberían estar ayudando en lugar de dudar? Divisó la imagen de una cámara en la esquina de una de las pantallas. La tocó y entonces las cámaras se encendieron con imágenes de las cámaras de seguridad de la base desierta.
—Esa —dijo Luna, señalando una de las imágenes como si Kevin no supiera distinguir a una del resto—. Déjame.
Tocó una tecla y la imagen llenó la pantalla.
Kevin no sabía lo qué esperar. Tal vez una multitud de personas controladas por los alienígenas. Un soldado que conociera la base y se había abierto camino luchando por todo el país para llegar allí. No una chica de su edad, que sujetaba lo que parecían los restos de un letrero y que golpeaba la puerta con él a un ritmo regular.
Era atlética y tenía el pelo oscuro, lo llevaba corto y llevaba un pendiente en la nariz con el que parecía retar al mundo a que dijeran algo sobre él. Kevin vio que su cara era bonita, muy bonita, pensó, pero con una dura astucia que daba a entender que no agradecería que la llamaran así. Llevaba una sudadera oscura con capucha y una chaqueta de cuero por encima que parecía ser un par de tallas grande, tejanos rotos y botas de montaña. Tenía una pequeña mochila, como si estuviera haciendo senderismo por la montaña, pero por lo demás parecía más una fugitiva, su ropa estaba tan sucia que podría haber estado por ahí fuera durante semanas antes de que vinieran los extraterrestres.
—Esto no me gusta —dijo Luna—. ¿Por qué solo hay una chica allá fuera intentando entrar?
—No lo sé —dijo Kevin—, pero probablemente deberíamos dejarla entrar.
Eso tenía sentido, ¿verdad? Si estaba pidiendo ayuda, ellos deberían por lo menos intentarlo, ¿verdad? Ahora la chica estaba mirando a la cámara y, a pesar de que parecía que no había ningún ruido, no parecía contenta de que la dejaran allá fuera.
Luna tocó algo y entonces la oyeron, los micrófonos recogieron sus palabras.
—¡… que me dejéis entrar! ¡Esas cosas todavía están por aquí fuera! ¡Estoy segura!
Kevin se puso a mirar por detrás de ella en las cámaras y, como era de esperar, pensó que podía distinguir señales de la gente que había allí, que se movían sin ninguna finalidad y que daba a entender que los extraterrestres los tenían.
—Deberíamos dejarla entrar —dijo Kevin—. No podemos dejar a alguien allá fuera.
—No lleva máscara —puntualizó Luna.
—¿Y?
Luna negó con la cabeza.
—Y si no lleva máscara, ¿cómo es que el vapor alienígena no la está transformando? ¿Cómo sabemos que no es una de ellos?

Como respuesta a ello, la chica de la pantalla se acercó más a la cámara y miró directamente hacia ella.
—Sé que hay alguien ahí —dijo—. Vi que la cámara se movió. Mirad, no soy uno de ellos, soy normal. ¡Miradme!
Kevin la miró a los ojos. Eran grandes y marrones, pero lo más importante es que las pupilas eran normales. No habían cambiado al blanco puro de las de los científicos cuando el vapor de la roca se había apoderado de ellos, o de la manera en que lo habían hecho las de su madre cuando él había ido a casa…
—Tenemos que dejarla entrar —dijo Kevin—. Si la dejamos allá fuera, los controlados la cogerán.
Como era de esperar, Kevin vio unas siluetas vestidas con uniforme militar que avanzaban hacia delante, moviéndose al unísono, evidentemente bajo el control de los extraterrestres.
Fue corriendo hacia el compartimento estanco y usó la llave que la Dra. Levin le había dado para abrirlo. Detrás, la chica estaba allí esperando, mientras los antiguos soldados ahora se estaban acercando y rompían a correr.
—¡Rápido, dentro! —dijo Kevin. Tiró de la chica hacia el compartimento estanco, pues no había tiempo que perder. Fue a tirar de la puerta para cerrarla, sabiendo que estarían a salvo en el momento en el que estuviera entre ellos y los controlados que avanzaban hacia la base.
No cedía.
—¡Ayúdame! —le gritó Kevin, tirando de la puerta y sintiendo la solidez del acero bajo sus manos. La chica la agarró con él, tiró de la puerta y tiró su peso hacia atrás para intentar moverla.
Un poco más lejos, los antiguos soldados avanzaban corriendo y a Kevin le costaba mantener su atención en la puerta y no en ellos. Era la única manera en que podía mantener su pánico a raya y concentrarse en tirar su propio peso hacia atrás, tirando de la puerta.
Finalmente, cedió, giró hasta ponerse en movimiento mientras se arrastraba hasta cerrarse. Kevin oyó su eco al cerrarse de golpe y bloquearse con un clic que sonó en todo el compartimento estanco.
«Iniciando proceso de descontaminación» —dijo una voz electrónica, tal y como lo había hecho cuando Kevin y Luna llegaron primero. Hubo una ráfaga al limpiar el aire con los filtros del búnker que había a su alrededor.
—Hola, me llamo Kevin —dijo. Sospechaba que debía haber algo más impresionante para decir en un momento así, pero no se le ocurría.
La chica se quedó callada durante uno o dos segundos, pero después pareció darse cuenta de que Kevin podría estar esperando una respuesta.
—Yo soy Chloe.
—Encantado de conocerte, Chloe —dijo Kevin.
Ella lo miró en silencio, como si lo estuviera evaluando y parecía casi preparada para salir corriendo.
—Claro, supongo.
La otra puerta del compartimento estanco se abrió con un chasquido. Luna los

estaba esperando, sonriendo con su sonrisa más cálida, a pesar de que ella había sido la que había discutido en contra de dejar entrar a Chloe.
—Hola —dijo Luna. Tendió una mano—. Yo soy Luna.
Chloe la miró fijamente y, a continuación, encogió los hombros sin cogerla.
—Esta es Chloe —dijo Kevin por ella.
Chloe asintió sin mucho entusiasmo en señal de conformidad y miró alrededor cautelosamente.
—¿Dónde están todos? —preguntó por fin.
—No hay todos —respondió Luna—. Solo estamos nosotros. Kevin y yo.
Dio un paso hasta ponerse al lado de Kevin como para recalcar que eran un equipo. Incluso le puso una mano encima del hombro.
—¿Solo vosotros dos? —dijo Chloe. Se sentó en una de las sillas del centro de mando y negó con la cabeza—. Todo este camino ¿y solo estáis vosotros dos?
—¿Tú de dónde vienes? —preguntó Kevin.
—Eso no importa —dijo Chloe sin mirarlos.
—Yo creo que un poco sí que importa —replicó Luna—. Es decir, has aparecido de la nada y nos pides que confiemos en ti.
Chloe echó un vistazo rápidamente, encogió de nuevo los hombros y, a continuación, salió de la habitación. Kevin fue tras ella, sobre todo porque sospechaba que si Luna iba tras ella podría haber alguna discusión y porque había algo intrigante en Chloe. Había muchas cosas que no sabían sobre ella.
—No tienes por qué seguirme —dijo Chloe, mirando hacia atrás mientras Kevin la seguía por uno de los pasillos.
—Pensé que podría enseñarte el lugar —dijo Kevin—. Bueno… si quieres.
Chloe encogió los hombros una vez más. Parecía haber matices en sus encogimientos de hombros y, al parecer, este significaba *vale*. Kevin no estaba seguro de qué hacer con ella.
—Hemos estado mirando por todas partes desde que llegamos aquí —dijo Kevin—. Aquí abajo hay una cocina y un almacén, y aquí hay algunos baños. Este es el dormitorio donde dormimos. Escoge una cama si quieres. Yo estoy por allí, y Luna también.
Chloe escogió una cama. Estaba al otro lado de la habitación de las que Luna y Kevin habían escogido.
—No es que no me fíe de vosotros —dijo ella—, pero no os conozco, y… —Negó con la cabeza y no terminó. Tenía una mirada afligida al hacerlo.
—¿Estás bien? —preguntó Kevin.
—Estoy bien —replicó Chloe, pero después suavizó un poco su voz—. Estoy bien. Hace un tiempo que me he acostumbrado a cuidar de mí misma. Supongo que no se me da muy bien abrirme a la gente.
—Vale —dijo Kevin. Dio un paso atrás hacia la puerta—. Me puedo ir si no quieres…
—Me escapé de casa —dijo Chloe. Esto bastó para que Kevin se quedara quieto.

—¿Qué?
—Quiero decir, antes de que vinieran los extraterrestres —continuó Chloe—. Mi madre siempre me gritaba y mi padre era… bueno, pasó algo y todos dijeron que yo estaba loca… bueno, tengo un primo en el norte. Pensé que si podía llegar hasta él, estaría bien y entonces llegaron los extraterrestres.
A Kevin, le sonaba como si se estuviera saltando bastantes cosas, pero lo dejó pasar. Muchas de las pausas daban la sensación de ser agujeros que escondían el tipo de cosas que dolían demasiado, como si fingir hiciese que todo esto marchara. Él sabía de eso. Como si fingiendo que todo iba bien su enfermedad no estuviera realmente allí.
—¿Cómo sobreviviste allá fuera? —preguntó Kevin.
—Hice lo que tenía que hacer —dijo Chloe, sonando a la defensiva y de nuevo un poco afligida también. Estaba a cubierto lejos de todo el mundo cuando esto empezó a pasar, y la gente decía que había un gas o algo así, pero para cuando yo salí, solo estaban esas cosas intentando agarrar a la gente y exhalar encima suyo.
—¿Para cuando saliste? —dijo Kevin.
—Un carnicero me encerró dentro de su congelador de carne. Dijo que estaba intentando robarle.
—¿Era ese un lugar que podía no dejar pasar el vapor? ¿Significaba esto que Luna y él ya no necesitaban sus máscaras?
—Irá bien —dijo Kevin.
Chloe le dedicó otro de sus encogimientos de hombros.
—Tú eres el niño de la tele, ¿no? Cuando dijiste que te llamabas Kevin, no lo pillé, pero creo que te reconozco. ¿Por eso estás aquí? ¿Te guardaron en un lugar seguro porque eres el chico que conoce a los extraterrestres?
Kevin negó con la cabeza y se dirigió hacia ella.
—Ellos no me metieron aquí. La Dra. Levin me dio una llave que encajaba con los búnkeres que tienen y me habló de uno que está debajo del centro de investigación de la NASA, pero eso salió mal. Luna y yo tuvimos que encontrar este lugar solos.
Chloe asintió.
—Luna… ¿es tu novia?
La gente siempre lo daba por sentado. Kevin no entendía el porqué. A él le parecía evidente que Luna nunca sería su novia.
—Es mi amiga —dijo Kevin—. No somos… quiero decir…
Resultaba extraño que hablar de los extraterrestres fuera más fácil que hablar de qué eran exactamente Luna y él.
—Extraño —dijo Chloe—. Quiero decir, pareces majo. Yo desde luego no te dejaría solo como a un amigo. Me pregunto…
Kevin no consiguió descubrir lo que se preguntaba, pues vino una tos penetrante desde la puerta. Casi tan penetrante como la mirada que les lanzó Luna cuando Kevin se giró.
—Quería ver por qué estabais tardando tanto —dijo, y no parecía contenta.

Parecía… casi celosa, y eso no tenía sentido, pues allí no estaba pasando nada y, en cualquier caso, Kevin y Luna no eran así. ¿O sí?
—Hola, Luna —dijo Kevin—. Chloe me estaba hablando de ella.
—Ya me lo imagino —dijo Luna—. Tal vez también podría contarme algo a mí. Y quizás, mientras tanto, podemos pensar en qué vamos a hacer todos a continuación.

***

Fueron hacia la zona de la cocina, pues ninguno de ellos había desayunado todavía. Kevin fue a buscar provisiones del almacén, sin estar del todo seguro de si debía dejar solas a Luna y a Chloe ahora mismo.
Kevin escogió un paquete en el que ponía que eran tortitas de arándanos y se lo llevó a ellas. Estaban calladas, lo que en sí mismo ya era algo preocupante –Luna no estaba callada casi nunca.
—Encontré tortitas de arándanos —dijo.
—Eso es fantástico —dijo Luna—. Me encantan las tortitas de arándanos.
—A mí también me gustan —dijo Chloe, aunque Kevin tenía la sensación de que solo lo decía porque Luna lo había dicho.
—Bueno, no sé si estarán muy buenas —dijo Kevin.
La respuesta a eso era sencilla: tenían el gusto de algo que había estado en un paquete dentro de un almacén más tiempo de lo que debería haber estado. Aun así, tenía el hambre suficiente como para comérselo todo.
—¿Cómo supiste de este lugar? —le preguntó Kevin a Chloe mientras comían.
—Mi padre… en su trabajo él… oía cosas —dijo, pero no se extendió más que eso. Kevin sospechaba que si hubiera preguntado Luna en lugar de él, ni tan solo hubiera dicho eso.
—¿Así que viniste andando hasta aquí y apaleaste la puerta hasta que alguien te dejó entrar? —dijo Luna. A Kevin le pareció que no se lo creía mucho.
—Tenía que ir a algún sitio —dijo Chloe.
—Me pregunto si hay otros lugares como este donde la gente haya conseguido esconderse —dijo Kevin antes de que eso se convirtiera en una discusión. Quería que se llevaran bien, si iban a estar allí atrapados.
—Si los hay, no podemos contactar con ellos —dijo Luna—… Todavía no viene ninguna señal de las pantallas y todos esos aparatos de comunicación son inútiles si no sabemos con quién nos estamos poniendo en contacto.
—Quizás no los encendéis correctamente —dijo Chloe.
Luna le echó una mirada intencionada.
—De todos modos, podemos quedarnos aquí todo el tiempo que necesitemos —dijo Luna—. Aquí estamos a salvo. Ayer hablamos de esto, Kevin.
Lo habían hecho, y entonces había sido un pensamiento reconfortante, pero ¿lo era? ¿Iban a quedarse los tres allí para el resto de sus vidas?
—Puede que yo conozca un lugar —dijo Chloe entre bocados de tortita.
—Resulta que conoces un lugar —dijo Luna—. ¿Del mismo modo que habías

oído hablar de aquí?
A Kevin eso le sonó sospechoso. Quería darle a Chloe el beneficio de la duda, pero parecía que Luna confiaba mucho menos en ella.
Chloe dejó el tenedor.
—Oí hablar de esto a algunas personas que conocí cuando venía de camino. Supuse que esto estaba más cerca y era más seguro. Pero si no hay nadie aquí…
—Nosotros estamos aquí —dijo Luna—. Aquí estamos a salvo.
—¿Seguro? —exigió Chloe, mirando hacia Kevin como para que lo confirmara—. Se supone que hay un grupo hacia LA. que esta ayudando a los refugiados a agruparse y a estar a salvo. Se llaman a sí mismos los Supervivientes.
—¿Así que quieres que vayamos todos a LA y busquemos a esa gente? —preguntó Luna.
—¿Y cuál es tu plan? ¿Quedarte aquí sentada y esperar a que las cosas mejoren?
Kevin miraba de la una a la otra, intentando pensar en la mejor manera de mantener todo esto en calma.
—Tenemos la comida suficiente como para durar para siempre y tal vez consigamos que la radio funcione pronto. No podemos simplemente salir allí donde podría haber cualquier cosa.
Chloe dijo que no con la cabeza.
—Las cosas no mejoran. Confiad en mí.
—¿Qué confiemos en ti? —dijo Luna—. Ni tan solo te conocemos. Nos quedaremos aquí.
Kevin conocía ese tono. Significaba que Luna no iba a bajar del burro.
—Escuchad a la pequeña animadora perfecta, piensa que ella es la que manda —replicó Chloe.
—Tú no sabes nada de mí —insistió Luna con un tono de voz peligroso.
Kevin apenas podía entender por qué estaban discutiendo. Había intentado no meterse, pero ahora parecía que podría tener que hacerlo.
Se levantó para decir algo, pero se detuvo, pues un dolor salió disparado hacia su cabeza, junto con algo más, una sensación que hacía días que no tenía.
—Kevin? —dijo Luna—. ¿Estás bien?
Kevin negó con la cabeza.
—Creo… creo que viene otra señal.

CAPÍTULO TRES

Unos números destellaron en la mente de Kevin, irrumpiendo en ella en una rápida secuencia, que casi parecía que se le grababa en el cerebro. Parecían demasiado rápidos para pillarlos, pero Kevin sabía que tenía que intentarlo. Fue a por ellos…

Kevin despertó y miró parpadeando a la litera de arriba de la cama que había escogido desde el suelo. Le dolía la cabeza como si se la hubieran golpeado, pero no era eso. Solo era el dolor que venía de que su cuerpo intentaba procesar una señal alienígena que no podía manejar e intentó entenderla en vano. Se llevó una mano a la nariz y, al apartarla, estaba manchada por un fino chorro de sangre.

—Toma —dijo Luna, pasándole un trapo.

—Gracias —respondió Kevin.

Chloe lo observaba desde el otro lado de la litera, como si esta fuera una barrera entre Luna y ella.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Qué pasó?

—Ya te dije lo que pasó —dijo Luna. Kevin notó su enfado.

Chloe negó con la cabeza.

—Quiero oírlo de él.

Kevin tragó saliva.

—Creo… creo que hay una transmisión.

—Ya te lo dije —dijo Luna, con cierta satisfacción y, de nuevo, miró a Kevin —. Espera, ¿de verdad crees que hay una?

Kevin comprendía su duda. Antes, todas las transmisiones habían sido muy claras.

—No habían palabras —dijo Kevin—. Todo eran números.

—Como la primera vez —dijo Luna.

Kevin asintió y se esforzó por incorporarse. Cuando parpadeaba, podía ver claramente los números, quemando detrás de sus párpados, allí estaban quisiera verlos o no.

—¿O sea que así es como sucede? —preguntó Chloe, que parecía casi emocionada por ello—. ¿Recibes transmisiones de verdad en tu cerebro?

—Recibo indicios de cosas —dijo Kevin—, pero las transmisiones de verdad vienen a través de los radiotelescopios de la NASA. Yo solo sé traducirlas.

—Eso es… increíble —dijo Chloe.

Era fácil olvidar que allá fuera había gente que no le había visto hacer esto un montón de veces.

—No es algo divertido —dijo Luna—. Ya ves lo que le hace a Kevin. Y todos los problemas que han venido de esto… no solo que los alienígenas vinieran aquí. Ha habido gente que nos ha amenazado, nos ha intentado matar, gente que no creía a Kevin. ¿Sabes lo que es que no te crean cuando dices la verdad? ¿Qué te digan que estás loco?

Chloe había estado mirando cada vez más enojada a Luna mientras hablaba, pero cuando dijo esto, Chloe se tranquilizó.
—Sí —dijo en voz baja—. Sí que lo sé.
Fue a sentarse en la esquina de una de las otras camas y Kevin vio que tamborileaba los dedos como si quisiera decir muchas cosas, pero no lo hizo. Kevin podría haberle preguntado qué le pasaba, pero Luna le estaba hablando otra vez.
—¿O sea que eso significa que hay otro mensaje a la espera? —preguntó—. ¿Otra transmisión de los extraterrestres?
Kevin asintió.
—Pero no de los que invadieron. Esta se parecía más al modo en que lo hicieron los otros. Los que intentaron advertirnos.
—Ya me lo imagino —dijo Luna—. Quiero decir, ¿qué van a decir ahora los invasores? ¿Rendíos y os destruiremos, humanos esmirriados? ¿La resistencia es inútil? ¿Qué clase de alienígenas alardea cuando ya te ha vencido?
—Todo el mundo lo hace —murmuró Chloe y, a continuación, se levantó y se fue.
Luna torció el gesto al ver que se retiraba.
—¿Qué problema tiene?
Kevin dijo que no con la cabeza.
—No lo sé. Me da la sensación de que le pasó algo malo antes de venir aquí.
—¿Quieres decir peor que el hecho que los alienígenas invadieran el mundo? —preguntó Luna—. ¿O peor que el hecho que te coja un tío con una pistola en una rueda de prensa?
—No lo sé —repitió Kevin. Tenía la sensación de que probablemente debería ir detrás de Chloe, pero todavía no se sentía suficientemente fuerte para hacerlo y, de todos modos, también tenía la sensación de que a Luna no le gustaría que lo hiciera.
—Supuse que te lo habría contado —dijo Luna—. Quiero decir, parecía que estabais teniendo una agradable conversación cuando aparecí antes de repente.
Sonó casi a celos, pero ¿por qué iba a estar celosa Luna? Tendría que saber que Kevin y ella siempre serían los mejores amigos y que nada se interpondría, ¿no? Y por lo demás… bueno, eso significaría que Luna estaba interesada en ser algo más que amigos y Kevin no podía creer que eso pasara jamás de verdad.
—No dijo gran cosa —dijo Kevin—… Solo que escapó.
—Parece que eso se le da bien —dijo Luna, con otra mirada intencionada hacia la puerta.
—Luna —dijo Kevin—. ¿Puedes por lo menos intentar ser amable con ella? Quiero decir, ni tan solo ser porque estás enfadada con ella. Pensé que os llevaríais bien.
—¿Porque las dos somos chicas? —dijo Luna.
—¡No! —se apresuró a decir Kevin—. O sea, porque las dos sois… —Intentó pensar en las palabras adecuadas. ¿Fuertes sería adecuada? Chloe desde luego

que lo parecía, pero Luna no, aunque Kevin sabía por experiencia que lo era.
—No nos parecemos en nada —dijo Luna—. Me llamó animadora.
Hizo que sonara a insulto.
—Bueno, estabas en el…
—No se trata de eso —dijo Luna, pero después se detuvo—.Vale, está bien. Seré amable. Supongo que si estamos atrapadas juntas en un búnker, tendremos que llevarnos bien. Pero lo hago por ti, no por ella.
—Gracias —dijo Kevin.
—Evidentemente, si hay una nueva señal, no vamos a poder quedarnos en el búnker, ¿verdad? —dijo Luna, como si todo fuera bastante evidente. Tal vez para ella lo era. A Luna siempre se le había dado bien inventarse planes para las cosas. Bastante a menudo, eran planes para meterse en más problemas.
Kevin todavía no lo había pensado bien, pero Luna probablemente tenía razón. Si había una nueva señal, entonces tenían que descubrir lo que significaba, y solo había un lugar donde podían hacerlo.
—Creo que tenemos que volver al instituto de investigación —dijo Kevin.
—¿A pesar de que casi no pudimos salir de allí la primera vez? —dijo Luna —. Y que no sabemos que hay en el mensaje, y que no sabemos si servirá de algo cuando los alienígenas ya han tomado el mundo. Podría ser simplemente «lo sentimos, intentamos advertiros».
—Pero ¿y si no lo es? —replicó Kevin—. Quiero decir, ¿en serio piensas que mandarían un mensaje a través del espacio para eso?
—No, supongo que no —dijo Luna, ahora más seria.
—¿Y si descubrieron una manera de vencer a los extraterrestres, o de obligarlos a dejar de controlar los cuerpos de la gente? —dijo Kevin—. ¿Y si nos proporcionan un modo de mejorar esto? Tenemos que regresar. Bueno… tengo. O sea, tú podrías estar más a salvo si…
—Acaba ese pensamiento y te doy un puñetazo —dijo Luna—. Por supuesto que yo voy a ir.
—Pero yo pensaba que…
—¿Pensabas en dejarme atrás mientras tú pasabas una aventura solo? —preguntó Luna.
Kevin negó con la cabeza.
—Pensaba que por fin habíamos encontrado un lugar seguro. Pensaba que tal vez no querrías dejarlo. Yo sí que tengo que estar allí para traducir el mensaje, pero nadie más… ¡ay!
Se frotó el brazo donde Luna le había dado con el puño.
—Te dije que lo haría —dijo con una amplia sonrisa que daba a entender que no lo sentía ni de lejos—. Iré contigo, pues alguien tiene que evitar que te cojan los controlados. Además, si hay algo que nos permita dar la vuelta y darles una paliza por lo que hicieron, quiero saberlo.
Eso era en parte lo que hacía tan increíble a Luna. No se rendía, incluso cuando todo daba a entender que era lo sensato. Lucharía contra cualquier cosa, incluida una invasión alienígena.

—¿Te he dicho alguna vez lo increíble que eres? —preguntó Kevin.
—No hace falta que me lo digas —dijo Luna con otra gran sonrisa—. Ya lo sé. Sinceramente, tienes suerte de poder ser mi amigo.
—Es verdad —dijo Kevin. Se puso serio por un instante—. Necesitamos un plan si vamos a volver.
—Necesitaremos provisiones —dijo Luna y empezó a contar las cosas con los dedos—. Necesitaremos comida, tal vez herramientas para entrar, máscaras…
—Chloe dijo que el vapor había desaparecido —puntualizó Kevin.
—¿Y ella cómo lo sabe? —replicó Luna—. Vale, de acuerdo, pero por si acaso yo preferiría tener una. Podrías encargarte tú de decirle que nos vamos.
—A lo mejor querrá venir con nosotros —dijo Kevin.
Luna hizo una mueca.
—Supongo que eso es mejor que dejarla aquí y preguntarnos si nos dejará entrar de nuevo. Yo empezaré a reunir provisiones. Tú ve a hablar con ella.

***

Kevin fue por todo el complejo subterráneo en busca de Chloe. Tardó un rato en encontrarla en los enredados pasillos y los almacenes, pero por fin la oyó más adelante. Parecía que estaba hablando sola.
—No puedo hacerlo… No puedo hacerlo…
Con cuidado, Kevin miró desde la puerta y vio a Chloe sentada en el suelo de un almacén. Había cosas esparcidas por ahí de una manera que no parecía accidental. Parecía que había pasado el brazo por una de las estanterías y lo había tirado todo al suelo. Tenía la cabeza apoyada en las manos y parecía que estaba llorando.
—¿Chloe?
Alzó la vista cuando Kevin se acercó y se secó las lágrimas como si tuviera miedo de que pudieran usarse en su contra.
—Estoy bien —dijo, antes de que Kevin pudiera preguntar si lo estaba—. Estoy bien.
—Yo decía que estaba bien cuando la gente me preguntaba por mi enfermedad —dijo Kevin, avanzando hasta sentarse a su lado—. Pero generalmente quería decir que no lo estaba.
—Solo que… a veces… me enfado —dijo Chloe, y Kevin supuso que había escogido con cuidado aquella palabra de entre todas las que se le habían ocurrido—. Hago cosas sin pensarlas bien. Es en parte por lo que la gente me decía que estaba loca.
—Yo no pienso que estás loca —dijo Kevin.
Chloe suspiró.
—Todavía no me conoces. ¿Viniste hasta aquí solo para ver el lío que había montado?
—No, claro que no —dijo Kevin—. Nosotros… yo… creo que tenemos que volver al instituto de investigación de la NASA. Con lo que vi, podría haber un mensaje y puede que sea importante.

—¿Quieres meterte en medio de la ciudad, para ir a un lugar que podría estar lleno de ellos? —contestó Chloe—. Eso… eso no tiene ningún sentido. Podríamos ir a cualquier sitio. Hay Supervivientes en LA, o mi primo en el norte…
—Tenemos que hacerlo —dijo Kevin—. Luna está recogiendo provisiones y pensaremos un plan para llegar allí a salvo. Pero tú puedes quedarte aquí si quieres. No hace falta que vengas con nosotros si piensas que no va a ser muy seguro.
—¿No queréis que venga con vosotros? —dijo Chloe y ahora parecía igual de enfadada que antes.
—Yo no he dicho eso —dijo Kevin.
—Pero es lo que querías decir, ¿verdad? —replicó Chloe.
—No —contestó Kevin—. Yo pensaba que eras tú la que no quería venir. Tú misma dijiste que podría ser peligroso.
Chloe encogió los hombros.
—Lo que tú digas.
—Chloe —dijo Kevin—. Yo no quiero que…
—Lo que tú digas —repitió Chloe en un tono desganado—. Haced lo que queráis. me da igual. Márchate a hacer tus putas preparaciones.
—Chloe…
—¡Márchate! —espetó.
Kevin se fue, con la esperanza de que si dejaba sola a Chloe un rato, podrían hablar sobre ello más tarde o algo así. Eso era lo que hacía la gente, ¿no? ¿Hablar las cosas y reconciliarse?
Por ahora, sabía que probablemente tendría que ayudar a Luna a encontrar provisiones para su viaje. Necesitarían todo tipo de cosas, desde gasolina para el coche que habían dejado fuera esperando a ropa y mapas. Pasó por delante de una puerta en la que encima estaba impresa la palabra «Armería» y probó el pomo, pero estaba cerrado con llave. Quizás eso ya estaba bien. Dudaba que Luna y él pudieran abrirse camino luchando a través de una multitud de controlados por muchas armas que tuvieran. Además, solo pensar en ello le hacía imaginar a su madre corriendo hacia él, o a los científicos del Instituto, o a los padres de Luna. Pensaba que no podría hacer daño a ninguno de ellos.
Todavía estaba pensando en ello cuando oyó que se disparaban las alarmas en dirección a la sala de control.
Kevin fue corriendo hacia allí, con la esperanza de que solo fuera una falsa alarma o un pequeño fallo, pero en su corazón, sabía que no. Sabía exactamente quién sería la responsable de esa alarma y no quería ni pensar en lo que podría estar haciendo.
Vio a Chloe cuando entró corriendo en la sala de control. Estaba pulsando las teclas de los ordenadores en una neblina de lágrimas, apuñalándolas con los dedos como si pulsarlas más fuerte hiciera que funcionaran mejor.
—Chloe, ¿qué estás haciendo? —exigió Kevin.
—No tengo que hacer lo que vosotros me digáis. No tengo que hacer lo que

nadie me diga —dijo con un tono decidido—. No podéis hacer que me quede aquí. ¡Tengo que salir!
—Nadie intenta…
—Pensé que te gustaba. Pensé que podrías ser mi amigo, pero eres como todos los demás. Me iré. ¡No podrás detenerme!
Pulsó algo más y el tono de las alarmas cambió. Unas palabras generadas por ordenador resonaron en los altavoces.
«Procedimiento de evacuación de urgencia iniciado. Abriendo las puertas. Por favor, salgan de la base de manera ordenada».
—¿Qué? —dijo Kevin—. Chloe, ¿qué has hecho?
—¿Y ahora qué está haciendo? —preguntó Luna, cuando entró corriendo a la sala. Llevaba una mochila sobre un hombro que evidentemente había usado para recoger provisiones, todavía medio abierta por la prisa en llegar allí. No parecía contenta.
Pero no tan triste como Chloe.
—Ibais a dejarme aquí olvidada como si fuera una especie de… de prisionera —dijo y su tono era frenético, furioso y aterrorizado todo a la vez—. No vais a dejarme aquí. Voy a ir hasta mi primo. Voy a descubrir lo que le pasó. Después iré hasta los Supervivientes.
Tras ella, la gran puerta que daba al compartimento estanco se abrió de golpe. Para sorpresa de Kevin, la puerta exterior hizo lo mismo, las dos se abrieron a la vez mostrando un camino despejado hacia el exterior. Allá fuera Kevin vio la carretera de la montaña y los árboles. Aún peor, veía unas siluetas avanzando hacia allí, dirigiéndose hacia el ruido casi al unísono.
Tan pronto como el camino estuvo libre, Chloe atravesó la puerta a toda velocidad hacia la montaña. Kevin estaba demasiado conmocionado por todo aquello como para intentar detenerla, y Luna se estaba poniendo la máscara a toda prisa, evidentemente todavía insegura de si podía fiarse del aire de fuera o no.
—¡La puerta, Kevin! —exclamó Luna mientras iba a toda velocidad para ponerla en su lugar—. Tenemos que cerrar la puerta.
Kevin asintió.
—La tengo.
Por lo menos, eso esperaba. Veía que la gente de fuera avanzaba hacia la puerta, más de los que él podía haber creído ya que se suponía que los extraterrestres se habían llevado a la gente. Había soldados y excursionistas, familias enteras moviéndose con una especie de coordinación forzada y silenciosa.
Kevin pulsaba las teclas del ordenador, con la esperanza de enmendar lo que se había hecho. Nada parecía tener ningún efecto. No ayudaba que no tuviera ni idea de cómo funcionaba el sistema informático de aquí. No estaba todo etiquetado para cualquiera que deseara intentar usarlo. Además, sospechaba que una puerta de emergencia que se abriera así no sería fácil de enmendar, por si la gente se quedaba atrapada dentro. Machacaba las teclas del

ordenador, con la esperanza de encontrar alguna combinación que pudiera hacer algo.
Nada de esto funcionó. Las puertas continuaban abiertas, un camino despejado llevaba al exterior y ahora, por el camino, la gente controlada por los extraterrestres avanzaba acechando.
Venían.
Y si llegaban al búnker, Kevin estaba aterrorizado por lo que pasaría a continuación.

CAPÍTULO CUATRO

—¡Corre! —exclamó Kevin mientras las personas a las que los extraterrestres habían convertido se acercaban al búnker. Luna ya parecía estar siguiendo su consejo, corriendo de vuelta a las confusas profundidades del lugar, tan rápido que Kevin tenía que esforzarse por seguir el ritmo.

Siempre se les había dado bien escapar corriendo. Cuando se habían metido en problemas por estar en un lugar que no deberían, siempre conseguía dejar atrás a quien les estuviera siguiendo. Bueno, casi siempre. Bueno, por lo menos más de la mitad de las veces. Sin embargo, Kevin sospechaba que esta vez tendrían algo mucho peor que una severa advertencia si las criaturas de detrás los atrapaban.

Oía el ruido sordo de sus pies sobre el suelo del búnker mientras iban detrás, y el sonido de su silenciosa persecución con excepción de las botas retumbando contra el hormigón. No llamaban en voz alta durante la persecución, no chillaban ni gritaban ni exigían a Kevin y a Luna que pararan. De algún modo, esto lo hacía todo más escalofriante.

—¡Por aquí! —exclamó Luna, adentrándolo todavía más en la base. Pasaron por delante de la armería, y ahora Kevin si que deseaba tener alguna clase de arma, sencillamente porque parecía el único modo en el que iban a poder salir de ahí sanos y salvos. Al no tenerla, se conformó con hacer caer cualquier cosa al pasar corriendo por delante y empujó un carrito para que se interpusiera en el camino de los que iban avanzando mientras cerraba las puertas tras él. Unos estruendos le dieron a entender que iban chocando contra los obstáculos que Kevin les iba poniendo en el camino, pero por ahora nada de eso parecía frenarlos ni tan solo un poco.

—Ahora silencio —susurró Luna, tirando de Kevin hacia otro pasillo y reduciendo la velocidad hasta ir de puntillas. Una multitud de excursionistas y soldados pasaron por delante a toda prisa tan solo un segundo más tarde, avanzando con toda la velocidad y fuerza que parecía venir de estar controlados por los extraterrestres.

—Pero ¿por qué son tan rápidos? —susurró Kevin, intentando recobrar el aliento. No parecía justo que fueran tan rápidos. Lo mínimo que podías esperar de una invasión alienígena era poder escapar de ella en buenas condiciones.

—Probablemente los extraterrestres les están haciendo usar todos los músculos —dijo Luna—, sin importar si les duelen. Ya sabes, como cuando las abuelas levantan coches de encima de la gente.

—¿Las abuelas pueden levantar coches de encima de la gente? —dijo Kevin.

Luna encogió los hombros. Con la máscara antigás puesta, era imposible saber si se estaba riendo de él o no.

—Lo vi en la tele. ¿Ya has recuperado la respiración?

Kevin asintió aunque no fuera del todo cierto.
—¿A dónde vamos? Si son listos, habrán dejado gente en la entrada.
—Entonces vamos a la otra entrada –dijo Luna.
La salida de emergencia. Kevin había estado tan ocupado pensando en que estaban invadiendo el búnker que prácticamente se había olvidado de ella. Si podían llegar hasta ella, entonces a lo mejor tenían una oportunidad. Podían llegar al coche y conducir hasta la NASA.
—¿Preparado? —preguntó Luna—. Vale, vamos.
Se apresuraron por los pasillos y, de algún modo, no ver a las personas controladas era peor que verlas. Eran tan silenciosas que podrían haber estado en cualquier esquina, esperando para agarrarlos y, si lo hacían, lo que pasaría a continuación no valdría la pena…
—¡Corre! —exclamó Luna mientras un brazo la asaltó en la siguiente esquina. Consiguió coger la ropa de su camisa y Kevin salió disparado hacia delante, lanzando todo su peso contra el brazo como si intentara hacerle un placaje.
Se soltó y Luna y él corrieron de nuevo, tomando curvas y giros al azar para intentar perder a sus perseguidores. No podían correr más rápido que ellos en línea recta, así que tuvieron que buscar espacios donde los controlados no los pudieran seguir, e intentar usar el diseño laberíntico del búnker en su contra.
—Está aquí —dijo Luna, señalando hacia una puerta.
Kevin tenía que fiarse de sus palabras. Ahora mismo, se sentía tan perdido que ni tan solo podía decirle a alguien el camino de vuelta a la sala de control. Se metió en la sección de pasillo detrás de Luna, después cerró la puerta tras ellos y cogió un extintor para usarlo para atrancar la puerta. Parecía igual de endeble que el cartón comparado con la fuerza de los controlados.
Ahora tenían que conseguir abrir la escotilla de emergencia.
Kevin puso las manos sobre la rueda para intentar girarla. No pasó nada; estaba tan rígida que parecía que podría estar hecha de roca. Lo intentó de nuevo y los nudillos se le pusieron blancos por el esfuerzo.
—¿Qué tal un poco de ayuda? —insinuó.
—Pero si parecía que te estabas divirtiendo —replicó Luna desde detrás de la máscara, antes de agarrar la rueda y tirar de ella. Todavía estaba atascada.
—Tenemos que intentarlo con más fuerza —dijo Luna.
—Lo estoy intentando con toda la fuerza que puedo —le aseguró Kevin.
—Bueno, a no ser que quieras ir a pedir ayuda a uno de los controlados, tenemos que hacer más. A la de tres. Uno…
Se oyó un sonido metálico de la puerta que Kevin había atrancado.
—¡Y tres! —dijo él, tirando de la rueda con cada fragmento de fuerza que podía reunir. Al parecer, Luna tuvo la misma idea y prácticamente colgó todo su peso de aquella cosa.
Finalmente, cuando vino un segundo ruido metálico de la puerta que habían atrancado, la cosa se movió. La giraron hasta abrirla mientras los músculos de Kevin se quejaban y, a continuación, Luna se metió dentro sin pensarlo, sin esperar a ver si Kevin quería ir primero. Él fue a toda prisa tras ella, cerrando

la escotilla tras él con la esperanza de que el pasillo pareciera vacío lo que fuera que los perseguía.
El espacio que había después era estrecho, poco más que un túnel en el que reptar. Si hubieran sido adultos, probablemente apenas hubieran cabido. Tal y como estaban las cosas, había el espacio suficiente para gatear sobre manos y rodillas, a toda prisa hacia otra escotilla que había en la otra punta. Afortunadamente, esta no estaba atascada y se abrió con facilidad dejando al descubierto la ladera que había tras ella.
—Tenemos que ir con cuidado —dijo Luna en voz baja mientras los dos saltaron hacia la ladera—. Todavía podrían estar aquí.
Estaban, pues Kevin vio unas siluetas a lo lejos, subiendo la ladera como para llegar a la entrada de delante. Por allí cerca había unos árboles, así que Luna y él se deslizaron hasta ellos, se agacharon e intentaron no ser vistos.
Treparon montaña arriba, intentando calcular dónde habían escondido exactamente el coche de la Dra. Levin. Si podían llegar al coche, entonces podrían salir de allí, dejar a los controlados por los extraterrestres e ir a la base.
Kevin lo divisó un poco más lejos, justo donde lo habían dejado, escondido para que no lo vieran. Fue lentamente hacia él. Y entonces fue cuando vio a Chloe en una curva de la carretera de la montaña, viniendo del aparcamiento de la cima. Un par de turistas, que se movían con el silencio extrañamente controlado de los alienígenas, iban corriendo tras ella y estaban ganando.
—Tenemos que ayudarla —dijo Kevin.
—¿Después de todo lo que acaba de hacer? —replicó Luna—. Tendría bien merecido que la dejáramos convertirse también en un alienígena. Posiblemente daría menos problemas.
—Luna —dijo Kevin.
—Solo estoy diciendo que no merece del todo nuestra ayuda —dijo Luna.
Ahora los controlados estaban casi sobre Chloe.
—Probablemente sea cierto –dijo Kevin. Salió corriendo—. Pero aun así voy a ayudarla.
Partió en dirección a Chloe y no le sorprendió mucho ver que Luna corría junto a él.
—Esto lo hago por ti, no por ella —dijo Luna.
—Claro —le dio la razón Kevin, corriendo más deprisa.
—Y ya puedes dejar de sonreír por esto —continuó Luna—. Solo lo estoy haciendo porque si no te ayudo, te alienigenarán.
—¿Me alienigenarán?
—Después pensaré una palabra mejor —dijo Luna.
Ahora ya casi habían llegado a Chloe. Uno de los controlados estiró el brazo hacia ella, pero Kevin y Luna fueron más rápidos, la agarraron y tiraron de ella para apartarla del camino y llevarla hasta unos árboles. La cuesta lo hacía accidentado, pero tal vez eso fuera bueno, pues uno de los controlados pasó tropezando por delante de ellos.

—Volvisteis a por mí —dijo Chloe—. Vosotros…
—Deja de hablar y sigue corriendo —espetó Luna—. El coche está ahí delante.
Y el excursionista que quedaba estaba justo detrás, moviéndose con toda la tenacidad de un lobo que persigue a un ciervo. Kevin no quería pensar en cómo acababan estas cosas normalmente, simplemente continuó corriendo, cambiando de dirección a través de los árboles.
El excursionista controlado por los extraterrestres lo agarró y Kevin consiguió esquivarlo. Ante su sorpresa, allí estaba Chloe, empujó al hombre desde el lado y lo mandó dando volteretas ladera abajo, peleando por parar su caída. Ella sonrió al verlo, a pesar de que Kevin hizo una mueca de dolor, pues aunque hubiera un extraterrestre controlando aquel cuerpo, aún pertenecía a alguien y, si alguna vez lo recuperaba, probablemente lo querría sin huesos rotos.
—¡Entrad! —exclamó Luna desde más adelante. Ahora ella estaba en el coche y de un salto se puso en el asiento del conductor.
Kevin y Chloe fueron corriendo hacia el coche y entraron mientras Luna empezaba a girar la llave. Kevin oyó que decía palabrotas en voz baja y solo le llevó un momento darse cuenta del porqué: El coche no arrancaba. Hizo una especie zumbido y tosió pero, aparte de eso, no pasó nada, no importaba las veces que Luna intentara hacerlo funcionar.
Entonces empezó a crecer el miedo dentro de Kevin, aunque había habido más que suficiente derramándose en su interior de todos modos gracias a tener que escapar de los controlados por los extraterrestres. Miró hacia los árboles para intentar detectar movimiento, en busca de cualquier señal de los controlados. No solo los que habían caído ladera abajo, pues habría más. Siempre parecía haber más.
—No funciona —dijo Luna.
—No va a funcionar —dijo Chloe—. Lo has ahogado.
—Como si tú supieras algo de esto —replicó Luna.
Daba la sensación de ser una discusión que duraría demasiado y sería demasiado fuerte; que haría que todavía estuvieran allí cuando más controlados llegaran. A Kevin ya le parecía oír un crujido en los árboles.
—Tenemos que irnos —dijo Kevin. Le pareció ver unas formas detrás de los troncos más cercanos—. Y tenemos que irnos ahora.
Salió otra vez del coche y las demás le siguieron con evidente reticencia. Por lo menos siguieron y se escabulleron entre unos árboles justo a tiempo mientras Kevin echaba la vista atrás y veía excursionistas y soldados, guardas forestales y familias, que llegaban al coche como una masa silenciosa y coordinada. Algunos de ellos miraban alrededor, casi parecía que olfateaban el aire. Kevin salió pitando todo lo rápido que pudo.
—El coche no los distraerá durante mucho rato —supuso Kevin—. Tenemos que pensar en otra cosa.
—Hay coches de sobra en el aparcamiento —dijo Chloe.

Luna resopló.
—De los que no tenemos llaves.
—Yo no necesito una llave. Eso es lo que estaba haciendo allí, hasta que fueron a por mí. —Todavía parecía que quería buscar pelea, pero ahora mismo, si todos conseguían salir de allí, Kevin podía vivir con eso.
—Tenemos que estar en silencio —dijo Kevin, y entonces las demás lo miraron como si acabara de decir la cosa más evidente del mundo. Avanzaron lentamente, dirigiéndose montaña arriba hacia la cima y el aparcamiento que había allí para los visitantes. Por lo menos, de momento, parecía que estaba vacío.
—Ya te podrías quitar esa dichosa máscara —le dijo Chloe a Luna—. Ya te lo dije, lo que fuera que pusieran en el aire ha desaparecido. ¿O es que tienes miedo?
Lo último bastó para molestar a Luna. Intencionadamente, estiró el brazo, se quitó la máscara y la colgó del cinturón.
—No tengo miedo —dijo—. Solo es que no soy imbécil.
—Tenemos que encontrar un coche —dijo Kevin, interrumpiendo antes de que pudieran discutir de nuevo.
Había suficientes de donde escoger, abandonados donde los habían aparcado las personas que estaban dando una vuelta por la montaña. Había SUVs y minifurgonetas, coches modernos y viejos en todo tipo de colores y…
—Ese —dijo Chloe, señalando hacia una ranchera que parecía molida hasta el punto que Kevin se sorprendió de que quedara algo de ella. La pintura estaba pelada, mostrando óxido en algunos lugares—. Ese lo podré arrancar.
Fueron hacia él y una de las ventanas resultó estar entreabierta. Chloe la tiró un poco más para abajo, metió el brazo dentro y abrió la puerta.
—¿No te preocupa que sepa hacer todo esto? —le preguntó Luna a Kevin.
Chloe miró hacia atrás por encima del hombro.
—No todos tenemos vidas perfectas, animadora.
Kevin casi agradeció ver a un grupo de los controlados avanzando lentamente, evidentemente a la caza.
—¡Rápido —dijo—, a la furgoneta!
Entraron con las cabezas bajas. Chloe estaba en el asiento del conductor, trabajando en algo del arranque. Parecía que llevaba mucho tiempo.
—Pensaba que habías dicho que sabías hacerlo —susurró Luna.
—A ti me gustaría verte intentándolo —replicó Chloe.
—Mientras nos puedas llevar hasta la NASA —dijo Luna.
Chloe negó con la cabeza.
—Vamos a ir a LA.
—San Francisco —insistió Luna.
—LA —replicó Chloe.
Kevin sabía que tenía que intervenir, porque si no lo hacía, probablemente todavía estarían discutiendo cuando los controlados los alcanzaran.
—Por favor, Chloe, de verdad que tenemos que oír este mensaje. Y… bueno,

si esto no cuadra, entonces a lo mejor podríamos ir a LA. Juntos.
Chloe se quedó callada durante un minuto. Kevin se atrevió a mirar por encima del salpicadero. Esperaba que se decidiera pronto, pues el grupo de controlados se estaba acercando.
—Supongo que de alguna manera antes me salvasteis la vida —dijo Chloe—. Está bien.
Continuó trabajando en lo que estaba haciendo con el arranque. El motor tosió. Kevin alzó la vista y vio que todas las personas controladas por alienígenas ahora los miraban fijamente, los miraban con la intensidad de un gato que acaba de detectar un ratón.
—Esto… ¿Chloe?
Empezaron a avanzar corriendo.
—¿Puedes hacerlo o no? —dijo Luna.
Chloe no respondió, sencillamente continuó trabajando en lo que fuera que estaba haciendo. El motor chisporroteó de nuevo y después rugió hasta cobrar vida. Chloe alzó la vista victoriosa.
—¿Veis? Os dije que…
Se detuvo de golpe cuando una silueta chocó contra el coche e intentó agarrarlos.
—Sácanos de aquí —dijo Kevin, y Chloe asintió.
La furgoneta avanzaba a trompicones mientras ella conducía, al parecer sin importarle si golpeaba a los controlados o no. Giraron bruscamente para evitar un coche, y un soldado se lanzó y se metió en el camino de la furgoneta. Chloe no disminuyó la velocidad ni tan solo un momento y el crujido al golpearlo fue horrible. Rebotó en el capó y rodó por el suelo hasta ponerse de pie, pero para entonces ellos ya estaban lejos.
O, por lo menos, algo lejos. No podían ir muy rápido por la carretera de la montaña, especialmente con el peligro de los coches abandonados por el camino, dejados allá donde la gente estaba cuando el vapor había transformado a sus ocupantes. Chloe zigzagueaba entre ellos, pero esto todavía los frenaba lo suficiente como para que los controlados que corrían detrás de ellos siguieran el ritmo.
—No van a rendirse —dijo Luna echando la vista atrás.
—Ellos no se cansan, no paran —dijo Chloe, y algo en la forma en que lo dijo dio a entender que lo había aprendido a las malas—. Sujetaos todos.
Kevin se agarró al salpicadero cuando aceleraron, la furgoneta serpenteaba de forma alarmante mientras iba a toda velocidad esquivando los obstáculos del camino. Kevin estaba seguro de que chocarían en cualquier momento, pero de algún modo, increíblemente, no lo hicieron. Chloe giraba violentamente el volante de un lado al otro, y la furgoneta se movía atropelladamente como respuesta.
Derraparon cerca del borde de la carretera, y Kevin no sabía qué sería peor: chocar o que los atraparan. Pero parecía que Chloe lo había decidido, pues no redujo la velocidad. Bajaron a toda velocidad por la montaña, y ahora Kevin

veía caer a los controlados por detrás más y más a lo lejos.
—Lo conseguimos —dijo—. Sobrevivimos.
Luna lo abrazó. Por encima del hombro, Kevin vio la mirada en el rostro de Chloe cuando lo hizo.
—Ahora lo único que tenemos que hacer —dijo Luna— es ir a la ciudad, asaltar un lugar del que escapamos con dificultad y encontrar un mensaje de un segundo grupo de extraterrestres sin que nos cojan los primeros.
Visto así, parecía una tarea imposible. Kevin apenas podía imaginar llegar al instituto de la NASA sanos y salvos, pero aun así tenían que hacerlo.
Era la única esperanza que tenía el mundo.

CAPÍTULO CINCO

—Tengo tentaciones de preguntar si falta mucho —dijo Luna sonriendo a Kevin.

Kevin debería haber supuesto que uno de los problemas más grandes de un viaje como este no era solo el peligro de chocar, o que los controlados les tendieran una emboscada, o algo así. Era la posibilidad de que Luna se pudiera aburrir lo suficiente como para empezar a pensar en maneras de entretenerse. No tenía ninguna duda de que eso significaría una discusión con Chloe y, puesto que Chloe conducía, eso no parecía nada bueno.

Muchas cosas no lo parecían, desde la nave espacial alienígena, del tamaño de la luna y amenazante, que colgaba del cielo al vacío casi silencioso de las carreteras. Todo esto le recordó lo extraña que era toda esta situación, y lo mucho que había cambiado el mundo casi de la noche a la mañana.

—¿No puedes conducir más rápido? —preguntó Luna.

—¿Quieres ir más rápido? —dijo Chloe, y apretó el acelerador.

Kevin se agarró. Una vez salieron de la montaña, las carreteras se abrieron un poco, pero eso no significaba que sencillamente pudieran ir tan rápido como quisieran. En primer lugar, Kevin dudaba que Chloe supiera conducir más de lo que sabían Luna o él.

Además, todavía había demasiados coches en la carretera para ello.

—Baja la velocidad —dijo Kevin cuando esquivaron como un torpedo un Chevy aparcado en medio de la autopista, cuyo propietario hacía tiempo que se había ido. Apenas pasaron derrapando por delante de una moto que habían dejado a un lado, abandonada—. Chloe, por favor, reduce la velocidad.

Redujeron un poco y, probablemente, fue bien que lo hicieran. Ahora había coches esparcidos por todas partes, en su mayoría abandonados allá donde habían convertido a sus dueños, pero algunos de ellos eran poco más que masas de metal retorcidas allá donde evidentemente habían colisionado.

Un camión cisterna estaba tumbado de lado en el borde de la autopista, y el petróleo se filtraba en la tierra que lo rodeaba. Una chispa lo hubiera encendido y, en ese mismo momento, a Kevin le pareció entender lo que eso significaba.

—Tenemos que trabajar juntos —dijo, intentando calmar un poco las cosas. Intentaba pensar en lo que hubiera dicho su madre en una situación así, o Ted, o la Dra. Levin. El único problema con eso era que dolía demasiado pensar en todas las personas que les habían quitado, que ahora incluso podrían estar en la nave que colgaba del cielo como una segunda luna.

—Nosotros… todo el mundo ha desaparecido —dijo, tragándose el dolor—. Todos hemos perdido a gente. A todos nos han pasado cosas malas—. Esta no parecía una cosa lo suficientemente buena como para contener todo aquel horror—. A todos nos duele y no podemos discutir solo porque es malo. Solo sobreviviremos a esto si trabajamos juntos.

Las demás se quedaron calladas un ratito.
—Vale —dijo por fin Chloe.
—Sí, supongo —le dio la razón Luna.
Continuaron conduciendo, la vieja furgoneta se abría camino traqueteando y dando sacudidas a lo largo de las carreteras atestadas con los escombros de los últimos momentos de la gente antes de que los extraterrestres los cogieran. Había cartones de comida rápida abandonados y vehículos abandonados, mascotas abandonados que deambulaban al lado de la carretera, y gente tirada allá donde habían caído cuando los coches habían chocado con ellos, tan inmóviles que era evidente que no se podía hacer nada para ayudarlos, incluso aunque Kevin hubiera sabido algo de medicina.
Alzó la vista y vio la nave espacial en órbita por encima del mundo. ¿Su madre estaba allí, o estaba en una de las naves que Luna y él habían visto bajar de ella para planear por encima de las ciudades del mundo? Tal vez la habían dejado andando por ahí, esperando algo más, igual que los excursionistas y los soldados de la montaña. Kevin no estaba seguro de cual de esas opciones debía esperar. Ninguna de ellas parecía buena.
—Mira —dijo Luna señalando.
Kevin vio lo que estaba señalando inmediatamente. La gran nave que se había colocado sobre San Francisco todavía estaba allí, cerniéndose increíblemente sobre la ciudad mientras de vez en cuando lanzaba unas formas mucho más pequeñas. Después de tanta tranquilidad en las carreteras, ese movimiento era casi tan estremecedor como el hecho de que hubiera una nave espacial allí quieta.
Casi.
—De hecho, nos dirigimos hacia ella —dijo Chloe—. No tiene muy buena pinta.
—Bueno, en eso podemos estar de acuerdo —dijo Luna.
Probablemente fuera casi la única cosa en la que estuvieran de acuerdo, pero aun así tenían que ir hasta allí. Tenían que hacerlo, pues en ese momento, parecía la única esperanza que pudiera tener cualquiera. Kevin tragó saliva al pensarlo. Era demasiada presión, demasiada.
La nave espacial estaba tan alta por encima de la ciudad que tuvieron que pasar diez minutos más para que empezaran a verse los edificios de debajo, rascacielos que se clavaban hacia arriba en el aire que había debajo como dedos que intentaran estirarse para tocarla. A medida que se acercaban, las carreteras también estaban cada vez más llenas, con más y más coches abandonados, de manera que tuvieron que frenar hasta ir casi a paso de tortuga para abrirse camino con cuidado y sin peligro.
—Por lo menos no estamos al otro lado de la carretera —dijo Luna. Tenía razón. Ahora la salida de la ciudad estaba tan congestionada por los coches que parecía imposible que alguien pudiera conducir a través de aquel caos. Parecía que habían salido justo a tiempo por primera vez.
—Esto va a hacer que salir de la ciudad otra vez sea un poco difícil —dijo

Kevin mientras pensaba en ello. No le gustaba la idea de quedarse allí atrapado. A lo mejor habría algún modo sencillo de lidiar con los extraterrestres cuando llegaran a la NASA y escucharan la nueva señal, a lo mejor no tendrían que irse de nuevo antes de que todo estuviera bien, pero ante la vista de las naves espaciales, costaba de creer.

—Es fácil —dijo Chloe—. No hay nadie en la carretera, así que conduzcamos por el lado equivocado.

Eso funcionaría. Sin embargo, era extraño que incluso con lo que parecía ser el fin del mundo, aún no parecía correcto ni tan solo pensarlo.

—¿Por dónde? —preguntó Chloe.

Kevin señaló, con la esperanza de acertarlo. Había vivido en la NASA durante mucho tiempo, pero en realidad su madre y él solo habían conducido hasta allí unas cuantas veces. Se adentraron más en la ciudad, intentando seguir las señales que parecía que los llevarían más cerca de donde querían ir.

La ciudad estaba siniestramente silenciosa. Había basura abandonada por las calles y animales que vagabundeaban por allí, pero Kevin no veía ninguna señal de gente. Suponía que cualquiera que hubiera llegado a esta altura de la ciudad había ido andando hacia el lugar donde todo el mundo se había quedado mirando hacia arriba, a la nave que colgaba de allí. Deseaba tratar de ignorarla, pero era imposible. Incluso cuando conseguía apartar la vista de ella, esto solo significaba que la pasaba por alto para mirar a la forma incluso más grande que colgaba a lo lejos en órbita.

—Casi estamos —dijo Luna—. Tenemos que ir justo aquí.

Kevin imaginó que había prestado más atención que él a las indicaciones. Se alegraba de que uno de ellos estuviera seguro del camino, por lo menos. Giraron una esquina, hacia el distrito de Mountain View y Kevin vio el centro de la NASA enfrente.

De algún modo, conseguía parecer más vacío que el resto de la ciudad a medida que se acercaban. Tal vez solo fuera que Kevin estaba acostumbrado a que aquel lugar estuviera mucho más concurrido, lleno de gente que quería ver lo que estaba pasando, o que quería verlo a él, en las últimas semanas. Cuando él había estado allí transmitiendo los mensajes para la televisión, había tanta gente esperando allá fuera que parecía que no había ni entrada ni salida. Ahora, el trayecto hasta el centro de investigación era silencioso y tranquilo, sin ningún rastro de gente en ningún lugar.

—Es algo triste verlo así —dijo Kevin. Pensó en todas las personas que estaban trabajando allí dentro cuando empezó a salir el vapor. ¿Todavía estarían allí? Esperaba que no.

—Eso quiere decir que por lo menos no tendremos que escapar de la gente controlada por los extraterrestres —dijo Luna—. Espero.

Llegaron en coche hasta la barrera de seguridad y Kevin y Luna salieron para abrirla. Para mover ese peso eran necesarios los dos, la levantaron y la aguantaron arriba para que Chloe pudiera pasar la furgoneta. Desde aquí, el centro de investigación parecía incluso más vacío, su tamaño no hacía más

que acentuarlo. Todas las puertas estaban abiertas, así las había dejado quienquiera que había salido en masa, controlados por los extraterrestres.

—Tenemos que ir con cuidado —dijo Kevin—. Todavía podría haber alguien allí.

—¿No habrá nadie, verdad? —preguntó Chloe—. Yo pensaba que ya estarían todos en naves o alguna cosa así.

—No hace falta que entres —dijo Luna.

—Yo no he dicho eso.

Los tres avanzaban lentamente y continuaron en silencio cuando cruzaron la puerta abierta. Todavía no había ninguna señal de nadie, lo que conseguía ser a la vez un alivio y un poco espeluznante. Todas las puertas de dentro de aquel lugar estaban abiertas, la mayoría parecían rotas a la fuerza cuando los controlados forcejearon por salir.

—Al menos esto significa que podremos llegar a donde tenemos que ir —dijo Luna.

—¿Y dónde tenemos que ir? —preguntó Chloe, mirando a Kevin—. ¿Hacia dónde?

—Al box informático —dijo Kevin. Había estado pensando en esto la mayor parte del camino hasta aquí. Tendrían que encontrar un modo de hacer que los ordenadores reorientaran los radiotelescopios para que coincidieran con los números que tenía en la cabeza y, a continuación, escuchar la transmisión en la sala que los científicos habían dispuesto para él para que lo hiciera.

Empezó a hacer de guía, a través de puertas a las que nunca había tenido acceso y pensaba en todas las personas que había visto allí trabajando en los diferentes laboratorios y despachos. Ahora ninguno de ellos estaba, sus cosas se habían quedado atrás como si pudieran volver a por ellas en cualquier momento.

—Es como un barco fantasma —dijo Chloe, repitiendo lo que él estaba pensando—. O como uno de esos pueblos en los que todo está preparado para la cena y la gente sencillamente… ha desaparecido.

Indudablemente era una sensación extraña, pero Kevin hacía todo lo que podía por ignorarla mientras marcaba el camino hasta donde almacenaban los superordenadores en los que el centro de investigación había estado trabajando. No tenía ninguna duda de que uno de ellos les permitiría oír la señal, aunque no estaba del todo seguro de cómo lo harían. Tendrían que pensar en esa parte sobre la marcha.

Bajaron hasta el box informático y estaba tan en silencio como el resto del edificio. Las luces que antes parpadeaban sobre cada superficie ahora estaban apagadas, el antiguo zumbido y el runrún de los paneles de energía se hacían evidentes ahora que no estaban. Kevin no se lo esperaba; una parte de él había dado por sentado que todo estaría encendido, tal y como estaba antes de que el personal se hubiera convertido con el vapor.

—¿Podemos encenderlo otra vez? —preguntó Luna, buscando por los ordenadores como si estuviera buscando un interruptor de encendido.

Kevin también lo intentaba, eligió los ordenadores que tenía más cerca y pulsó todo lo que encontró. Al principio, no pasó nada en respuesta, pero después las máquinas empezaron a cobrar vida y las luces parpadearon por sus superficies. Kevin fue hasta una de las pantallas en las que había visto trabajar a los científicos e intentó recordar lo que habían hecho la primera vez que él había estado aquí, cuando habían ajustado el posicionamiento de sus telescopios para que coincidieran con la primera señal. Estaban aquí, trabajando en… este ordenador, estaba seguro de ello.
Miraba a la pantalla e intentaba encontrar un modo de que hiciera lo que él quería y entonces sintió que perdía la esperanza. Todo estaba bloqueado y la pantalla pedía una contraseña.
—¿Qué pasa? —preguntó Chloe.
—No puedo entrar —dijo Kevin—. No tengo acceso.
Chloe frunció el ceño.
—¿No tienes una contraseña para esto?
Kevin dijo que no con la cabeza.
—No me la dieron. Ni siquiera me dieron mi propio pase para las puertas.
—¿Así que eras una especie de prisionero? —dijo Chloe.
—Tiene que haber una manera —interrumpió Luna—. Mi madre siempre escribe sus contraseñas porque siempre… por lo menos, las escribía.
Kevin oyó el profundo hilo de tristeza bajo la superficie y deseó poder mejorar las cosas. A lo mejor una vez consiguieran el mensaje de los extraterrestres, podrían hacerlo. Evidentemente, para hacerlo, tenían que meterse en el sistema.
—Buscaremos una contraseña por aquí —dijo Kevin—. Deberíamos…
—No digas que deberíamos separarnos —dijo Luna—. ¿Has visto la tele?
—La señorita animadora tiene razón —dijo Chloe—. Si nos separamos, ¿qué va a impedir que nos cojan y nos transformen sin que los otros lo sepan?
—De acuerdo —aceptó Kevin—. Buscaremos juntos.
Empezaron a buscar por el edificio, habitación por habitación. Era una sensación extraña, buscar entre todo lo que los científicos habían dejado atrás en sus mesas y taquillas, especialmente si había fotos de familias, o recuerdos de las vacaciones; cosas que solo servían como recordatorios de todo lo que había perdido el mundo.
—No sé si puedo hurgar en las cosas de la gente —confesó Kevin después de un rato.
—Tenemos que hacerlo —dijo Luna—. Si existe alguna oportunidad de que esto pueda devolver a la gente, entonces buscar en sus cosas no es nada.
Aun así, ella estaba siendo bastante suave examinando las cosas, no como Chloe, que buscaba con toda la velocidad y la falta de cuidado que podría haber utilizado si hubiera entrado a robar.
No importaba el enfoque que le dieran, pues todo parecía llevar a la misma conclusión.
—Aquí no hay nada —dijo Kevin cuando hubieron pasado por todos los

despachos que encontraron y estaban de vuelta en el vestíbulo—. Nadie apuntó su contraseña.
—Supongo que les sobran razones para ser más serios con la seguridad —dijo Luna.
—Pero sin una contraseña, no podemos entrar en el sistema —dijo Kevin, sintiendo cómo empezaba a encogérsele el corazón—, y si no podemos entrar en el sistema, no podemos oír el mensaje.
Lo que significaba que cualquier esperanza que hubieran tenido cuando llegaron había desaparecido. Kevin había estado muy seguro de que si podían volver al instituto, esto les daría la oportunidad de hacer algo con los extraterrestres, pero aquí estaban, atrapados en el límite, sin poder oír lo único que podría ayudarles. Era más que frustrante; era desesperante.
Desesperante. No podrían enmendar nada de lo que había pasado. ¿Cómo podían haber pensado que serían capaces de hacerlo? Sus familias, sus amigos, todo el mundo había desaparecido.
Kevin todavía estaba pensando en ello cuando vio que las luces del ascensor del vestíbulo parpadeaban hasta encenderse, y que el monitor mostraba que el ascensor estaba subiendo desde el sótano.
—Aquí hay alguien —dijo—. Alguien está subiendo.
—¿Y si es uno de ellos? —preguntó Chloe, mientras miraba alrededor para intentar encontrar un lugar donde esconderse.
—Tenemos que salir de aquí —dijo Luna.
—Pero si nos vamos, nunca recibiremos el mensaje —insistió Kevin.
—Aquí no queda nada, Kevin —dijo Luna—. No podremos llegar a la señal si primero nos cogen los controlados.
Kevin miró a su alrededor para intentar encontrar una manera en que los tres estuvieran a salvo. Pero era demasiado tarde para eso. Kevin aguantó la respiración. No había tiempo para escapar, ni ningún lugar evidente en el que esconderse cuando se oyó el sonido metálico del ascensor, avisando de la llegada de quienquiera, o de lo que fuera, que había dentro.

CAPÍTULO SEIS

Sin ningún lugar al que correr o donde esconderse, Kevin miró alrededor en busca de algo que pudiera usar como arma. Luna ya había agarrado una silla y la sujetaba como si pudiera usarla como un garrote. Chloe sencillamente parecía preparada para escapar, quizás con la esperanza que lo que fuera que saliera de las puertas del ascensor que se estaban abriendo, estaría tan ocupado atacando a Luna que ella podría escapar.

Una silueta robusta con una camisa de colores vivos salió del ascensor, vociferando a plena voz, con un palo de golf en las manos. Luna respondió gritando y avanzando con su silla.

—Espera, ¿eres tú, Kevin? —dijo Phil, dando un salto hacia atrás justo a tiempo para evitar un golpe de silla.

—¿Phil? —dijo Kevin. Los controlados normalmente no hablaban, pero aun así, se sentía muy precavido.

Y parecía que Luna también.

—Enséñame tus ojos —exclamó.

—Y tú enséñame los tuyos —dijo Phil—. Por lo que yo sé este es un truco para hacer que me acerque y podáis exhalar sobre mí.

—Bueno, a lo mejor eres tú el que está intentando engañarnos —replicó Luna, aunque sonaba como si no estuviera muy convencida.

Kevin sorteó el problema simplemente acercándose cuando Phil estaba ocupado con su empate con Luna, e investigó lo que parecían ser pupilas negras de aspecto normal.

—Es normal —declaró Kevin.

—Puede que sea humano —dijo Chloe—, pero creo que normal es rozar el límite.

—Vale… supongo que sí —dijo Luna, bajando la silla. Abrió los ojos como platos para que Phil los pudiera ver—. Mira, humana.

—¿Cómo? —dijo Phil—. Pensaba… pensaba que se llevaron a todo el mundo menos a mí.

—Escapamos —dijo Kevin—. Conseguimos salir. ¿Y tú cómo sobreviviste, Phil?

El investigador había sido uno de sus científicos favoritos, pero Kevin no hubiese imaginado que, de entre todos ellos, sería él el que saldría de esta entero. Phil era demasiado lento, demasiado grande, demasiado amable, demasiado… todo, en realidad.

—Yo conseguí bajar al búnker —dijo Phil—. Me escondí y cerré tantos sistemas como pude para que no pensaran que yo estaba allí. Tuve que esperar mientas ellos… transformaban a todos los demás.

Dudó de las palabras y apartó la vista aparentemente avergonzado.

—Debería haberles podido ayudar —dijo Phil—, pero si abría la puerta, también me hubieran cogido a mí. Ni tan solo podía gritar para pedir ayuda.

Los extraterrestres que controlan a nuestra gente no son estúpidos, aunque la gente que toman lo parezcan. Estoy bastante seguro de que escuchan en busca de señales e indicios de vida para poder encontrar a los supervivientes. Por eso bajé. Pensé que podría haber saqueadores por aquí, encendiendo las cosas. Pensé que esto los… atraería de nuevo.

A Kevin no le gustaba pensar que simplemente encender el ordenador podría haber empezado a atraer a los controlados para que se les echaran encima como las polillas a una llama. Una parte de él incluso deseaba ir corriendo por allí y apagar todas las pantallas, pero no podían. Tenían que hacerlo.

—Si escapaste —dijo Phil—, ¿qué hiciste después? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me escondí en uno de los otros búnkeres —dijo Kevin—.Tú me enseñaste un mapa, ¿ te acuerdas?

—¿Conseguiste encontrarlo? —dijo Phil—. ¿Pero has vuelto aquí?

—Hay otra señal —explicó Kevin.

Phil se quedó parado por un instante, pero había trabajado con Kevin tanto como los demás cuando se trataba de mensajes alienígenas. Tenía que entender lo que esto significaba.

—Tiene que ser de parte de los que intentaron avisarnos —dijo.

Kevin asintió.

—Eso es lo que pensamos nosotros. Conozco las coordenadas de la señal, pero no podemos entrar en el ordenador. No tenemos la contraseña.

—Yo sí —dijo Phil—, pero no es tan sencillo.

Luna frunció el ceño al escucharlo.

—¿Qué es tan complicado? —preguntó—. Usted arranca el ordenador, orienta bien los telescopios y nosotros recibimos la señal.

—Lo que estaría bien si estas terminales todavía estuvieran conectadas a fuentes externas —dijo Phil—. Las desconecté todas para asegurarme de que los controlados no vendrían otra vez aquí y, de todas formas, ¿no habéis notado que la tele, la radio y cosas por el estilo no reciben ninguna señal?

Chloe no parecía contenta con eso.

—O sea ¿me está diciendo que vinimos hasta aquí para nada? Os dije que tendríamos que haber ido a LA.

Kevin hizo todo lo que pudo para ignorar la sensación de que podría tener razón. Si incluso Phil pensaba que no podrían recibir la señal, entonces ¿había alguna esperanza?

—No estoy diciendo que sea imposible —dijo Phil—. Pero prácticamente tendremos que reconstruir el sistema: necesitaré cables y conexiones… y tendremos que activar la conexión. Si pudiera entender exactamente cómo se está produciendo la interrupción…

—¿No son solo los extraterrestres los que la sobrecargan? —dijo Chloe.

Phil encogió los hombros.

—No estoy seguro de que sea así. Es evidente que están rastreando mensajes, pero creo que es más que eso.

—¿El hecho de que sus naves estén allí no podría afectar a las cosas? —sugirió Kevin—. ¿No podrían… no sé, interferir o algo así?
Phil se dio un golpe con la mano en la cabeza.
—Claro. A veces se trata de las cosas más evidentes. Tienen una nave grande en órbita, ¿verdad?
—Y una más o menos mediana planeando sobre la ciudad —añadió Luna.
—Lo que significa que no hay ruta para una señal de satélite —dijo Phil—. Pero si lo reorientamos todo para que salte de torre en torre…
Kevin de alguna manera no lo entendió a partir de allí, pero sabía que Phil era lo suficientemente listo para construir robots por diversión y piratear los sistemas informáticos del edificio. Si alguien podía hacerlo, probablemente era él.
—¿Hay algo que podamos hacer para ayudar? —preguntó Kevin.
—Si yo hago una lista de las partes, ¿vosotros tres pensáis que podéis ayudarme a encontrarlas todas?
—Podemos intentarlo —dijo Kevin.
Phil escribió su lista. Era más larga de lo que Kevin esperaba y no estaba seguro de conocer todas las cosas que había en ella. Sin embargo, Luna parecía captarlo, y se adelantó a él y a Chloe a toda prisa mientras ellos intentaban rescatar trozos de cable y piezas de maquinaria.
—Son muchas cosas —dijo Chloe—. ¿De verdad piensas que puede hacer funcionar los ordenadores?
—Pienso que podría hacerlo —dijo Kevin—. Yo confío en Phil.
—Debe de estar bien, poder confiar en la gente —dijo Chloe.
—Yo confío en ti —dijo Kevin.
—No deberías —dijo Chloe—. Abandoné vuestro búnker. Yo soy… soy un desastre. No soy una buena persona.
—Conseguiste que la furgoneta arrancara —puntualizó Kevin—, y aceptaste venir aquí con nosotros. Sin ti no estaríamos aquí, Chloe.
—Ya, supongo —dijo Chloe. No parecía convencida—. Me alegro de haber venido con vosotros.
Continuaron buscando piezas, robando trozos de cable allí donde parecía que no cambiaría nada. Kevin suponía que el Profesor Brewster no estaría contento con el vandalismo, pero si alguna vez recuperaba la conciencia lo suficiente como para quejarse, probablemente contaría como algo bueno.
Le llevaron las piezas a Phil, de manera que de forma gradual lo fueron rodeando, una pequeña isla en medio de un mar de reparaciones. Él trabajaba con crimpadoras y una soldadora, asegurando los componentes que le trajeron en un embrollo que parecía que nunca funcionaría.
—Bien —dijo—. Creo que ya estamos.
Accionó un interruptor y alzó la vista a la espera, como si previera que las pantallas cobraran vida. Kevin también alzó la vista esperanzado, pero las pantallas continuaron en blanco. No pasó nada.
—Mierda… esperad, dejadme probar esto…

Las pantallas parpadearon hasta revivir y entonces Phil escribió.
—Tengo que mandar la señal relé a relé —dijo—. Tendremos que trabajar con un conjunto diferente de telescopios, pero si lo agrego con el espacio libre del servidor… ¡ya está! —En una de las pantallas se abrió una ventana y Phil miró a Kevin—. ¿Tienes las coordenadas?
Kevin las repitió sin tener que dudar. Brillaban en el interior de su mente, allí estaban para cuando las necesitara. Observó a Phil introduciendo los números en la pantalla, y aparecieron las palabras "realineando telescopio" en la pantalla.
—Voy a configurar las cosas para que cualquier señal llegue por estos altavoces —dijo Phil—. No estoy seguro de que el sistema sobreviviera mandándolo a la sala que utilizabas para traducir las cosas, dadas las chapuzas que tuve que hacer.
Kevin esperaba, agarrándose al lado de una de las mesas, con la esperanza de que esto funcionara. Y entonces lo hizo.
Los altavoces arrojaron la señal y las palabras llegaron a la cabeza de Kevin. Enseguida supo que no eran los extraterrestres que habían invadido; tenía el tono más cálido y emotivo de los que habían intentado avisarlos. Las tradujo casi sin pensar, diciendo las palabras en voz alta de manera que los otros pudieran oír.
—Esta será la última señal que podremos enviar —dijo Kevin—. Se están acercando, así que debemos intentar decir todo lo que podamos antes de que nos alcancen. No nos dejarán vivir, pues dejarnos vivir libres de ellos es un insulto para todo lo que ellos son.
Kevin veía que los demás le observaban mientras hablaba. Luna había sacado su teléfono para grabar todo lo que decía. Phil estaba configurando cosas en el ordenador y mantenía la señal captada. Chloe miraba a Kevin atónita.
—Se llaman a sí mismos los Puros —siguió Kevin, continuando con la traducción—. Hace mucho que su mundo fue destruido, devastado por guerras entre ellos acerca de quién gobernaría. Tomaron por costumbre arrasar otros mundos, privarles de sus recursos y tomar a la gente como esclavos y fuentes de ADN nuevo. Sus líderes cambian a sus seguidores usando lo que han encontrado, haciéndose más fuertes a medida que avanzan. Pensamos que la única manera de detenerlos era quemando nuestro mundo, con la esperanza de atraparlos en el incendio, pero ni tan solo esto lo terminó.
Kevin veía el horror en las caras de los demás. Él estaba igual de aturdido con esto, pero no podía parar. Tenía que continuar traduciendo.
—Cuando han terminado con un mundo, lo destrozan —dijo Kevin—. No pueden quedarse quietos y dejar atrás cualquier cosa que no sean ellos, que no sea suya.
—Sabemos que son peligrosos —dijo Luna—. Debe haber más que esto.
Lo había.
—Intentamos combatirlos —tradujo Kevin—. Pensamos que podríamos detenerlos con armas de energía, con guerra, con enfermedades. Se adaptaron

a cada cosa que intentamos mientras nosotros resistíamos, pues habían investigado nuestro mundo. Habían visto lo que teníamos y se prepararon para ello.
—¿O sea que nos están diciendo cosas que no funcionaron? —dijo Chloe.
—Conocen todo lo que tenéis ahora —continuó traduciendo Kevin—. Así que buscad en el pasado. Buscad enfermedades que hace tiempo que desaparecieron, para las que no se han preparado, pero a las que vuestra especie sea inmune. El que esté oyendo esto puede llevarlas a su nave nodriza, puede destruir su corazón. Tú eres la clave, el único que puede parar la destrucción que vendrá a continuación. Si estás oyendo esto, debes hacer lo que nosotros no pudimos hacer. Debes terminar con esto antes de que caiga el mundo y un número incontable de otras personas.
El mensaje terminó y Kevin se esforzó por recobrar el aliento. Se había esforzado mucho, mucho por traducirlo todo, pero no era solo eso. Era lo que había dicho el mensaje.
—¿Así que se supone que yo tengo que parar esto? —dijo Kevin—. Pero yo no puedo. Es decir… yo no soy un héroe, o un soldado o… yo solo soy yo.
—Yo creo que eres un poco más especial que eso —dijo Phil—. Eres el único que ha podido traducir estas señales.
—Y cuando intentaron cambiarte —dijo Luna—, no pasó nada.
Chloe lo miró incluso en más estado de shock.
—¿Eres inmune? ¡Pero si eso es increíble!
Podría haber parecido ligeramente más increíble si, en ese momento, Kevin no se hubiera sentido tan mareado gracias a la señal, o si no hubiera tenido una enfermedad que se le comía el cerebro desde dentro y que lo estaba matando lentamente.
—¿De qué va todo eso de encontrar enfermedades? —preguntó Kevin.
—La guerra biológica tiene cierto sentido —dijo Phil—. Y también lo de encontrar virus que sean antiguos de verdad. Los humanos nos habremos adaptado a sobrevivir a todo tipo de enfermedades, pero los extraterrestres solo se habrán preparado para las que hay en el mundo hoy en día.
—Pero ¿cómo se puede encontrar una enfermedad? —preguntó Luna—. Especialmente una antigua. No es tan fácil como ir a buscarla a un hospital o algo así.
—Significaría encontrar materia orgánica conservada —dijo Phil—. No solo un fósil, sino ADN de verdad. La conservación del ámbar es una fuente evidente, pero ¿dónde?
—¿Qué tal en los pozos de alquitrán de LA.? —sugirió Chloe.
Luna la atacó verbalmente.
—Tú harías cualquier cosa por ir a LA, ¿verdad?
—Lo digo en serio —dijo Chloe—. Si queréis algo que tenga millones de años, allí es donde tenéis que buscar.
—Creo que Chloe podría tener razón —dijo Kevin. Luna lo miró ligeramente decepcionada—. Queremos material del tiempo de los dinosaurios, ¿verdad?

Entonces ¿en qué otro lugar vamos a encontrarlo?
—¿En un museo, quizás? —sugirió Luna.
Phil negó con la cabeza.
—Los huesos antiguos no bastarán, y cualquier cosa que haga tiempo que está expuesta sería un problema, pues el ADN se deterioraría. Los pozos de alquitrán son una buena idea. Evidentemente, cuando tengáis algo lo suficientemente viejo, está el problema de hacerlo llegar a la nave espacial.
Kevin pensó en la nave que colgaba por encima del mundo. Parecía dominarlo todo, pero eso no significaba que fuera fácil subir hasta allí. Por otro lado, estaba en un centro de la NASA. Sin duda alguna, si alguien sabía de poner a la gente en órbita, eran ellos.
—Encontraremos una manera —dijo Luna, con un rastro de su antiguo optimismo que se notó en su voz—. Encontraremos una manera de subir hasta allí y los extraterrestres no sabrán lo que les golpeó.
—¿Encontraremos? —dijo Kevin—. La señal dijo…
—Si piensan que voy a dejar que subas allá tú solo, no tienen ni idea de nada —dijo Luna, y Kevin vio que lo decía en serio. Se alegró de ver que, después de todo lo que había pasado, Luna todavía estaba dispuesta a enfrentarse al mundo entero si se metía con sus amigos.
—Aún quedan unos cuantos pasos para ver cómo entregamos el virus —dijo Phil—. Todavía tenemos que encontrar la materia orgánica adecuada y, en ese momento, es cuando podemos empezar a preocuparnos por cómo la hacemos llegar a los extraterrestres.
A Kevin eso le parecía mucho. Quizás demasiado. ¿Cómo se suponía que tres niños y un científico, que no parecía que pudiera luchar contra nada, iban a hacer todo eso? Pero si no lo hacían, ¿quién lo haría? El mensaje había sido directo… Kevin tenía por lo menos un par de ventajas cuando se trataba de los extraterrestres, así que tal vez tenía que ser él.
—Tenemos herramientas para extraer muestras y analizar ADN —dijo Phil. Salió de la instalación durante uno o dos minutos y volvió con una serie de artilugios. Empezó a trabajar en ellos, cogiendo partes de uno, añadiéndoselas a otro y uniéndolos con cables hasta convertirlo en algo que parecía una mezcla entre una jeringa, una especie de pistola de agua y los restos de un ordenador pequeño.
—Bueno —dijo—, creo que lo tengo. Si podemos encontrar una muestra idónea en los pozos de alquitrán, solo tenemos que insertar la jeringa y extraer el ADN orgánico que haya, y el ordenador lo analiza en contraste con lo poco que sabemos de los extraterrestres. Si la pantalla se pone verde, entonces habremos encontrado algo que podría ser apropiado para llevarlo hasta la nave espacial para…
Sonó una alarma, Phil sacó su teléfono y lo miró fijamente con la cara pálida.
—Hemos usado los ordenadores durante demasiado tiempo —dijo—. Instalé sensores de proximidad para que me avisaran si volvían, y ahora los diagramas de actividades se están disparando.

—¿Qué significa eso? —preguntó Chloe.
Kevin conocía la respuesta a eso.
—Significa que los extraterrestres están mandando a la gente que controlan aquí. A muchos.

CAPÍTULO SIETE

—¡Corred hacia el búnker! —exclamó Phil, apresurándose a estirar las clavijas de las máquinas. A su alrededor, Kevin oía el estruendo de las personas que los extraterrestres controlaban mientras se abrían camino en el edificios. El único ruido que había era la destrucción que ellos provocaban.

—Corred —dijo Kevin a las otras dos y, al parecer, no tuvo que decírselo dos veces ni a Chloe ni a Luna.

Todos salieron del Instituto, rodeando sus curvas y giros mientras buscaban un modo de estar seguros. Kevin oía el estruendo y los portazos de los cuerpos que apartaban a empujones cualquier cosa que estuviera en su camino, cristales que se rompían de vez en cuando y el golpeteo de puertas contra sus marcos.

Entonces entrevió a un grupo de ellos, que les seguían al doblar una esquina con una velocidad incesante que hizo que Kevin se lanzara a uno de los laboratorios y se agachara debajo de una mesa cuando uno de ellos arremetió contra él. Salió corriendo a toda velocidad por la puerta más lejana, la cerró de golpe tras él y oyó que los controlados la hacían añicos mientras él se reunía de nuevo con los demás.

—Por aquí —dijo Phil, haciendo de guía hacia el vestíbulo. Kevin y las demás lo siguieron, mientras una multitud de gente aparecía tras ellos. Una de las criaturas se abalanzó sobre Luna y Kevin extendió el pie y le hizo la zancadilla. Continuaron corriendo.

Una mano agarró a Kevin por el hombro y lo tiró hacia atrás. Kevin se giró y se encontró cara a cara con un obrero de la construcción, con las pupilas de un blanco brillante que daba a entender que estaba controlado. Miró a Kevin como si lo estuviera analizando. Como si lo reconociera. Tiró una mano hacia atrás, en la que tenía agarrada una llave inglesa a modo de arma, y Kevin se preparó para el golpe que estaba por llegar.

Chloe cogió un extintor y roció al hombre convertido directamente en la cara. No le hizo daño, pero la misma presión y la sorpresa bastaron para hacer que soltara a Kevin y se tambaleara hacia atrás al hacerlo. Se giraron y corrieron de nuevo, cerrando de golpe las puertas del vestíbulo tras ellos. Phil hizo algo con una llave de tarjeta para cerrarlas y Kevin oyó que los cuerpos chocaban contra ella al otro lado.

—Eso no los detendrá mucho tiempo —dijo Kevin.

—El suficiente —respondió Phil. Señaló hacia los ascensores—. Rápido, todo el mundo al búnker.

De las puertas venían golpes secos mientras los controlados las aporreaban.

Kevin negó con la cabeza.

—No podemos. Tenemos que ir hasta los pozos de alquitrán. Por lo menos, tenemos que intentar arreglar todo esto.

—Podemos esperar hasta que haga tiempo que se hayan ido para hacerlo —

dijo Phil.
Ahora el golpeteo era más fuerte. Kevin sospechaba que en cualquier momento romperían las puertas.
—¿Y qué pasa si esperan? —replicó Luna—. ¿Y si deciden que han acabado con el mundo y lo destruyen?
Kevin oyó que Phil suspiraba.
—Mira —dijo—, la verdad es… bueno, la verdad es que yo no soy un valiente. Me gustaría venir con vosotros a salvar el mundo y todo eso, pero lo cierto es que me da demasiado miedo hacerlo. Miradme ahora. Me tiemblan las manos solo por correr un poco para escaparme de los controlados.
—Las mías tiemblan todo el rato —puntualizó Kevin, alzando la mano como prueba. Phil era un adulto, y uno que no sufría una enfermedad que podría matarlo—. Necesitamos tu ayuda.
—No me necesitáis —insistió Phil, mientras de fondo se oía un chasquido—. Estoy demasiado gordo para correr bien y solo sirvo de algo si hay ordenadores cerca. Tomad… Empujó el aparato que les había hecho hacia Kevin—. Esto hará todo lo que necesitéis.
—¿Así que dejas que nosotros nos encarguemos de esto? —exigió Kevin.
—¿A no ser que queráis bajar al búnker y esperar a que esto acabe?
Kevin negó con la cabeza.
—Tenemos que hacerlo. Pero tú… te necesitamos.
—Yo solo os haría ir más lentos —dijo Phil.
—Déjalo, Kevin —dijo Luna—. Tiene razón. Acaba de hacernos ir más lentos.
—Buena suerte —dijo Phil—. En serio espero que lo logréis. Y si alguna vez necesitáis volver aquí… —Se oyó otro crujido desde la puerta—. Bueno, buena suerte.
Salió a toda prisa en dirección al ascensor.
—¡Qué cobarde! —murmuró Chloe.
—Ya ha hecho mucho —insistió Kevin, alzando el aparato que había hecho Phil.
Luna giró la mirada hacia la puerta.
—Será mejor que salgamos de aquí.
Kevin asintió. La puerta no resistiría más que unos segundos más como mucho. Los tres corrieron hacia la salida, Kevin giró la mirada cuando llegaron a ella y vio que la puerta cedía tras ellos. Ahora veía montones de personas allí, que se movían con el horror sincronizado que daba a entender que los extraterrestres los estaban controlando. Dejó de mirarlos y fue a toda velocidad hacia la furgoneta.
Chloe y Luna ya estaban dentro, con el motor en marcha. Los controlados se acercaban por detrás de Kevin, así que ni tan solo se molestó en dar la vuelta corriendo hacia la cabina de la furgoneta, simplemente saltó a su cama. Chloe pareció captar el mensaje, pues pisó el acelerador y los neumáticos chirriaron cuando la furgoneta aceleró. desde su lugar en la cama de la furgoneta, Kevin

veía la multitud de gente que corría detrás de ellos, estirando los brazos como si pudieran agarrarlo.
En realidad, uno se acercó mientras reducían la velocidad para atravesar la puerta, y Kevin le lanzó una patada, sintiendo cómo su pie impactaba dolorosamente contra la cara de la persona controlada. Tropezó hacia atrás y, en ese momento, la furgoneta aceleró de nuevo, de modo que en tan solo unos segundos habían desaparecido.

***

Kevin estaba sentado en la cama de la furgoneta, sosteniendo el aparato que Phil les había dado. Si funcionaba, les daría todo lo que necesitaban para derrotar a los alienígenas. Detendría todo esto. Solo pensar en ello era suficiente para hacer que la esperanza creciera un poco en su interior, y no había tenido mucha desde el día en que los doctores le habían dicho que estaba muriendo. Lo guardó en una bolsa, esperando que estuviera a salvo.
Todavía no entendía tanto como deseaba su enfermedad. Tenía la sensación de que ni tan solo los doctores la entendían del todo, solo la etiquetaron con un montón de otras enfermedades raras parecidas para que encajara en algún lugar. Todavía no sabía si tenía una enfermedad auténtica que resultaba que había cambiado su cerebro del modo adecuado para comprender las señales de los extraterrestres, o si lo que fuera que había en su interior y que entendía las señales sencillamente se parecía a la leucodistrofia que le habían diagnosticado.
Kevin todavía se lo estaba preguntando cuando Chloe se detuvo para dejar que se metiera en la cabina de la furgoneta. Puede que solo lo hiciera para ser amable, o porque pensar en estar dentro de la furgoneta solo con Luna no era algo que quisiera contemplar.
—¿O sea que ahora nos dirigimos a LA?
Kevin miró a Luna y después asintió.
—Supongo que sí. Si podemos llegar hasta los pozos de alquitrán, quizás lo podremos hacer.
—En esto no hay un quizás —dijo Chloe—. ¿No oíste el mensaje? Los extraterrestres piensan que tú eres la mejor esperanza para la humanidad.
Sonaba como si lo creyera absolutamente; como si fuera una especie de acto de fe que Kevin lo lograría. Eso pareció molestar a Luna tanto como a Kevin.
—Solo porque los extraterrestres nos enviaron un mensaje, eso no significa que lo sepan todo sobre el futuro —dijo—. Kevin no es invencible. Tenemos que cuidarlo.
—Pero esto va a funcionar —insistió Chloe—. Lo noto.
Puso en marcha de nuevo la furgoneta y Kevin lo agradeció, pues una parte de él sentía que los controlados podrían estar siguiendo todavía. Había habido algo en el modo en el que el obrero de la construcción lo había mirado, con ese estallido de reconocimiento, que indicaba que los extraterrestres no lo habían olvidado; sabían quién era y, si podían atraparlo, lo harían.

Empezaron a abrirse camino entre las calles de San Francisco, zigzagueando alrededor de los coches abandonados y los escombros dejados por la repentina marcha de tanta gente. Se dirigían hacia la autopista, pues probablemente esa sería la ruta más rápida a LA.

Cuando empezaron a salir de la ciudad, las carreteras empezaban a estar más taponadas con coches, pasando de ser islas ocasionales en el río de asfalto a diques enteros de ellos, que bloqueaban por completo la carretera allí donde había habido colisiones o donde la gente suficiente los había abandonado a la vez.

—Intenta rodearlos —dijo Kevin al ver otra fila de coches más adelante, esta presentaba tanto metal retorcido como para insinuar que por lo menos una docena de coches habían chocado los unos con los otros.

—Iré por aquí por la izquierda para ver si la siguiente calle está más despejada —dijo Chloe, girando el volante para llevarlos por una calle lateral, y después por otra.

Al final, salieron en la otra punta de la fila de vehículos, pero todavía había una aglomeración más adelante a lo lejos.

—¿Por encima de la acera? —sugirió Luna, señalando hacia el agujero que había entre el último coche y el edificio adyacente a la calle. A Kevin el agujero le parecía demasiado pequeño como para que cupiera una furgoneta entera.

Pero Chloe asintió y giró la furgoneta en dirección al agujero. Kevin sintió la sacudida cuando subieron a la acera y, a continuación, oyó el arañazo de metal contra metal mientras la ranchera avanzaba a través del agujero.

—Me siento como si fuéramos un tubo de pasta de dientes estrujado —dijo Luna.

—¿Esto no nos convierte en pasta de dientes? —puntualizó Kevin, sin querer pensar en lo que sería acabar demasiado estrujados. Agarró la bosa con el aparato, deseoso por mantenerla a salvo.

Lograron empujar el coche que tenían más cerca unos cuantos centímetros, dejando justo el espacio suficiente para que la ranchera pasara. Se abrió camino a presión y a empujones aunque, a estas alturas, casi hubiera sido más rápido correr que quedarse allí sentados, esperando a que Chloe encontrara el siguiente espacio en el que cupiera.

—Esto no se acaba nunca —dijo Chloe, golpeando el volante con las manos.

—Por lo menos nos movemos —dijo Luna, evidentemente intentando algo de su viejo optimismo.

Casi en el momento justo, el motor de la ranchera tosió, después farfulló y, a continuación, se encendió una luz de aviso.

—Tenías que decir algo, ¿verdad? —murmuró Chloe, mientras la ranchera se paraba abruptamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Kevin—. ¿Qué pasó?

Chloe encogió los hombros.

—Creo que nos hemos quedado sin gasolina. Mira.

En efecto, la aguja del medidor del nivel de gasolina señalaba al cero.
—No lo dijiste —puntualizó Luna—. Podríamos haber parado en una gasolinera.
—El indicador lleva así casi desde que nos metimos en la ranchera —respondió Chloe—. Pensé que seguramente estaría roto. Además, no es que siempre esté conduciendo, ¿sabes?
Luna salió de la ranchera sin decir ni palabra. Kevin le puso una mano en el hombro a Chloe.
—Está bien que nos hayas traído hasta aquí —dijo. En aquel momento, pareció que a Chloe le sirvió el apoyo.
Le miró y le sonrió.
—Por lo menos a ti sí que te gusto.
—Creo que a Luna también le gustarás. Dale algo de tiempo.
Chloe negó con la cabeza.
—Me odia. Es evidente. Y no me importa. La gente siempre odia a la loca.
—¿Por qué continúas llamándote eso? —preguntó Kevin.
—Porque lo soy. Es decir, esa no era la palabra que usaban, pero sí que era lo que querían decir.
—¿Quiénes? —preguntó Kevin.
—Mis padres me hicieron ir a ver a todo tipo de psicólogos antes de que me escapara. Me hicieron tomar todo tipo de pastillas. Incluso no me creían cuando les contaba… cosas.
Kevin tenía la sensación de que una palabra contenía más de lo que Chloe deseaba contar en aquel momento.
—Yo tuve que ir a ver a un psicólogo —dijo Kevin—. Me dijo que imaginaba que recibía mensajes de los extraterrestres y todo lo que tenía que ver con ellos.
Chloe sonrió al oírlo y señaló hacia toda la destrucción que los rodeaba.
—Pues realmente tienes una imaginación muy buena.
—Venga —dijo Kevin—. Probablemente deberíamos pensar en lo que tenemos que hacer ahora.
Salieron de la ranchera y Luna los estaba esperando.
—Bueno —dijo—. Supongo que tendremos que robar otro coche.
—Chloe, ¿podrías hacerlo? —preguntó Kevin.
Chloe encogió los hombros.
—Supongo que sí, si encontramos algo lo suficientemente viejo es fácil. Solo que… —Señaló hacia las calles abarrotadas que los rodeaban—. ¿Tiene algún sentido?
Kevin debía confesar que había sido duro hacer pasar la ranchera hasta donde lo habían hecho. Los coches abandonados daban a entender que no había una ruta clara para salir de la ciudad e, incluso una vez lo hicieran, los tres habían visto que no hacía más que empeorar en partes de la autopista. Entrar había sido soportable, pero miles de personas habían intentado huir cuando la primera ola de vapor se apoderó de ellas.

—No podemos ir andando hasta LA —dijo Luna—. Bueno, supongo que podríamos, pero no lo suficientemente rápido.
—Y probablemente no sin toparnos con problemas por el camino —supuso Kevin—. Necesitamos alguna cosa para poder escapar de los controlados. Un coche, una moto, o…
—O un barco —sugirió Chloe, señalando hacia el mar.
Kevin podía distinguir el puerto a lo lejos, que se extendía a lo largo de la Bahía de San Francisco. Allí habría barcos. Incluso desde donde estaba, Kevin podía distinguir las velas de algunos de los veleros.
—Esas velas son bastante grandes —dijo Kevin. Él nunca había navegado; no sabría ni por dónde empezar—. ¿Nosotros tres podríamos controlar algo así?
—Si escogemos la barca adecuada —dijo Chloe—. Parece que allá abajo hay mucho donde escoger.
—Hay gente que ha navegado sola por el mundo —dijo Luna, con aspecto pensativo—. Supongo que podríamos llegas hasta LA, subiéndonos por la arboladura y esas cosas.
Kevin sabía lo mucho que le gustaba a Luna escalar las cosas donde vivían. Para ser justos, a él también. Era la clase de problema que para ellos siempre había contado como diversión. Aun así, la manera en que lo había dicho no llenaba exactamente de confianza a Kevin de que supiera lo que hacía.
—Vamos, Kevin —dijo Luna—. Un velero no necesitará gasolina y no es que tengamos mucha elección. ¿A no ser que quieras robar tres bicicletas e intentemos ir en bici hasta LA?
Kevin sabía que nunca sería capaz de lograrlo. Aun así, debía confesar que estaba preocupado por la idea del barco.
—Los barcos pueden volcar, hundirse y cosas de esas —dijo Kevin—. Pueden ir a la deriva y perder el control, y yo no quiero acabar en China, o en Australia o en otro lugar.
—Yo sé cómo llegar a donde vamos —dijo Chloe. Parecía bastante segura—. Yo sé navegar.
Tal vez algo en esa confianza hizo reaccionar a Luna, pues fue la siguiente en decir lo que pensaba.
—No hay muchos sitios en los que puedas aprender a navegar y también a hacerle el puente a un coche.
—Lo de hacer puentes fue después de que me marchara —respondió Chloe—. Lo de navegar fue antes, en el campamento. Sé hacerlo. —Ahora miraba a Kevin, no a Luna—. De verdad que se me da bien navegar. Y en un coche, todavía podríamos chocar, y sería más probable que nos tropezáramos con esas cosas.
—Chloe tiene razón —dijo Kevin, intentando convencer a Luna—. Quiero decir, ¿la gente que controlan puede nadar? ¿Pueden navegar?
—Supongo que no —dijo Luna—. Y supongo que por lo menos podemos ir a la deriva por la costa un poco si no queremos navegar todo el rato.
—Y podrás escalar por la arboladura —dijo Kevin.

—Y podré escalar por la arboladura —respondió Luna con una sonrisa.
Chloe encogió los hombros.
—Entonces supongo que lo hemos decidido. Vamos a navegar.
Iban a navegar. De algún modo, Kevin tenía la sensación de que no iba a ser tan fácil como Chloe hacía que pareciera.

CAPÍTULO OCHO

Bajar andando hasta el puerto parecía mucho más aterrador de lo que había sido conducir a través de la ciudad, incluso aunque ninguno de ellos sabía realmente conducir. Kevin se dio cuenta de que había habido algo reconfortante en la capacidad de la ranchera para salir acelerando de un problema, o para darse contra las cosas sin sufrir ningún daño, incluso aunque Chloe había sido un poco demasiado rápida al probarlo.

Ahora, solo estaban ellos tres abriéndose paso por delante de los coches abandonados y desperdigados y los escaparates que una vez habían estado llenos de gente. Esto hacía sentir desprotegido y vulnerable a Kevin. Si los controlados los divisaban ahora, no habría manera en que los tres pudieran huir de ellos.

Llevaba el aparato de ADN en su bolsa, su peso a un lado era a la vez tranquilizador y algo que debía protegerse.

—Ahora no podemos estar muy lejos —dijo Luna, trepando encima de lo que parecía una enorme acumulación en una de las intersecciones para poder ver a lo lejos—. Parece que solo unas cuantas calles más.

—¿Quieres bajarte de ahí antes de que te vean? —le gritó Chloe.

—¿Y tú quieres bajar la voz? —replicó Luna.

Kevin miró alrededor.

—No creo que aquí haya nadie que nos vea —dijo—. Pero probablemente deberíamos continuar, por si acaso.

—¿Tienes ganas de navegar un poco? —insinuó Luna.

Kevin tenía incluso menos ganas que ninguna de ellas, aunque ayudaba saber que Chloe por lo menos sabía un par de cosas sobre hacer que los barcos hicieran lo que debían. Significaba que toda la idea de navegar hasta LA pasaba de ser completamente suicida a simplemente bastante improbable, y comparado con algunas cosas que habían hecho últimamente, improbable no era nada del otro mundo.

Siguieron, intentando bajar las cabezas entre los coches. Tanto Luna como Chloe eran bastante buenas en eso… Luna por los años que los dos habían pasado colándose en lugares en los que se suponía que no debían estar, y Chloe porque… bueno, a causa de cómo habría sido su vida desde que había escapado. Kevin no podía imaginar cómo sería eso. Casi pensaba que no podría imaginar cómo sería no volver a ver su casa, o a su madre, pero a menos que los tres lograran hacer algo para cambiar las cosas, eso era exactamente lo que iba a pasar.

—Allí —dijo Chloe y, al parecer, emocionada—. Mirad, allí está la verja.

Chloe estaba en lo cierto. Más adelante, había una verja alta con una puerta, el puerto estaba tras ella. Solo tardarían un par de minutos más en llegar allí y, desde allí, podrían encontrar el barco que necesitaban.

Parecía muy entusiasmada ante la expectativa de hacerlo, y a Kevin le costaba

decidir si era el hecho de que navegarían, el hecho de que saldrían de allí, o la posibilidad de llegar a LA lo que la tenía así. Kevin imaginaba que eso no importaba. Desde luego era mejor verla así que cuando estaba molesta o enfadada, o asustada por lo que iba a pasar a continuación.
—Vamos —dijo Luna—. Todavía tenemos que meternos ahí.
Fueron a toda prisa hacia la verja. Desde cerca, Kevin pudo ver lo alta que era, incluso aunque hubieran sido adultos, hubiera sido mucho más alta que ellos. Tal y como eran las cosas, las vallas metálicas parecían alzarse sobre ellos, coronadas con alambre de espinos de un modo que dejaba claro que la gente debía quedarse en el lado en el que estaba al principio.
Luna sonrió.
—Siempre clavan alambre de espinos a las cosas.
—Cómo disfrutas —dijo Kevin.
Luna encogió los hombros.
—Es divertido encontrar la manera de meterse en los sitios.
Empezó a avanzar a lo largo de la verja y paró cuando encontró un lugar donde había tierra suelta, y Kevin vio que la verja no estaba firmemente asegurada.
—Creo que por aquí se han metido animales —dijo Luna. Tiró de la verja y consiguió subirla lo suficiente para hacer un agujero. No era un agujero demasiado grande. De hecho, Kevin no estaba seguro de que alguien pudiera caber por allí.
Aun así, Luna lo hizo, deslizó su mochila por debajo de la verja y después la siguió con tanta soltura como si fuera una serpiente. Chloe le siguió, y parecía que estaba decidida a caber por cualquier agujero por donde lo hiciera Luna, reptando a través de él sin problema.
Entonces le llegó el turno a Kevin. Se tumbó en el suelo sobre su barriga y empujó primero el aparato de Phil dentro de su bolsa, sintiendo la suavidad de la tierra al avanzar. Sintió la verja sobre su espalda, y ahora las puntas afiladas de la valla metálica se le estaban clavando; se le clavaban tanto que, de hecho, no podía moverse.
—Vamos, Kevin —dijo Luna.
—Creo… creo que estoy atrapado —respondió. Intentaba no sentir pánico, pero el problema con intentar no sentir pánico era que sencillamente le recordaba a Kevin que había algo por lo que sentir pánico. Intentaba liberarse, allí atrapado, sin poder avanzar y sin querer retroceder.
—Aguanta —dijo Luna. Se fue hasta la verja y la agarró—. Vamos, Chloe, ayuda.
Chloe lo hizo y, juntas, las dos chicas subieron la verja. Kevin notó cómo se levantaba, no mucho, pero al menos lo suficiente para que pudiera pasar al otro lado. Se tumbó allí, jadeando por el esfuerzo.
—Tenemos que encontrar un barco —dijo Luna.
Kevin asintió y consiguió levantarse.
—¿Sabemos qué tipo de barco funcionará mejor?

Miró a Chloe al decirlo: al fin y al cabo, ella era la experta cuando se trataba de navegar.
Extendió las manos.
—No queremos nada demasiado grande —dijo—, porque entonces no podremos hacerlo navegar, pero si es demasiado pequeño, volcará si chocamos con una ola grande y no habrá suficiente espacio para los tres.
—O sea, ni petroleros ni barcos de remos —dijo Luna—. Ya lo tengo. Marchando el barco perfecto.
Chloe hizo una mueca al oírlo, pero no dijo nada mientras se dirigían al puerto, para intentar encontrar el barco perfecto para que los llevara.
—Supongo que después de todo puede que no tengamos tanto donde elegir —dijo Kevin, echando un vistazo a los barcos del puerto.
Una vez probablemente habían sido una colección impoluta de algunos de los mejores barcos que existen. Habría habido yates y lanchas motoras, barcas de pesca y barcos de paseo. Ahora, mayoritariamente había escombros. Desde donde estaba, Kevin veía jirones en las velas, como si alguien hubiera bajado por ellas con un cuchillo y los mástiles rotos. Había algunos barcos que se habían inclinado de manera que daba a entender que solo la presencia de sus vecinos los mantenía a flote, y otros que parecía que habían sido saqueados hasta el último fragmento de material útil. Kevin no podía decir si la gente lo había hecho para intentar escapar o si lo habían hecho los extraterrestres para detenerlos, o ambas cosas.
—Lo han destruido —dijo Chloe, con aspecto abatido—. Lo han destrozado todo.
—Tiene que quedar algo —dijo Luna—. Lo encontraremos.
—¿Por qué? ¿Por qué iba a quedar algo? —Chloe negó con la cabeza.
—Por lo menos deberíamos mirar —dijo Luna.
Pero no parecía muy esperanzador. Todos los barcos más cercanos a los muelles estaban en ruinas, sus velas reducidas a andrajos, sus cascos estaban agujereados. Lo que era peor, Kevin veía unas siluetas a lo lejos en los muelles, y algo en el modo en el que se movían insinuaba que no eran compañeros supervivientes de la invasión de los alienígenas. Estaban ocupados destrozando una pequeña lancha motora, golpeándola con martillos o solo con los puños, destruyéndola tan sistemáticamente que Kevin supuso que aquello debía seguir un plan.
Kevin, Luna y Chloe se fueron en dirección contraria, con la esperanza de que en algún lugar, de entre todos los barcos del puerto, a la gente que los extraterrestres controlaban se les hubiera escapado uno. La destrucción parecía total. Parecía que estaban decididos a que nadie saliera de la ciudad de ese modo, o a lo mejor solo era que todos los barcos buenos ya habían sido…
—¡Allí! —dijo Chloe, probablemente más alto de lo que debería haberlo hecho, señalando hacia el agua a un barco amarrado por lo menos a seis metros de todos los demás. Tal vez eso fuera lo que lo había salvado, pues el velero estaba impoluto y resplandeciente, sus velas aparentemente intactas.

En cuanto Chloe gritó, los controlados miraron hacia allí. Miraron fijamente a Kevin y a las demás como si intentaran adivinar qué estaban haciendo allí, quiénes eran y qué deberían hacer ellos. Para Kevin, casi parecía que estuvieran esperando instrucciones.
—Esto… —empezó Kevin.
Los controlados rompieron a correr hacia ellos.
—¡Nadad! —chilló Luna—. ¡Si han dejado esa barca, probablemente ellos no puedan!
Se sumergió en el agua. Chloe se sumergió tras ella y salieron ya nadando hacia el barco.
A esas alturas, los controlados ya habían cubierto la mitad de la distancia hasta ellos. Sin saber qué otra cosa hacer, Kevin ató la bolsa que contenía el aparato a su mochila, respiró profundamente y saltó al agua tras las chicas, con la esperanza de que el aparato fuera resistente al agua.
A pesar del sol de San Francisco, el agua estaba lo suficientemente fría como para cortarle la respiración a Kevin. Flotó por un instante, sintió que salía a la superficie y empezó a nadar. Costaba más nadar con toda la ropa puesta de lo que hubiera sido en la playa, pero por lo menos conseguía mantenerse en movimiento.
Echó la vista atrás. Ahora los controlados estaban en los muelles. Uno adelantó a los demás e, inmediatamente, se hundió sin dejar rastro. Los otros se quedaron allí quietos, como si se hubieran dado cuenta de que no podían ir más lejos. Aunque estuvieran inmóviles, Kevin no quería perder el tiempo. Nadó tan rápido como pudo hacia el barco y consiguió subir por una escalera dispuesta al lado.
Luna y Chloe ya lo estaban esperando en cubierta cuando llegó.
—Por favor, decidme que este barco tiene el tamaño adecuado —dijo Kevin, tumbado sobre cubierta y alzando la mirada hacia ellas—. No creo que tengamos ocasión de cambiarlo.
—Este barco es perfecto —dijo Chloe. Miró de nuevo al grupo de controlados e hizo un gesto grosero—. ¡Deberíais haber aprendido a nadar!
—¿Qué tal si no les das la idea? —sugirió Kevin.
—Estamos a salvo —dijo Chloe. Miró alrededor del barco—. ¡Vamos, debemos explorar!
Kevin miró a Luna, que encogió los hombros.
—Tenemos que saber qué hay en el barco que vamos a requisar.
—¿Requisar? —dijo Kevin.
—Suena mejor que *robar* —respondió Luna—. Además, si vamos a intentar salvar el mundo, creo que deberíamos poder requisar cosas. Yo requiso este barco en aras de llegar a LA.
Rió y parecía algo relajada por primera vez desde que dejaron el búnker. Chloe parecía incluso más contenta, bajó a toda prisa al barco. Salió menos de un minuto más tarde con toallas, una de las cuales lanzó a Kevin. La de Luna más que lanzársela a ella la lanzó contra ella, pero por lo menos había una

para ella cuando empezaron a secarse.
—¿Está bien el aparato? —preguntó Luna.
Kevin lo sacó, lo secó con una toalla y lo comprobó. Cuando lo encendió, la pantalla se puso roja. Supuso que eso quería decir que funcionaba.
—Creo que está bien —dijo.
—Entonces tenéis que bajar a mirar aquí —dijo Chloe—. Mola mucho.
Fueron bajo cubierta y Kevin tuvo que admitir que el barco molaba bastante. No era solo que era lo suficientemente grande para ellos tres, con una cocina grande y una salita de estar, dormitorios debajo, e incluso un cuarto de baño y ducha en la parte trasera. No era solo que había un televisor en la salita de estar, y que parecía que tenía electricidad de algún tipo de batería de repuesto. No, lo mejor de todo era que, evidentemente, alguien se había estado preparando para un viaje, o tal vez para una fiesta, cuando había abandonado el barco. Una mirada a algunos de los armarios y a la pequeña nevera/congelador desveló patatas fritas, bebidas y pizza, amontonadas allí a la espera. Después de las raciones de combate del búnker, Kevin cogió rápidamente una bolsa de patatas y empezó a comer. Las otras tampoco titubearon.
—Navegar hasta LA en esto va a ser genial —dijo Luna.
—Este es el tipo de barco con el que siempre soñé en el campamento —dijo Chloe—. Es el tipo de cosa en la que podría zarpar.
—La verdad es que está bastante bien —confesó Kevin.
Entonces fue cuando Kevin oyó un ladrido detrás de una escotilla. Fue hacia allí y buscó la manera de abrirla.
—Ahí detrás podría haber cualquier cosa —puntualizó Chloe—. Como un Rottweiler hambriento o algo por el estilo.
Kevin abrió la puerta de todos modos. El perro que salió no era de una raza peligrosa ni tenía aspecto de serlo, a pesar de que era bastante grande y muy peludo, con un pelaje blanco y gris que le daba un poco aspecto de alfombra móvil. Un collar anunciaba que se llamaba Bobby. En algún lugar por debajo de todo aquel pelaje, unos ojos observaban a Kevin como si intentaran adivinar qué estaba haciendo allí.
—Es un antiguo perro pastor inglés —dijo Luna.
—Eh, chico —dijo Kevin, alargando el brazo para alborotarle el pelo.
Se lanzó hacia delante y, por un instante, Kevin pensó que tal vez lo había juzgado equivocadamente. Después una gran lengua rosa le lamió la cara y dos enormes patatas tiraron las patatas que tenía en las manos. El perro empezó a comérselas rápidamente.
—Supongo que debes de tener mucha hambre —dijo Kevin, y el perro ladró como respuesta.
—Le buscaré comida para perro —dijo Luna.
—Entonces imagino que nosotros deberíamos subir a cubierta y adivinar cómo hacer que esto navegue —le sugirió Kevin a Chloe—. Tenemos que irnos de aquí antes de que los controlados encuentren un modo de llegar a

nosotros.
—Parece una buena idea —dijo Chloe. Realmente parecía emocionada ante la idea, y subió a cubierta a toda prisa.
Kevin dejó el aparato atrás al subir y guardó la bolsa junto a él en uno de los armarios.
—Creo que podríamos tener suerte —dijo Chloe al salir a cubierta—. Parece que se preparó para que pudiera llevarlo una persona. Nosotros tres deberíamos manejarlo con facilidad.
—Quizás ya está bien —dijo Kevin, al mirar atrás hacia la orilla. Ahora más personas de las que estaban bajo el control de los extraterrestres estaban en el borde de los muelles, muchas más. Aún peor, a cada momento llegaban más y miraban fijamente al agua como si supieran dónde estaba él exactamente—. Creo que tenemos que izar las velas antes de que encuentren la manera de llegar aquí.
—Solo tenemos que izar las velas y levantar el ancla —dijo Chloe.
—A la orden, señor —respondió Kevin, con lo que esperaba que fuera el saludo correcto.
Chloe rió.
—Vamos, no me gusta la manera en que nos miran.
Llevó la voz cantante con un winche para el ancla, que costó mucho trabajo pero se levantó sin problemas. Había más winches para las velas, con cabos para atar y desatar y asegurar que todo estaba seguro. Realmente parecía que Chloe sabía lo que hacía, escogiendo los cabos correctos y atándolos con destreza.
—¡Qué montón de cuerdas! —dijo Kevin.
—En realidad no son cuerdas —dijo ella—. Se supone que tienes que llamarlas cabos. A no ser que sean soportes o algo así. Me lo enseñaron en el campamento.
—Mientras conozcas los que nos van a sacar de aquí antes de que… yo qué sé, formen un puente humano o algo así —dijo Kevin.
Chloe se estremeció y se apresuró.
—Gracias por la imagen.
Kevin observó cómo las velas se inflaban al cogerlas el viento. Lentamente, al principio casi imperceptiblemente, el barco empezó a moverse. Sintió que se balanceaba al coger velocidad y, de forma gradual, empezaron a alejarse del puerto.
—Estamos navegando de verdad —dijo Kevin.
—¿Te sorprende?
Kevin encogió los hombros.
—Nunca pensé que haría algo así.
Pensándolo bien, las últimas semanas de su vida habían incluido de todo, desde que le diagnosticaran una enfermedad mortal, pasando por descifrar mensajes alienígenas hasta hacer una excursión por el bosque lluvioso de Colombia. Comparado con eso, zarpar de San Francisco en un velero

requisado no era nada.
Luna subió a cubierta, el perro Bobby daba vueltas feliz a su lado. Kevin también se sentía a gusto, probablemente por primera vez desde que todo esto empezó.
—Realmente nos vamos a LA —dijo Luna.
Kevin asintió.
—Nos vamos a LA.
Cuando llegaran allí, las cosas probablemente volverían a ser difíciles, complicadas y peligrosas. Habría todo tipo de preguntas acerca de cómo conseguirían virus antiguos y los entregarían en la nave espacial. Pero, por ahora, solo estaba el barco y el viento, y un mar abierto donde parecía que los controlados no podían seguirlos. Kevin se quedó allí quieto empapándose de toda aquella emoción y sintiendo el viento en la cara.
Tras ellos, veían que los controlados todavía esperaban en el borde del muelle. De algún modo, sabía que este viaje solo era una breve pausa. Dondequiera que fueran, sin importar el tiempo que pasaran en el agua, los controlados los estarían esperando.

CAPÍTULO NUEVE

Navegaban cerca de la costa en dirección sur, teniéndola a la vista para no perderse. Kevin lo agradeció. Parecía que a bordo del velero había herramientas de navegación de sobra, pero Kevin no sabía cómo usarlas, e imaginaba que incluso Chloe solo entendía algunas partes vagas.

Estaba sonriendo cuando Kevin la miró, de pie al timón del barco y con apariencia segura mientras navegaba.

—¿Sabes que te mira siempre que piensa que tú no la miras? —dijo Luna.

—No te cae muy bien —puntualizó Kevin.

Luna encogió los hombros.

—Solo pienso que algunas cosas que hace son… bastante raras.

—Yo oigo mensajes de los alienígenas y tú seguramente lucharías contra un ejército entero de ellos, si tuvieras ocasión —señaló Kevin.

—Eso es diferente —dijo Luna y después señaló hacia un lado—. Mira.

Kevin siguió la línea del dedo con el que apuntaba y vio unos delfines que saltaban fuera del agua. Se zambulleron y Luna se rió. ¡Qué bien volver a oír su risa!

—Esto es precioso —dijo Luna.

Kevin asintió. Debía confesar que tanta agua extendida a su alrededor era impresionante.

—Mola. Yo nunca había estado en el mar.

—¿Qué? ¿Nunca? —preguntó Luna.

Kevin negó con la cabeza.

—He estado en la playa y cosas así, pero mi madre nunca tuvo dinero para llevarme de viaje en barco y cosas por el estilo.

Al pensar en su madre, Kevin hizo un gesto de dolor. Allí, durante casi un minuto, había conseguido no pensar en el hecho de que los extraterrestres habían controlado a su madre.

—¿Estás bien? —preguntó Luna.

Kevin asintió.

—Solo pensaba en mi madre —dijo Kevin—. ¿Crees que está allá arriba?

Señaló hacia donde la nave nodriza alienígena todavía flotaba en el cielo, la sensación de amenaza que provenía de ella era difícil de ignorar para Kevin.

—No lo sé —dijo Luna—. A lo mejor está aquí abajo todavía, como todos los que nos han perseguido. Tal vez mis padres también.

Kevin no estaba seguro de si era mejor o peor que estar en la nave. ¿Estarían más seguros aquí abajo, o allá arriba?

—Cuando yo era muuuy pequeña —dijo Luna—, mi padre inventaba historias de monstruos para asustarme.

—Pero imagino que ninguna lo hizo —dijo Kevin.

—Yo me asusto —dijo Luna—. Solo que no con monstruos estúpidos. Con los de verdad, tal vez. Me asustó cuando me dijiste que estabas muriendo.

Kevin sonrió al oírlo.
—Por lo que yo recuerdo, gritaste a un grupo de personas que no podían estar por ahí pasándolo bien mientras yo estaba enfermo.
Luna encogió los hombros.
—A veces es más fácil enfadarse por cosas. —Alzó la vista hacia el cielo—. Como con ellos. Estoy claramente enfadada con ellos. Y todavía estoy enfadada porque estás enfermo. ¿Seguro que estás bien? Pareces bastante mareado.
—Creo que es por el balanceo del barco —dijo Kevin, aunque no lo era, no del todo. Parecía que cuanto más tenía que lidiar con los extraterrestres y sus mensajes, más difícil se le hacía lidiar con su enfermedad.
Vio que Luna miraba hacia el mar, concentrado en las gaviotas que se zambullían y las sombras de los tiburones que se movían bajo la superficie. A lo lejos, una ballena salió a la superficie y lanzó un chorro al aire. Kevin la miró fijamente. Ese tipo de cosas solo las había visto en televisión.
—Cómo mola —dijo Kevin.
—¿Crees que los extraterrestres lo están viendo? —dijo Luna—. Tal vez si miraran un poco más al mundo, se darían cuenta de lo increíble que es y decidirían no hacerlo volar por los aires.
—No creo que esto funcione así —dijo Kevin. La clase de extraterrestres que van por ahí invadiendo un mundo tras otro no parecen los que, de repente, deciden parar.
Luna negó con la cabeza con tristeza.
—Yo tampoco. ¡Eh!, un pensamiento, quizás los extraterrestres estén por ahí fuera. No es que sepamos cómo son.
Ese era un pensamiento extraño. Con todo, aún no habían visto a los extraterrestres, solo a las personas de las que habían tomado el control.
—¿Has pensado en cómo podrían ser? —preguntó Kevin—. Podrían parecer cualquier cosa.
—Calamares gigantes que succionan cerebros con sus tentáculos —sugirió Luna.
—Personas grises con ojos grandes —imaginó Kevin, uniéndose al juego.
—Esta idea la robaste de la televisión —se quejó Luna, pero a continuación hizo su siguiente suposición—. Cosas peludas y monas que van montadas sobre las personas a las que han controlado.
—Pedazos de baba que van por ahí como pegotes que se mueven de un lado a otro.
—¡Puaj! —dijo Luna. Miró hacia donde Chloe estaba dirigiendo el barco, el perro Bobby estaba tumbado a sus pies—. A lo mejor tienen aspecto de personas.
A Kevin le llevó un instante darse cuenta de lo que estaba diciendo Luna.
—Luna —dijo Kevin—. Vale que no te guste Chloe, pero eso no lo puedes decir. No es una extraterrestre.
Luna encogió los hombros.

—Eh, Chloe, ¿cómo piensas que son los alienígenas?
—Me da igual —dijo Chloe.
—Venga, debes haberlo pensado. ¿Y si…?
—He dicho que me da igual —dijo Chloe bruscamente y dio un tirón a la izquierda al timón del barco, de manera que Kevin y Luna tuvieron que aferrarse al guardamancebos lateral.
—¿A esta qué le pasa? —murmuró Luna, y después negó con la cabeza—. Me da igual. Voy a buscar algo de comida, y quizás a dar de comer a Bobby. Habla tú con ella. Tú sí que le gustas.
—A lo mejor tú también le gustarías si fueses más amable con ella, ¿no? —sugirió Kevin. No podía entender por qué no podían llevarse un poco mejor.
Luna le lanzó una mirada sorprendentemente fría, pero no tuvo ocasión de preguntar, pues Luna ya estaba bajando, haciendo un gesto a Bobby para que la siguiera. El perro pastor fue corriendo tras ella, dejando a Kevin y Chloe solos en cubierta.
—Incluso el perro la prefiere —dijo Chloe mientras Kevin se acercaba.
—¿Qué? —dijo Kevin.
—O sea, tú y ella… Pensaba que dijiste que no era tu novia.
—Luna no es mi novia —dijo Kevin. La idea de Luna como novia suya parecía, bueno, algo menos probable que la idea de que los extraterrestres bajaran volando para apropiarse del mundo. Esto era algo por lo que Luna nunca se interesaría, a pesar de lo que Kevin pudiera sentir cuando la miraba.
—¿O sea que no os estabais riendo de mí allí? —exigió Chloe.
Kevin frunció el ceño.
—No, claro que no. Yo no haría eso.
Casi dijo que ninguno de ellos lo haría, pero Luna había estado más o menos haciendo eso exactamente. Kevin se sentía un poco culpable por ello, pues probablemente debería haber dicho más.
—La gente lo hace —dijo Chloe—. Se ríe de mí.
Se parecía mucho a la conversación que habían tenido en el búnker.
—Bueno, yo no —dijo Kevin. Estiró el brazo y le puso una mano sobre el hombro—. Yo no te haría eso.
Chloe lo miró y se mordió el labio como si estuviera pensando, después asintió.
—No, supongo que no lo harías. Pero aun así, Bobby fue corriendo detrás de Luna cuando lo llamó.
—Creo que más que nada corría para que le dieran de comer —dijo Kevin.
—Por favor, no hagas eso —dijo Chloe.
—¿El qué? —preguntó Kevin.
—No pongas excusas para otras personas. Es como si estuvieras de su lado, diciendo que me equivoco.
—Yo no quiero que haya lados —dijo Kevin—. Los tres vamos a ir a LA juntos. Quiero que todos nos llevemos bien.
Chloe suspiró.

—Supongo que puedo hacerlo. Solo que… hay cosas que probablemente debas saber sobre mí. Por ejemplo, rechazo a la gente porque sé que van a irse igualmente, y sé que la gente no lo piensa de verdad cuando dice que van a estar cuando los necesite. Y odio que la gente me mienta, o me llame loca…
—Me da la sensación de que debería escribir todo esto —dijo Kevin.
—El amigo de mi padre, el Pastor James, me hacía esta broma —dijo Chloe, con una mirada afligida—. Los llamaba los mandamientos de Chloe. Mi hermano decía que yo tenía que venir con algún manual de instrucciones.
—¿Tienes un hermano? —dijo Kevin.
—Tenía. Murió —respondió Chloe—. Antes de todo esto. Antes de los extraterrestres. Tengo la sensación de que cuando él estaba cerca era feliz, pero ni tan solo sé si eso es real, o una broma que me gastaba mi cabeza. Creo que fue la única vez que me sentí segura con otra persona. Siempre encontraban maneras de engañarme, o de ignorar lo que yo decía, o de hacerme daño.
Kevin oyó el dolor que había allí y le pareció demasiado para una sola persona.
—Chloe —preguntó—, ¿qué te pasó?
Chloe negó con la cabeza.
—No quiero hablar de esto.
—Ya sabes que puedes confiar en mí —dijo Kevin.
—No es eso —dijo Chloe—. Es que no quiero hablar de esto. Tener que recordar algo… es casi como si lo estuvieras viviendo de nuevo. Como cuando me hicieron ir al psicólogo, y tuve que decirlo una y otra vez…
—Está bien —dijo Kevin, alargando la mano para ponerla sobre su brazo.
Chloe lo abrazó casi inesperadamente.
—No está bien —dijo—. No está nada bien.
Kevin hizo una pausa, sorprendido por la sensación de tenerla apretada tan cerca de él. Era imposible no darse cuenta de lo guapa que era, aunque tenía un aspecto muy diferente al de la mayoría de chicas que conocía. Kevin se quedó allí quieto, sin estar seguro de qué debía hacer; en realidad, sin estar seguro de si debía hacer algo.
Chloe fue la que se apartó primero, y torció el gesto al hacerlo.
—¿Qué pasa? —preguntó Kevin—. ¿He hecho algo malo?
—No, no es nada de eso –dijo Chloe—. ¿No lo notas? El velero se va a la deriva.
Kevin no notaba nada, pero al mirar hacia proa, vio que el cielo pasaba por delante de ellos de lado.
—¿Qué significa eso? —preguntó.
—Creo que significa que hay una fuerte corriente —dijo Chloe. Miró hacia la orilla—. Si no queremos acabar sentados en una playa, creo que voy a tener que dirigirme a aguas un poco más profundas.
—¿Podremos encontrar el camino si lo haces? —preguntó Kevin.
—No queda elección —dijo Chloe—. Necesito que ayudes con esta maneta.

Se pusieron a trabajar para girar el barco. Kevin manejaba la maneta junto con Chloe, soltando más vela. Empezaron a alejarse de la orilla, moviéndose lentamente. Mirando por encima del hombro, Kevin vio que la orilla desaparecía de la vista.
—¿Ya estamos lo bastante lejos? —preguntó.
Chloe negó con la cabeza.
—Todavía no.
Finalmente, la orilla desapareció, y con ella parecía que el arrastre hacia ella también. El océano aquí parecía mucho más grande, un vasto paisaje de azul en el cual su barco solo era una mota.
—Deberíamos parar aquí —dijo Chloe—. Pronto va a oscurecer. Mejor tirar el ancla, bajar las velas y esperar a la luz. Además, tengo hambre.
—Luna está preparando comida —le recordó Kevin y, por una vez, mencionar a Luna no hizo que Chloe frunciera el ceño.
—Pizza —dijo Chloe con una sonrisa.
—Pizza —coincidió Kevin.
Empezaron a bajar las velas y Chloe subió a cubierta para ayudarlos. Miró alrededor.
—¿Dónde estamos? —preguntó.
—Tuvimos que alejarnos de la orilla —dijo Kevin—. Había una corriente.
Luna pareció un poco preocupada por eso, pero aun así, les ayudó a recoger las velas y a tirar el ancla. Parecía no acabar nunca.
—Abajo hay pizza —dijo Luna—. Acabo de hacerla en el microondas.
Una pizza hecha en el microondas era el tipo de comida que la madre de Kevin no aprobaría, pero eso solo la hacía parecer mejor. Los tres fueron hacia abajo, donde Bobby estaba muy ocupado mordisqueando un cuenco de comida para perro. Luna sacó la pizza y tomaron patatas fritas y refresco para acompañar.
—Una cosa buena del fin del mundo —dijo Chloe—. No hay ningún adulto que nos diga que no podemos comer toda la pizza que queramos.
—Tal vez no tanta —dijo Luna—. No hay mucha comida en los armarios.
—Pero estaremos en LA. antes de que nos la acabemos —dijo Kevin. Al fin y al cabo, solo eran tres.
—Quizás.
Empezaron a comer y, por solo un instante, las cosas fueron felices. Si hubieran estado allá fuera con este barco por alguna otra razón, hubiera sido una experiencia increíble. Hubiera sido una aventura. Kevin suponía que técnicamente aún lo era, pero si ese fuera el caso, entonces las aventuras eran grandes y aterradoras, con demasiadas posibilidades de salir mal.
—Siento lo del búnker —dijo inesperadamente Chloe—. Siento habéroslo estropeado. Solo es que me sentía como… como si nadie me quisiera allí. Sentía como si estuviera atrapada.
—No pasa nada —dijo Kevin—. Si no nos hubiéramos marchado del búnker, no hubiéramos descubierto la manera de derrotar a los extraterrestres. En

algún momento hubiéramos habido de marchar.
—Pero tal vez no de inmediato —dijo Luna.
—No podíamos habernos quedado allí para siempre —insistió Kevin—. No podríamos habernos quedado allí hasta que fuéramos mayores.
—Supongo que los extraterrestres hubieran volado por los aires el mundo antes de eso —dijo Chloe.
—Exactamente —dijo Kevin, deseando que se sintiera mejor con todo eso.
—Pero sí que nos podríamos haber quedado allí el tiempo suficiente para planear bien las cosas —insistió Luna—. Podríamos haber traído más comida. Solo hay comida de perro suficiente para otro día. ¿Qué va a comer Bobby?
Por el tamaño del pastor alemán, Kevin sospechaba que la respuesta podría ser ellos si estaba lo suficientemente hambriento.
—A lo mejor le gustaría la pizza —sugirió Kevin. El perro hizo un ladrido grave, que resonó dentro del camarote. Kevin le lanzó un trozo de pizza y Bobby se lo comió en un par de mordiscos.
—Estoy bastante segura de que la pizza no es buena para los perros —dijo Chloe.
—Para nosotros no es que sea muy buena —replicó Luna—. No podemos vivir solo de pizza.
—Puedes comer la mayoría de cosas cuando es necesario hacerlo —dijo Chloe, y algo en el modo en que lo dijo dio a entender que lo sabía por experiencia. ¿Tan mal le habían ido las cosas cuando escapó?
—No tendríamos que hacerlo si hubiéramos tenido tiempo de traer comida —dijo Luna.
Kevin debía admitir que Luna tenía algo de razón. Si Chloe no hubiera salido corriendo del búnker, entonces podrían haber traído toda la comida que pudieran llevar encima. De esta forma, no estaba seguro de lo que iban a hacer por la comida. No dijo nada, pero solo porque no quería molestar más a Chloe.
—He dicho que lo sentía —dijo Chloe.
Luna encogió los hombros.
—Sentirlo no nos permite volver y coger más comida.
—¿Cuánto queda para llegar a LA? —preguntó Kevin, intentando cambiar de tema. Era la única cosa que se le ocurría para evitar una discusión.
—No lo sé —dijo Chloe.
—¿No lo sabes? —replicó Luna—. Pensé que lo sabías todo sobre barcos.
—Depende del viento y de las corrientes, y de si te tiramos por la borda para aligerar el peso.
—Inténtalo —dijo Luna.
El resto de la comida pasó con las dos evidentemente enfadadas entre ellas y Kevin sin saber qué decir. Él no entendía por qué se habían caído mal tan rápido. Discutían casi cada vez que él estaba cerca, pero eso no tenía ningún sentido.
—Yo me voy a dormir —dijo Luna por fin. Cogió el último trozo de pizza y

se dirigió a los camarotes. Kevin y Chloe se quedaron en la cocina. Kevin veía que Chloe se aguantaba las lágrimas.
—Yo no quería estropear las cosas —dijo Chloe—. De verdad. Y sí que sé lo que hago.
—No pasa nada —dijo Kevin.
Chloe negó con la cabeza.
—Sí que pasa. Soy una persona horrible.
—No, no lo eres —dijo Kevin.
—Lo soy. Tú todavía no lo ves. —Chloe se quedó allí quieta, y a Kevin no se le ocurría nada que decir para consolarla. Imaginaba que si le decía que era una de las mejores personas que conocía, lo acusaría de mentir.
—Nosotros también deberíamos dormir un poco. Va a ser difícil llegar a LA si estamos agotados —dijo Chloe.
Era evidente que estaba intentando evitar que Kevin dijera algo más, pero lo cierto era que a él no se le ocurría nada que decir. Se sentía un poco sin saber qué hacer cuando se trataba de Chloe y Luna, y de intentar entender lo que pasaba.
—Vale —dijo—. Y tal vez las cosas serán mejores por la mañana. Tal vez Luna verá que las cosas no están tan mal como ella cree.
—Las cosas casi siempre son peores de lo que crees —dijo Chloe con una sonrisa triste.
—Espero que no —dijo Kevin—. Porque yo pienso que con toda esta invasión alienígena, las cosas están bastante mal.
—Claro —dijo Chloe—. Supongo que sí.
—Pero a lo mejor las podemos mejorar —dijo Kevin. Él lo esperaba, aunque parecía que había mucho por hacer. Todavía tenían que llegar a LA, encontrar algo que pudiera tener un antiguo virus dentro y encontrar la manera de soltarlo dentro de la nave nodriza de los extraterrestres.
Había mucho por hacer y, aunque ahora las cosas estaban tranquilas, Kevin todavía sentía que el peligro los estaba esperando más adelante. Esperaba que pudieran lidiar con eso, y pensaba que era algo estúpido que hubieran dejado la seguridad del mundo en manos de tres niños como ellos. Pero así era, y Kevin haría todo lo que fuera necesario para que las cosas volvieran a lo que habían sido, aunque esto lo matara.

CAPÍTULO DIEZ

Kevin no paraba de dormirse y despertarse, el balanceo del barco siempre que pasaban por una ola grande lo devolvía a un espacio que solo era medio despierto. Entremedio, las imágenes de los extraterrestres parpadeaban en su imaginación, imposibles de eludir.

Corría por unas calles llenas de gente que conocía. Sus ojos eran blancos como el hielo y, mientras las personas controladas por los extraterrestres normalmente estaban calladas, estas hablaban mientras lo perseguían.

—Tú sabes que los extraterrestres no existen, Kevin —la Dra. Linda Yalestrom, la psicóloga a la que lo habían llevado, decía mientras iba a toda prisa tras él. Kevin se escondió en un edificio para esquivarla y se encontró con que, de alguna forma, era su escuela. Allí estaban sus profesores.

—Has perdido clases, Kevin —dijo el director—. Hoy hemos aprendido lo maravillosos que son los Puros, y lo perfecto que es servirles. Deberías acompañarnos.

Se dirigió hacia él y Kevin corrió de nuevo. Por lo menos en sus sueños, era más rápido que ellos, aunque eso solo significaba que atravesó otra serie de puertas y fue a parar a otro lugar. Esta vez, estaba de nuevo en Colombia, en la rueda de prensa en la que el Profesor Brewster había anunciado la cápsula alienígena al mundo. Pero esta vez, Kevin era el único que estaba sobre el escenario y el público solo estaba compuesto de personas con los ojos blancos que miraban fijamente.

—¿Por qué los ayudaste a engañarnos? —preguntó un reportero, levantándose para hacer la pregunta.

—No lo sabía —dijo Kevin.

—¿Cómo que no lo sabías? —preguntó otra reportera, sujetando el micrófono en su dirección—. Se supone que tú eres el chico que lo sabe todo. Se supone que eres el elegido.

—Me engañaron —dijo Kevin—. Nos engañaron a todos.

—Pero si tú no hubieras dicho nada, ninguno de nosotros lo hubiera sabido —dijo el Profesor Brewster, levantándose también con un micrófono—. Si no hubieras venido a nosotros con lo que viste, la cápsula todavía estaría enterrada. El mundo estaría a salvo.

—¿Te avergüenzas de ti tanto como yo? —preguntó su madre, preparada para anotar la respuesta en una libreta.

Ted se levantó, con unos ojos de un blanco puro y brillantes.

—¿Por qué no nos salvaste?

—¿Por qué no nos salvaste? —repitieron los demás y empezaron a avanzar hacia el escenario—. ¿Por qué no nos salvaste?

Esta vez, Kevin no pudo escapar. No hubo manera de superarlos cuando lo agarraron, lo tiraron al suelo y abrieron las bocas para exhalar el vapor y que llenara el mundo de Kevin…

Ahora caminaba a través de la neblina y, en esa neblina, vio la nave nodriza de los extraterrestres. Su mente se acercó a ella como un rayo y vio unas criaturas que eran a la vez horribles y hermosas, deformes y remodeladas de mil maneras diferentes. Su mente sobrevoló la superficie del lugar y se sumergió en su interior. Aquí, había gente que parecía brillar con su belleza, de manera que casi dolía mirarlos. Había algo frío en esa belleza, como si les su emoción se hubiera consumido. Lo miraron y Kevin sintió que el peso del miedo brotaba en su interior…

—¡Kevin, despierta!

Al abrir bruscamente los ojos, Kevin vio a Luna encima de su litera. Era una sensación extraña, tener a una chica en su habitación mientras él estaba durmiendo. Sí, era Luna, y habían compartido un rincón del enorme dormitorio del búnker, pero aun así, resultaba un poco… extraño que lo estuviera mirando así.

—Estabas gritando tan fuerte en sueños que te oí desde aquí al lado —explicó Luna—. Pensé que probablemente sería mejor despertarte. ¿Estás bien?

—Solo era una pesadilla —dijo Kevin. Por lo menos, esperaba que solo fuera eso—. ¿Qué hora es?

—Es muy temprano —dijo Luna—. Justo está saliendo el sol.

Kevin se levantó y subió a cubierta. Tal y como había dicho Luna, el sol justo empezaba a salir, con unos tonos rojos y lilas que se extendían a lo largo del horizonte, iluminando la superficie del océano a medida que iba subiendo. Era una de las cosas más espectaculares que había visto, parecía rodearlos y llenar el mundo.

—Es hermoso —dijo Luna, lo que cogió a Kevin un poco por sorpresa—. ¿Qué? Tengo permiso para apreciar la salida del sol.

—Pero seguramente pegarías a cualquiera que te dijera que debes hacerlo —puntualizó Kevin.

—Eso solo es porque no me gusta que la gente me diga lo que tengo que hacer —dijo Luna—. Pero eso está bien. Me hace pensar que esto tal vez irá bien.

—¿Crees que deberíamos despertar a Chloe? —preguntó Kevin—. Ella es la que sabe hacer funcionar el barco.

Luna negó con la cabeza.

—Probablemente haya más paz si no lo hacemos.

—¿Si no hacemos qué? —preguntó Chloe, acercándose desde la popa del barco.

—Ya estás despierta —dijo Kevin—. No pensábamos que lo estuvieras.

Chloe encogió los hombros.

—Estoy despierta desde… bueno, venid a mirar.

Les dirigió hacia popa otra vez, donde Kevin vio un aparejo de pesca deportiva montado.

—Imagino que al dueño de este barco le gustaba pescar —dijo Chloe—. Vi las cañas y pensé que quizás podría compensar todo lo de la comida.

Señaló con la cabeza a un cajón de hielo donde había varios peces acabados

de pescar, mientras Bobby estaba sentado a un lado, masticando uno como otro perro podría morder un hueso.
—Eso es increíble, Chloe —dijo Kevin. Significaba que no iban a pasar hambre. Incluso Luna parecía contenta de que Bobby tuviera algo que comer y acarició al perro mientras este continuaba masticando su desayuno.
—Parece que vas a poder comer otra cosa que no sea pizza —le dijo Luna, y el ladró alegremente.
—Gracias, Chloe —dijo Kevin, poniéndole una manos sobre el hombro.
—De nada –dijo, encogiendo los hombros como si nada, pero Kevin vio que sonreía al girarse—. Deberíamos continuar. Todavía queda mucho para LA, y no estoy seguro de que me guste el aspecto del cielo.
—¿No te gusta? —dijo Luna, mirando intencionadamente al horizonte—. Es el amanecer.
—Es más que eso —dijo Chloe—. Miradlo.
Kevin miró hacia el horizonte, intentando entender lo que Chloe estaba diciendo. Por unos instantes, no pudo; era simplemente la misma franja de rojo y lila que se había estado extendiendo desde que despertó. Después se dio cuenta de que había mucho más lila que antes, y se estaba volviendo más oscuro, convirtiéndose en nubes de color morado que empezaban a llenar el horizonte.
Se acercaba una tormenta y, si no se apartaban de allí, estarían justo en medio de ella.

***

—Tenemos que izar las velas —dijo Chloe—. Si tenemos suerte, quizás podamos avanzarnos al tiempo.
—¿Quieres intentar ir más rápido que una tormenta? —dijo Luna, y su tono le reveló a Kevin lo mala idea que le parecía.
—Es eso o quedarnos aquí esperando a que nos alcance —dijo Chloe.
Kevin asintió.
—Creo que tenemos que hacerlo. Voy a subir el ancla.
Enrollar el cabo para que subiera el ancla fue mucho más difícil que bajarla. La maneta no pesaba, pero eso quería decir que Kevin tuvo que enroscar y enroscar, el duro trabajo le hacía jadear por el esfuerzo. Vio que Chloe y Luna trabajaban a ambos lados de una maneta hacia el mástil, izando las velas y atándolas para que no se movieran. De este modo, sin tiempo para discutir, parecían trabajar bien juntas.
Kevin sentía que el viento se levantaba a su alrededor. Inflaba las velas y tiraba de ellas de forma despareja, empujando el velero hacia delante mucho más rápido de lo que había ido el día antes. A lo lejos, Kevin veía el parpadeo de los rayos saltando entre las nubes a medida que avanzaba, un par de picos lanceados hacia abajo haciendo torpes zigzags hacia la superficie del océano. Realmente, no quería que la tormenta lo pillara allí cuando llegara, especialmente tan lejos de tierra.

—Creo que tenemos que darnos prisa —gritó a las demás.

Chloe ya estaba al timón del barco.

—Voy a intentar que salgamos de su camino. Sujetaos.

Escogió un rumbo para el barco que parecía pensado para alejarlos de las nubes, aunque sin tierra a la vista, Kevin no podía estar seguro de si eso significaba que volvían en dirección a la orilla, se alejaban más o iban paralelos a ella.

Lo que no estaban haciendo era dejar atrás la tormenta. Se acercaba como una mano gigante que se alargaba para agarrarlos, los largos zarcillos de nube llenaban el cielo tan rápidamente que no había ningún lugar al que escapar. El viento venía con ellos y Kevin sentía cómo lo empujaba y lo golpeaba, a la vez que en el mar se alzaban unas olas que parecían abruptas y altas.

—Vamos, Bobby, métete dentro —dijo Luna, guiando al perro al camarote antes de volver a subir a cubierta.

—¿Y nosotros por qué no estamos allá abajo? —exclamó Kevin.

Chloe respondió.

—¡Porque si no controlamos el barco, vamos a morir todos! ¡Vosotros dos, ayudadme!

Kevin y Luna fueron corriendo hasta el timón, lo agarraron e intentaron mantenerlo estable. Necesitaron todas sus fuerzas para inmovilizarlo, pero incluso eso no fue suficiente. Kevin oyó un chasquido y soltó violentamente el timón, las demás apenas consiguieron soltarse a tiempo cuando giró incontroladamente, sus agarraderas se movían tan rápido que él estaba seguro d e que cualquiera que introdujera la mano para agarrar una se rompería un brazo, o algo peor.

—¡No podemos dejar que gire de lado hacia las olas! —gritó Chloe—. Tenemos…

Pero era demasiado tarde, pues el velero escogió ese momento para empezar a venirse abajo, a volcar con la lenta certeza de un árbol que está cayendo. El mástil se precipitó hacia las olas y Kevin se agarró al guardamancebos mientras la lluvia lo golpeaba, sintiendo como si intentara arrancarlo de cubierta. Chloe y Luna salieron en desbandada hacia el guardamancebos, hacia el lado del casco mientras el barco volcaba. Kevin consiguió engancharse a él con el pie, su agarre resbalaba de modo que necesitó por lo menos dos intentos antes de poder subir su peso.

—¿Vamos a hundirnos? —chilló Kevin.

—¡No lo sé! —le respondió gritando Chloe. El viento rugía tan fuerte que Kevin apenas podía oírla, a pesar de que chillaba.

El barco se mecía y las olas lo golpeaban por un costado, de manera que era imposible distinguir qué era agua de mar y qué era lluvia. Se aferraban al casco, haciendo un gran esfuerzo por agarrarse al guardamancebos.

—¡Tenemos que tirar! —chilló Chloe, agarrándose al casco mientras se sujetaba al guardamancebos.

—¿Ya pesamos lo suficiente? —le chilló Luna en respuesta.

—En el casco debe de haber algo para enderezarlo. Solo tenemos que facilitarlo. ¡O eso o nos ahogamos, animadora!

Kevin hacía todo lo que podía para copiar a Chloe y, para su alivio, vio que Luna también. Se arrastraron de nuevo al casco del barco, tirando de él con el poco peso que tenían entre ellos. Por un instante, parecía que no sucedería nada y, a continuación, Kevin sintió que algo hacía ceder al barco y este se enderezó como un corcho que salía de repente a la superficie. Los tres gatearon por la cubierta y se mantuvieron agachados porque era el único modo de que no se los llevara el agua.

—Antes me equivoqué —gritó Chloe—. ¡Tenemos que bajar las velas, no subirlas!

—Tenemos que asegurarnos de que no vamos a caer de este barco —gritó Luna—. En algún lugar por aquí debe de haber arneses de seguridad, ¿no? Para trepar por la arboladura y cosas así. ¿O quizás chalecos salvavidas?

—A ver si los encuentras —dijo Kevin—. Yo ayudaré a Chloe a bajar las velas.

Ya veía que era una causa perdida al menos para una de las velas. El viento o la repentina crecida del agua habían rasgado la vela principal. Kevin y Chloe empezaron a trabajar en la arboladura para recoger las velas más pequeñas, las secundarias, pero Kevin oyó un ruido de rotura y una de ellas se soltó completamente.

—¡No tiene sentido! —exclamó Chloe—. No queda nada.

Luna ya estaba allí, con unos arneses de seguridad de colores vivos.

—No encontré ningún chaleco salvavidas —dijo por encima del viento—, pero tal vez si nos ponemos esto, ¿podemos atar una cuerda al mástil y sujetarnos a él?

—Buena idea —dijo Kevin, e incluso Chloe asintió. Cada uno de ellos cogió uno de los arneses y se lo ató lo más rápido posible.

Una mirada de preocupación apareció en el rostro de Luna.

—¿Y qué pasa con Bobby? ¿No habrá entrado agua en el camarote cuando volcamos? Tenemos que sacarlo de allí.

—Sobre cubierta no estaría a salvo —insistió Chloe.

—Lo estaría si le pusiéramos otro arnés —insistió Luna—. Podríamos sujetarlo al mástil también.

Chloe asintió.

—Ya voy yo —dijo Kevin—. A ver si podéis encontrar algo con lo que sujetarnos al mástil.

Kevin fue a toda prisa hacia las puertas de los camarotes y se tranquilizó al oír los ladridos que venían de dentro. Eso significaba que Bobby estaba allá abajo y que todavía estaba bien. Kevin abrió las puertas de golpe y el perro fue a toda velocidad hacia él, sujetando algo en la boca.

—Buen chico, Bobby —dijo Kevin, al ver que el perro llevaba un arnés para perros, con chaleco salvavidas y todo. Presuntamente, quienquiera que fuera el dueño del barco le había enseñado a traerlo si el mar se embravecía. Eso

sería mucho mejor que intentar ajustarle un arnés humano.
Kevin actuó rápidamente, ató el arnés al perro y lo agarró a continuación para llevarlo fuera. Sin pensarlo, fue hacia el armario donde estaba el aparato, sacó su bolsa y se la colgó. Tenía que mantenerlo a salvo. Ahora el barco se movía violentamente, sus velas hechas pedazos mientras la tormenta soplaba a través de ellas. Kevin tenía que pelear por abrirse camino hasta cubierta con Bobby hasta donde estaba el mástil. Luna y Chloe ya habían sujetado sus arneses a un cabo que habían colocado a su alrededor, para inmovilizarse contra el viento.
Kevin se esforzó por acoplar también el arnés de Bobby, buscando a tientas con las manos su broche en medio de la lluvia y el viento. Consiguió atarlo para que no se moviera, con la esperanza de que fuera lo bastante fuerte para sujetarlo mientras él se movía para acoplarle su propio cabo…
El barco dio una sacudida y Kevin tropezó, resbalando a lo largo de la superficie escurridiza de cubierta hacia el océano que le esperaba. Intentó extender los brazos y las piernas para detenerse o, por lo menos, frenar su deslizamiento lo suficiente para poderse agarrar a algo, y consiguió agarrarse brevemente al guardamancebos, pero notó que ahora estaba demasiado resbaladizo, su agarre ya empezaba a ceder. Cuando el barco se inclinó con otra ola, pudo ver el océano que lo esperaba allá abajo.
—¡Sujétate, Kevin! —gritó Chloe, desabrochando su arnés del cabo y yendo hacia él a toda prisa. Le agarró el brazo y tiró de él hacia arriba, mientras a su alrededor el mar continuaba golpeando la barca. Juntos, retrocedieron hacia el mástil, donde Luna ya estaba preparada con las manos extendidas para sujetarlos. Tiró de ellos y Kevin pudo acoplar su arnés al cabo de seguridad mientras el mar continuaba retorciéndose y creciendo.
—Vamos a morir —dijo Chloe.
—Si realmente pensaras eso, no me hubieras salvado —dijo Kevin.
—Por supuesto que lo hubiera hecho —respondió Chloe, como si la idea fuera absurda—. Pero ahora nos vamos a hundir, a ahogar, nos van a comer los tiburones y…
—Chloe, estás entrando en pánico —dijo Luna, que estaba a su lado—. Deja de estar aterrorizada y sujétate. Saldremos de esta. Tenemos que hacerlo.
Kevin sospechaba que no era tan sencillo como eso. Ahora el barco subía y bajaba con las olas de forma alarmante, haciendo que el estómago se le removiera cada vez que caía de golpe. La lluvia y el viento los azotaban, llevando al barco en direcciones sobre las que no tenían ningún control. Incluso aunque Kevin pudiera llegar ahora a la cadena del ancla, sospechaba que tirarla no serviría de mucho.
Lo único que podían hacer ahora era soportar la tormenta y esperar que no los matara.

CAPÍTULO ONCE

Cuando Kevin despertó había tranquilidad y se atrevió a respirar aliviado, pues por lo menos estaba vivo… ¿verdad? Esta mañana el mundo parecía casi demasiado hermoso para ser real. El cielo era azul y estaba en calma, las únicas nubes eran esponjosas y blancas en lugar de enormes y llenas por la tormenta. A lo lejos, se entreveía tierra ligeramente, aunque Kevin no tenía ni idea de dónde era.

Bobby frotó su hocico contra él y Kevin acarició al perro, se levantó y desabrochó a ambos del mástil.

—Buen chico —dijo Kevin. Ahora mismo parecía que le dolían todas las partes de su cuerpo.

Las demás parecían estar más o menos en el mismo estado. Tanto Chloe como Luna estaban durmiendo, la cabeza de Chloe estaba sobre el hombro de Luna de una manera que probablemente les molestaría cuando se despertaran. Por un segundo, a Kevin se le pasó por la cabeza que podrían no estar durmiendo y que podrían no despertar. Ese momento fue más aterrador que cualquier cosa que hubiera pasado durante la tormenta. Pero las dos respiraban; eso era lo único que importaba. Tenían algunos cortes y un montón de moratones, igual que él, pero las dos estaban vivas.

—No estoy seguro de que el barco esté en tan buen estado —le dijo Kevin a Bobby, que ladró como respuesta—. Venga, vamos a ver si queda algo para darte de comer y veremos si está muy mal.

Cuando Kevin fue hacia popa, la caja de hielo había arrasado la cubierta llevándose con ella la mayor parte del pescado. Un pez estaba allí solitario y Bobby, que estaba delante de él, alzó la vista hacia Kevin con la boca medio abierta.

—Sí, puedes comértelo —dijo Kevin y el perro se lo zampó en cuestión de segundos.

No quedaba gran cosa del equipo de pesca para recolocarlo; tan solo una caña y un cabo. Pero ese parecía el menor de los problemas del velero. Escoraba ligeramente hacia babor, inclinándose hacia la izquierda y avanzaba con dificultad. Las velas estaban hechas pedazos, parecían más banderas largas y banderines que los medios reales para mantener el barco en movimiento. Estaban enredadas en la arboladura y parecía que durante la noche la parte de arriba del todo del mástil se había quebrado.

—Vamos a ver si queda pizza —le dijo Kevin a Bobby, y el perro lo siguió hasta las puertas de los camarotes. Las abrió, empezaron a bajar y se detuvieron. El camarote estaba prácticamente lleno de agua. No era de extrañar que al velero le costara avanzar. Con toda esta agua dentro, era increíble que no se hubiera hundido.

—Supongo que fue buena idea sacarte de allí —le dijo Kevin al perro. Automáticamente, comprobó la bolsa que contenía el aparato que Phil había

construido, lo sacó y lo encendió de manera que su pantalla parpadeó hasta encenderse. Parecía que había sido una buena idea sacarlo también de allí.
Volvió a donde estaban las demás. Tanto Chloe como Luna estaban despiertas ahora, soltándose del mástil y de pie con el tipo de rigidez que daba a entender que probablemente la tormenta las había golpeado tanto como a Kevin.
—Me duele el hombro —dijo Chloe, estirándolo—. Me lo debo haber golpeado.
—A mí me duele todo —respondió Luna.
—Por lo menos estamos vivos —dijo Kevin—. Pero el barco está en bastante mal estado.
Chloe lo miró secamente y Kevin pudo ver su miedo.
—¿Cómo de mal?
Kevin no estaba seguro de qué era peor: el estado del barco o la preocupación de Chloe por él. Si ella estaba tan asustada, ¿qué significaba eso para sus posibilidades de llegar a LA enteros?
—Las velas están destrozadas y hay agua dentro del barco —dijo Kevin.
Chloe se mordió el labio.
—Tenemos que calcular lo mal que está. Si el barco se está llenando de agua, podríamos hundirnos. —Puso la cabeza sobre las manos—. No… no, ¿por qué nada puede salir bien?
—Entonces busquemos algo que hacer al respecto —dijo Luna—. No sé vosotros, pero yo no voy a quedarme esperando a acabar en el océano. Vamos, Chloe, tú eres la única con más posibilidades de saber lo que está pasando.
—Yo… no sé si puedo —dijo Chloe—. Dejad de presionarme.
—Puedes hacerlo, Chloe —dijo Kevin.
Pasó otro minuto antes de que Chloe asintiera.
—Vale. Supongo que puedo ver lo mal que está.
Kevin guió a las demás por el barco para mostrarles lo que había visto.
—Las velas están rasgadas, y creo que falta un trozo de mástil —dijo, señalando.
—Tal vez podríamos atar un trozo —sugirió Luna—. Yo puedo subir e intentarlo, por lo menos.
—Después está el agua —dijo Kevin. Les mostró el camarote.
—Esto es malo —dijo Chloe—. Yo no creo que esté entrando agua realmente, porque ya nos hubiéramos hundido, pero aun así hay demasiada. Debe haber entrado con todas las olas. Debería haber una bomba para sacarla, pero si no funciona, tendremos que achicarla a mano.
—También estoy bastante seguro de que la pizza se ha echado a perder —dijo Kevin. Quería que fuera una broma, pero Chloe hizo un gesto de dolor como si él le hubiera gritado.
—Lo que significa que no tenemos nada para comer, excepto el pescado que cojamos, ni agua potable —dijo Chloe—. Y por la forma en que el timón giraba ayer, estoy bastante segura de que nuestro timón también está

destrozado. Yo no puedo dar abasto con todo esto. Yo…
Kevin se disponía a consolar a Chloe pero, ante su sorpresa, Luna le ganó. Puso las manos sobre los hombros de Chloe.
—Chloe, escúchame. Estoy segura de que nosotras nunca, jamás, vamos a ser amigas, pero sí que vamos a trabajar juntas. Tú no tienes que hacer todo esto, porque lo vamos a hacer todos. Y de este modo, vamos a llegar a LA. ¿De acuerdo?
—De acuerdo —dijo Chloe en voz baja.
—Entonces ¿qué hay que hacer primero?
Parecía que Chloe iba a volver a entrar en pánico.
—Hay tantas cosas…
—¿Cuál es la primera? —le preguntó Kevin, repitiendo a Luna—. ¿Ahora mismo qué tenemos que hacer?
—Tenemos que sacar el agua del velero —dijo Chloe—, si no existe el riesgo de que nos hundamos.
—Eso ahora mismo sería muy desfavorable —dijo Luna, señalando—. Mirad.
Kevin miró al agua, donde ella estaba señalando. Unas aletas salían a la superficie y había unas sombras grises debajo del agua, más grandes de lo que era Kevin.
—Supongo que eso no son más delfines, ¿no? —preguntó, aunque sabía que no lo eran. Uno de los tiburones dio un empujoncito al barco y lo hizo moverse ligeramente, como para comprobar si se hundiría pronto. Solo pensar que podría ser hizo estremecer de miedo a Kevin.
—Realmente tenemos que bombear la bodega —dijo Luna.
—Una vez vi en la televisión que los tiburones no atacan a las personas tanto como creemos —dijo Kevin, para intentar tranquilizarla—. Es muy raro.
—¿Y nosotros vamos a estar fuera de las estadísticas? —respondió Luna—. De todos modos, algo me dice que este tipo de tiburones no miran mucho la televisión.
Como en respuesta a esto, otro rozó el lateral del barco.
—Bueno —dijo Chloe—. Creo que he encontrado el mango de la bomba de sentina. Solo tenemos que operarla hasta que saquemos algo de agua.
Hizo un gesto hacia un mango que sobresalía a un lado de cubierta y, a continuación, empezó a moverlo arriba y abajo, sacando el agua que había abajo. A Kevin le parecía un trabajo duro y, al cabo de solo dos minutos, se dirigió a él.
—Te toca, Kevin. Yo voy a ver si puedo calcular dónde estamos.
Bombear agua era tan difícil como parecía, quizás peor. Mover la bomba requería un esfuerzo, pero era más que eso, a causa del volumen de agua involucrado. Significaba que ese trabajo parecía interminable, solo con el esfuerzo repetitivo de mantener el mango en movimiento. Por lo menos, Kevin veía que salía algo de agua del casco, un poco cada vez.
—Voy a subir a ver si puedo desenredar alguna de las velas —dijo Luna.
Era lógico que lo hiciera ella, pues era la mejor escaladora de allí. Aun así,

Kevin sintió que el corazón le subió a la boca cuando ella empezó a subir por el mástil volcado, contoneándose hacia arriba como podría haber subido a un árbol. Luna llegó arriba del todo y empezó a trabajar en las velas, cortando algunos trozos, soltando otros nudos y atando lo que quedaba para que, por lo menos, parte de una vela no se moviera.
—Esta parte está desgarrada —dijo Luna, tirando de un trozo de cabo—. Dejadme…
Una ola golpeó el barco cuando ella tiró y a Kevin el corazón le dio un vuelco en el pecho cuando vio que movía los brazos como un molino, para intentar agarrarse a algo, o mantener el equilibrio, cualquier cosa para evitar caer. Pero eso no ayudó y, un segundo más tarde, caía en picado hacia el océano como una piedra.
Gracias a la inclinación del velero no impactó en cubierta, pero impactó en el agua con un salpicón que desprendió un chorro al aire. Luna desapareció de la vista por un instante, apareciendo de repente otra vez, sin moverse en la superficie del agua. Unas aletas la rodearon en círculo, ominosamente cerca.
—¡Luna! —gritó Kevin, dispuesto a abandonar lo que estaba haciendo y a saltar tras ella, a pesar del peligro de los tiburones.
Bobby se le adelantó, ladrando y gruñendo, el perro se tiró al agua y fue nadando a su lado. Mordió algo que se acercó a Luna y una aleta se escabulló, pero Kevin sabía que solo era cuestión de tiempo.
—Aguanta —dijo Kevin—. ¡Ya vengo!
Se dispuso a ir al borde del barco, con la esperanza de llegar a tiempo para salvarla. Pero Chloe estaba allí, sujetando un palo largo con un gancho en la punta.
—Esto funcionará mejor y es menos probable que nos coman —dijo. Se tumbó sobre cubierta—. Sujétame las piernas para que no resbale. No voy a dejar que me coman por la animadora.
Kevin no se quejó de que Chloe llamara eso a Luna, pues estaba demasiado ocupado intentando asegurarse de que ninguno de los dos caía del barco. Se tumbó sobre las piernas de Chloe, inmovilizándola mientras ella pescaba a Luna como quien pesca un pato en la feria.
—Casi estoy —dijo Chloe—. ¡Ya está!
Tiró del gancho y Luna salió con él, justo cuando un tiburón salía lanzado del agua donde ella había estado hacía un momento. Kevin deseaba poder ayudar a Luna a subir, pero sabía que no podía soltar a Chloe, o los dos podrían acabar en el agua. En su lugar, tuvo que esperar mientras Chloe usaba el podón para arrastrar a Luna más y más cerca del barco. Bobby saltó a cubierta, todavía ladrando y gruñendo al agua.
—Ya está lo bastante cerca —dijo Chloe—. ¡Agárrala!
Avanzaron y cogieron a Luna por los brazos, tiraron, pero Luna parecía pesar más de lo que debiera, abrumada por el agua del mar e incapaz de poder subir a bordo. Kevin vio que, en el agua, otra aleta avanzaba hacia ellos, y eso pareció proporcionarle la fuerza que necesitaba para tirar con más fuerza.

Chloe y él tiraron de ella hasta cubierta, y el tiburón que se dirigía hacia ellos giró bruscamente y se alejó al notar que su presa ya no estaba allí.
Luna se quedó tumbada sobre cubierta por un instante, y después susurró, farfullando al girarse sobre su costado y tosiendo lo que parecía un océano de agua de mar.
—¿Qué…? Recuerdo que me caí…
—Fuiste a parar al agua —dijo Kevin—. Te caíste del mástil. Chloe te sacó antes de que los tiburones pudieran alcanzarte.
—¿Fue Chloe quien me sacó? —dijo Luna y Kevin asintió.
—Bueno, Bobby y yo también ayudamos, pero ella fue la que pensó cómo hacerlo —dijo Luna.
Luna le alborotó el pelo, ahora completamente mojado, a Bobby.
—Buen chico.
Él respondió sacudiéndose el pelo y empapándolos a todos de nuevo.
—Y gracias, Chloe —dijo Luna después de un momento—. Supongo que te lo debo.
Chloe encogió los hombros ante eso.
—Supongo que sí.
Los tres se quedaron allí sentados un ratito, con el barco a la deriva, hasta que Kevin recordó que debería estar haciendo funcionar la bomba de setina. Volvió a trabajar en ella, con la esperanza de que al final sacaran tanta agua del barco que no estuvieran en peligro de hundirse. Ahora mismo, eso no parecía probable.
—Siento cortar el rollo —dijo Luna—, pero todavía estamos yendo a la deriva en un barco que no podemos navegar, sin tener ni idea de dónde estamos. O sea, me alegro de que los tiburones no estén a punto de comerme, pero… ¿vamos a ir flotando por todo el mundo?
Visto así, las cosas todavía parecían bastante desalentadoras.
—¿Conseguiste averiguar dónde estamos? —le preguntó Kevin a Chloe.
—Creo que estamos bastante cerca de LA —dijo.
—¿Por qué? —preguntó Kevin.
Chloe señaló hacia la orilla. Kevin miró y le llevó un instante ver lo que Chloe veía. Allí, justo en el horizonte donde había una distante franja de tierra, vio rascacielos y playas, con colinas detrás de ellos y palmeras en el filo de la arena.
—La tormenta nos debe haber acercado —dijo Kevin—. Casi hemos llegado.
—Solo tenemos que encontrar una manera de llegar allí —dijo Luna, y algo de su antiguo optimismo volvió a su voz.
Chloe encogió los hombros.
—Creo que la marea nos está llevando en la dirección correcta, pero aun así necesitamos un timón, y con lo que queda tenemos que montar una especie de vela.
—Si atamos el podón a algo, ¿podemos usarlo como timón? —sugirió Kevin. Pensó en todo lo que había allá abajo—. ¿Tal vez la puerta de un armario o

algo así?
—Podría funcionar —dijo Luna—. Y yo bajé la mayoría de velas antes de caerme, así que solo tendremos que terminar de arreglar una.
—¿Podrías volver a subir allí? —preguntó Kevin.
Luna asintió.
—Lo deseo. A mí no me derrota ningún barco.
—Tenemos que continuar bombeando agua para poder entrar y coger algo que usar como timón —dijo Chloe—. Continúa, Kevin.
Él hizo todo lo que pudo, haciendo turnos con Chloe para bombear agua. Al final, Chloe asintió.
—Creo que ahora podríamos entrar —dijo. Fueron hacia el camarote y miraron por dentro. Para Kevin, todavía parecía que había mucha agua allí, pero estaba lo bastante baja para que, por lo menos, pudieran entrar. Juntos, arrancaron la puerta de uno de los armarios y añadieron otra solo para estar seguros. En lugar de usar el podón, cogieron un pedazo de mástil dañado, le amarraron la madera con cuerdas y lo ataron todo a la parte posterior del barco lo mejor que pudieron.
—Seguramente este no es un timón muy bueno —dijo Chloe mientras lo probaba—. Ven, ayúdame a girarlo.
Pesaba tanto que tuvieron que hacerlo entre los dos, pero el velero parecía moverse en respuesta, girando un poco mientras la corriente lo arrastraba.
Por encima de ellos, Luna parecía haber terminado de atar unos retales de velas, todos los trozos que pudo encontrar estaban conectados al mástil e inflándose al viento. Bajó con una mirada de satisfacción, y Kevin supuso que tenía tanto que ver con volver a subir al mástil después de caer como con reparar la vela.
Lentamente, todavía inclinados hacia un lado, empezaron a emprender el camino hacia LA. Ahora ayudaba que la corriente tiraba de ellos en la dirección correcta, pero Kevin quería creer que sus reparaciones habían ayudado a hacerlo posible. Se habían quedado tirados y aun así iban a conseguir llegar a donde iban. Si podían hacer eso, podían hacer cualquier cosa.
Alzó la vista hacia donde todavía colgaba la nave nodriza de los extraterrestres. Él realmente tenía la esperanza de que, por lo menos, pudieran hacer algo. El pensamiento de enfrentarse a un mundo lleno de alienígenas bastó para que un escalofrío le recorriera la columna.
Pero primero, tenían que conseguir llegar al puerto de LA y, tal y como temblaba el timón bajo las manos de Kevin, eso era cualquier cosa menos seguro.

CAPÍTULO DOCE

Kevin esperaba en la proa del barco mientras Chloe llevaba su timón hecho de trozos y Luna manejaba las velas. Él cogía con fuerza el podón y miraba al agua. En teoría, su trabajo era guiarlos, vigilando cualquier cosa con la que pudieran impactar por el camino. Realmente no estaba seguro de con qué facilidad podrían esquivar algo. Tenía el aparato dentro de su bolsa y colgado al hombro, para intentar mantenerlo a salvo.

—Allí delante veo una playa —gritó.

Se extendía delante de ellos, un muelle equipado con una noria y una montaña rusa, los dos proyectando brillantes colores como si alguien los hubiera dejado funcionando cuando los abandonó. Para Kevin, esto era como la luz de un faro, que les proporcionaba algo a lo que dirigirse y, con suerte, no chocar.

—Es el Muelle de Santa Mónica —gritó Luna desde la arboladura—. Una vez mis padres me llevaron allí cuando fuimos a LA.

—¿Y si nos dirigimos hacia el muelle y me engancho a él? —sugirió Kevin —. ¿Tú que piensas, Chloe?

—Es difícil llevar la barca hacia donde quiero —gritó Chloe desde popa—. La marea nos lleva.

—Mientras no nos lleve hacia el mar… —dijo Luna.

Kevin sonrió por el hecho de que, por una vez, no estaban discutiendo. Tal vez que Chloe le salvara la vida a Luna las había ayudado a que la otra no era tan mala, aunque no sabía si esto duraría. Ahora mismo, estaba demasiado ocupado sacando de en medio un bulto de madera con el podón y, a continuación, un envase grande de plástico.

Los escombros eran más abundantes a medida que iban hacia la playa, o bien arrastrados por la tormenta o bien porque todo lo que había sucedido en el mundo las había dejado atrás. Casi la única parte buena era que Kevin ya no veía tiburones. Al parecer, su barco los había dejado atrás junto con el mar abierto.

—Continuad —gritó Kevin—. Ahora no estamos lejos.

Solo quedaba un poco, estaban tan cerca que Kevin tenía la sensación de que con un poco más de esfuerzo podrían haber pisado la playa.

—No estoy segura de que pueda —dijo Chloe—. Parece que la marea está girando.

Kevin miró hacia la playa y, como era de esperar, los restos flotantes llevados por la marea fueron arrastrados de nuevo hacia las olas. Si hubieran tenido un poco más de velas, o incluso algo para usar como remos, tal vez podrían haberlo usado contra ellos para llegar hasta la orilla, pero su débil velero no tenía ninguna posibilidad de amarrar allí tal y como estaba. Lo máximo que podían esperar era tirar el ancla y esperar a que su embarcación resistiera hasta que cambiara de nuevo la marea, pero Kevin no sabía qué pasaría antes de eso. Tal vez se hundiría el barco. Nada de esto parecía bueno.

—¡Creo que tenemos que llegar nadando a la orilla! —les gritó a las demás.
—¿Lo conseguiremos? —contestó gritando Luna.
—Podemos buscar algo que flote —sugirió Chloe—. Kevin, a ver qué puedes encontrar. Yo me mantendré tan cerca como pueda.
Kevin echó un vistazo por el velero y rápidamente se decidió por un par de boyas salvavidas naranjas de plástico. Las ató juntas, con la esperanza de que bastaran y, a continuación, fue hacia Bobby y agarró el arnés del perro.
—Venga, chico, vamos a ir a nadar.
Las otras se acercaron a la proa del barco.
—Esto me parece muy mala idea —dijo Chloe, mirando hacia la playa.
—Supongo que es mejor que flotar de nuevo en el mar —dijo Luna. Se colgó su mochila al hombro.
Cogieron el flotador y saltaron juntos al agua.
Incluso después de la tormenta, esto fue suficiente para dejar sin respiración a Kevin por un momento. Subió a la superficie dando patadas, sujetando el flotador con una mano mientras que con la otra mantenía agarrado a Bobby. Aquel perro grande parecía completamente feliz por estar nadando junto a ellos tres mientras Kevin, Luna y Chloe iban a patadas hacia la orilla.
Era un trabajo duro. La marea peleaba contra ellos y, después de todo lo que había pasado, Kevin imaginaba que ninguno de ellos estaba tan fuerte como podría. El esfuerzo de dar más y más patadas para avanzar era agotador, y Kevin no estaba seguro de cuánto tiempo podría aguantar así.
—¡Continuad! —chilló Luna—. ¡Casi hemos llegado!
—¿Siempre tienes que ser tan positiva? —exigió Chloe. Kevin debería haber imaginado que no pasarían mucho tiempo sin discutir, pero por lo menos seguían dando patadas, tirando de ellas hacia la orilla.
Las olas los empujaban, de forma que a Kevin le daba la sensación de que iba de atrás hacia delante con la marea. Notaba el esfuerzo que costaba avanzar flotando en el agua, y se alegró de que estuviera allí. Sin ella, no estaba seguro de poder hacer ningún avance.
Tal y como estaban las cosas, avanzaban juntos lentamente por el agua, las piernas de Kevin daban patadas al unísono con las de las demás. Kevin veía la espuma de los cachones más adelante, veía las olas lamiendo la orilla mientras él daba patadas con toda la energía que le quedaba, para intentar llegar hasta la playa.
Finalmente, Kevin sintió tierra bajo sus pies y pudo caminar a través del oleaje. Él y las demás fueron hacia la playa tambaleándose, el agua iba bajando a medida que se acercaban. Después de todo el esfuerzo necesario para llegar allí, gateó sobre sus manos y rodillas durante los últimos metros, tiró de él hasta la playa y se tumbó de espaldas en la arena, demasiado agotado de momento para moverse.
Bobby estaba allí, lamiéndole la cara con su larga lengua rosa. Kevin hizo un gesto de dolor.
—Estoy bien —le aseguró Kevin al perro. Miró hacia donde estaban las otras

—. ¿Estáis bien vosotras dos?
Luna asintió.
—Yo estoy bien.
Chloe se incorporó.
—Voy a echar de menos el barco.
Kevin echó un vistazo al agua. El mar ya se estaba llevando de nuevo el barco, las olas lo arrastraban de nuevo a los vastos espacios abiertos del océano. Esto quería decir que no había manera de que ellos pudieran volver, y que el breve y feliz momento de libertad que habían tenido antes de la tormenta hacía tiempo que había desaparecido.
—Quizás podremos requisar otro más adelante —dijo Luna.
—¿Alguna vez pensaste en la posibilidad de que podrías ser un pirata en secreto? —sugirió Kevin—. Realmente parece que deseas coger los barcos de otras personas.
Luna encogió los hombros.
—No es que los vayan a echar de menos. Hablando de cosas que la gente no echará de menos… —Señaló con la cabeza hacia el muelle—. Seguro que allí hay algo de comida. Incluso quizás algo de ropa.
Después de su tiempo en el océano, Kevin agradecería las dos cosas. Aun así, pensarlo no le hacía sentir genial.
—Esto sería robar —puntualizó.
Luna se rió al oírlo.
—Estoy bastante segura de que las normas no existen cuando estamos en el fin del mundo.
Chloe asintió.
—Para sobrevivir hay que hacer lo que sea necesario. A la gente que lleva estos lugares no le importará. No están. Si de alguna manera consiguen volver, no les va a importar que falte un poco de comida. Vamos.

***

Se dirigieron hacia el muelle, sus brillantes luces hacían que el lugar entero pareciera una llamativa bola de árbol de Navidad colocada en el filo de la ciudad.
—¿Pensáis que hay alguien? —preguntó, pensando en las personas controladas por los alienígenas que habían estado deambulando por el muelle donde cogieron el barco—. ¿Pensáis que hay personas que se quedaron atrás?
—Tal vez —dijo Luna.
Casi al unísono, los tres empezaron a moverse con más cautela y se acuclillaron para que no los viera nadie que estuviera mirando desde el muelle. Incluso Bobby reptaba, manteniéndose cerca del suelo a medida que avanzaban.
—Aquí no hay nadie —dijo Chloe después de un rato.
—Tal vez —dijo Kevin.
—No, lo digo en serio, este lugar está desierto. —Se levantó y alzó la voz—.

¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¿Lo veis? Nadie.
Kevin se puso tenso al pensar en todas las cosas que se les podrían echar encima si había alguien escuchando, y vio que Luna le lanzaba una mirada de enojo a Chloe, pero el muelle permanecía en silencio y tranquilo, no se movía nada y no había ninguna señal de que algo estuviera a punto de hacerlo.
Avanzaban entre los edificios del muelle y los encontraron abiertos, tal y como la gente los había abandonado. Había una cafetería, que tenía toda la comida que los tres pudieran desear, y Kevin estuvo más que feliz de coger una taza y beber refresco de la máquina de aquel lugar, antes de coger perritos calientes y ponerse a intentar cocinarlos. No era tan bueno como la pizza del barco, pero después de no comer nada desde la tormenta, estaba lo suficientemente hambriento para que eso no importara.
—Esto sí que está bien —dijo Luna, comiendo helado directamente de un tarro de plástico. Chloe había encontrado unas hamburguesas para Bobby, y estaba comiendo pollo de un cubo.
—Mi ropa está bastante hecha polvo —dijo—. Quizás también habrá algo por aquí, ¿no?
Fueron a mirar, buscando entre las tiendas de la costa hasta que encontraron una que vendía ropa, cogieron camisetas y tejanos nuevos, calcetines que no se hubieran empapado en el océano, y todo lo que pudieran desear. Luna y Chloe desaparecieron hacia los vestuarios, mientras Kevin se ponía rápidamente la ropa nueva y agarraba una bolsa nueva, menos desgastada por el mar para el aparato de extracción de ADN de Phil.
Luna salió primero. Ella había añadido un chaqueta que parecía escandalosamente, probablemente a propósito, rosa para su conjunto, y unas zapatillas deportivas nuevas que chapoteaban mucho menos que las viejas al andar. Chloe salió vestida con unos tejanos negros y una camiseta azul oscuro, con una chaqueta de piel marrón desgastada por encima.
—Entonces te has decidido por una imagen para pasar inadvertida —le dijo a Luna.
—Imagino que, de todas formas, me ponga lo que me ponga probablemente acabará cubierto de barro, o de sangre, o algas —respondió Luna—, así que por qué no empezar con un color que no me haga parecer que voy a la fuga en una película de miedo.
—Creo que las dos estáis muy guapas —dijo Kevin. Parecía que era la respuesta que menos probablemente causaría problemas, y la verdad era que tanto Luna como Chloe estaban realmente guapas, de formas diferentes.
Luna se veía muy bonita y dulce, su chaqueta rosa recién “requisada” seguramente ayudaba, y solo si la conocías era fácil ver que también era dura y era posible que se peleara con cualquiera que diera por sentado cómo se comportaría solo por el modo en el que le gustaba vestirse.
Chloe sí que tenía un aspecto duro, pero seguía estando guapa, y tal vez se trataba de eso. Tal vez era su manera de decirle a la gente que no le prestara atención, o de intentar disfrazarse. Fuera como fuera, Kevin era incapaz de

apartar la mirada de cualquiera de las dos.
—Deberíamos irnos —dijo Luna—. Desde aquí hay un largo camino hasta los pozos de alquitrán.
Kevin asintió y la siguió hasta fuera. Los tres se pusieron de camino por Santa Mónica, Bobby iba lentamente a su lado. A su alrededor, la ciudad parecía estar en ruinas. Había ventanas rotas por todas partes y algunas paredes se habían derrumbado. Incluso parecía que el fuego había consumido algunas zonas.
—¿Qué ha pasado aquí? —se preguntó en voz alta Kevin. Los daños no tenían sentido para él.
—Podrían haber sido los extraterrestres —dijo Luna—. Imagina el daño que deben de haber hecho para intentar coger a la gente y convertirlos en esas cosas iguales que ellos. O quizás lo hicieron sus naves.
—O sencillamente podrían ser saqueadores —dijo Chloe—. Las personas son capaces de hacer cosas tan malas como cualquier extraterrestre. Mientras estaba llegando al búnker, vi disturbios en los que la gente peleaba por quién iba a conseguir la última comida en un pueblecito, o se acusaban los unos a los otros de estar ya convertidos, o…
Se fue apagando y dejó a Kevin preguntándose qué más había visto. También le hizo preguntarse cómo iban a llegar a los pozos alquitrán sanos y salvos.
—Por lo menos no hay ninguna nave por encima de la ciudad —dijo Kevin, señalando con la cabeza hacia el cielo.
—Tal vez la hubo —sugirió Luna—. Tal vez siguió adelante.
—O quizás no está aquí todavía —aportó Chloe—. Quizás la que estaba encima de San Francisco vendrá hacia el sur. Casi lo espero.
A Kevin, ninguna de estas opciones le parecían buenas ideas.
—¿De verdad que quieres una nave alienígena por aquí encima? —dijo, sin entender.
—¿De qué otra manera vamos a meter lo que encontremos en su gran nave? —dijo Chloe.
Chloe tenía razón y ese era un pensamiento preocupante.
—Todavía nos queda mucho por hacer —dijo Kevin—. ¿A qué distancia están los pozos de alquitrán?
—A unos dieciséis kilómetros, creo —dijo Luna—. Está totalmente en el centro de la ciudad.
—Y aunque parezca vacía, no sabemos si habrá gente controlada por el camino —dijo Chloe. Se estremeció—. La gente a la que convierten son espeluznantes, el modo en el que no dicen nada y no dejan de acercarse…
—Podemos hacerlo —dijo Luna—. Llegamos hasta aquí, así que un poco más lejos no es tanto.
Kevin conocía a Luna lo suficiente como para saber que estaba poniendo al mal tiempo, buena cara. Luna tenía que saber lo difícil y peligroso que era esto. Atravesando así LA, a pie, había muchas cosas que podían salir mal, demasiadas maneras en las que todo aquello podía resultar ser más peligroso

de a lo que ellos podían hacer frente. Sí, habían llegado hasta aquí, pero incluso hacerlo casi los mata.
Kevin todavía se lo preguntaba cuando oyó ruido de motores a lo lejos.
—¡Personas! —dijo Luna.
—¡O gente controlada por los extraterrestres! —puntualizó Kevin.
—Estoy bastante segura de que los extraterrestres no conducen —dijo Luna —. Si no, no habrían coches abandonados en todas las calles. Los que se están acercando son personas.
—Las personas no siempre son algo bueno —dijo Chloe—. Deberíamos escondernos.
Kevin imaginó que esa reacción le venía de su tiempo como fugitiva, cuando esconderse la había mantenido a salvo de todos los depredadores de las calles.
—¿Y si resulta que pueden ayudarnos? —preguntó Luna.
—¿Y si quieren hacernos daño? —replicó Chloe.
Las dos miraron hacia Kevin a la espera, como si las dos tuvieran la esperanza de que se pusiera de su lado en contra de la otra. Kevin negó con la cabeza.
—No sabemos quiénes son esas personas —dijo—, o tan solo si son personas. Es decir, si los extraterrestres saben llevar naves espaciales, deberían poder conducir. Así que tenemos que escondernos.
—¡Ajá! —dijo Chloe victoriosa.
—Pero solo un poco —dijo Kevin—. Solo hasta que podamos verlos bien y averigüemos quiénes son y qué quieren.
—¡Ajá! —replicó Luna.
—Eso tampoco era lo que tú querías hacer —se quejó Chloe.
Kevin señaló uno de los edificios con la cabeza.
—Hagamos lo que hagamos, creo que tenemos que hacerlo rápido. Esos motores cada vez suenan más fuerte. Vamos, Bobby.
Kevin los oía, ahora no eran un único y leve rugido, sino toda una colección de ruidos individuales. Sonaban más como motos que como coches, y pensó que eso tenía sentido; allá en San Francisco, no había espacio para que los coches pasaran.
—Aquí —dijo Chloe, llevándolos hacia un escaparate. Allí había maniquís y cortinas, lo que facilitaba mirar hacia fuera sin ser visto. Se agacharon entre ellos y Bobby siguió sentado a su lado.
El ruido de las motos se acercaba y ahora circulaban a la vista . Las había de todos tipos, desde Choppers largas y reclinadas hacia atrás a motos de cross, de motos de carrera caras a cosas que parecía que se aguantaban solo por el óxido que tenían encima. Lo sorprendente eran las personas que las montaban.
—Todos son niños como nosotros —dijo Luna.
Tenía razón. Todas las personas que había allí parecían colegiales, la mayoría de ellos de la misma edad que ellos tres. Tal vez algunos eran un poco mayores, pero casi ninguno de ellos parecía lo suficientemente mayor como para montar en moto, y ninguno de ellos parecía adulto.
Uno de ellos, un chico que parecía un par de años mayor que Kevin, puso el

caballete de su moto con el pie y se quedó allí, mirando alrededor.
—¿Estás seguro de que viste algo por aquí, Joey? —preguntó a otro de los chicos, el cual encogió los hombros.
—Ya te lo dije, Leon, había un barco acercándose al muelle. Me pareció ver gente dentro.
—Entonces deberíamos encontrarlos antes de que lo hagan los controlados —dijo el primer chico—. No queremos que nadie más acabe en los campamentos de esclavos.
Luna tenía una expresión triunfante.
—Os dije que no serían personas controladas. Y vinieron aquí para ayudar. No tiene por qué haber ningún problema.
—O iban a saquear el barco —dijo Chloe, pero no parecía decirlo con muchas ganas.
Kevin hizo una señal con la cabeza hacia la calle.
—Creo que vale la pena arriesgarse —dijo—. Quizás puedan ayudarnos a llegar a los pozos de alquitrán.
Con la esperanza de estar tomando la decisión correcta, se levantó, cogió a Bobby y salió a la calle. Si se equivocaba, acababa de matar a sus amigas, o algo peor.

CAPÍTULO TRECE

Cuando Kevin y las demás salieron de la tienda abandonada, hubo un ajetreo delante de ellos. Los niños de las motos buscaron dentro de sus chaquetas y sacaron una variedad de armas que hicieron que Kevin se quedara helado de miedo con solo mirarlas. Tenían de todo, desde cadenas y porras a machetes, e incluso unas cuantas pistolas. ¿De dónde habían sacado todo aquello unos niños como él?

Y lo más importante, ¿acababa de llevar a Luna y Chloe hacia sus muertes? Ese pensamiento hizo que Kevin se fuera alejando, con las manos levantadas.

—¿Quiénes sois? —dijo Leon, el cabecilla—. Decid algo, ahora.

—¿Algo como qué? —replicó Luna, que parecía que podría enfrentarse a todos si tenía que hacerlo—. ¿Sabes lo difícil que es pensar en algo para decir cuando alguien te dice "di algo"?

—Hm… Yo soy Kevin —dijo Kevin, imaginando por qué el chico lo preguntaba—. Estas son Luna y Chloe. No estamos controlados por los extraterrestres, si es eso lo que estás preguntando. Míranos a los ojos.

—¿Sabéis lo de los ojos? —dijo Leon—. ¿Tanto os acercasteis y sobrevivisteis?

—Tuvimos suerte —dijo Kevin. No lo explicó todo, pues no estaba muy seguro de cómo reaccionarían estos chicos ante la presencia del que les había echado todo esto encima al decir que abrieran la roca.

—Corrimos mucho para escapar —dijo Chloe—. ¿Quiénes sois todos vosotros?

—Yo soy Leon —dijo el chico, aunque eso ya lo sabían—. El resto… bueno, nos llaman los Supervivientes.

—¿Los Supervivientes? —dijo Chloe—. Pero yo pensaba… pensaba que serían…

—¿Mayores? —preguntó Leon.

—Bueno… Sí, supongo —dijo Chloe.

—Cogieron a todos los adultos que conocíamos —dijo Leon—, y los que sobrevivieron… bueno, no los conocíamos o no sabíamos lo que querían. No podemos fiarnos de ellos.

Kevin no estaba tan seguro de eso. Pensó en Phil.

—Hay algunos en los que podemos confiar.

—¿Y cómo sabemos quién es quién? —replicó Leon—. Por allí hay bandas, cazadores, y cosas peores. Hay gente que piensa que, como no queda nada en el mundo, pueden hacer daño a quien quieran. Es mejor que los niños nos quedemos aquí.

Un niño hizo una señal con la mano desde el tejado de un edificio cercano.

—Nos tenemos que ir —dijo Leon—. Ese es uno de nuestros vigilantes. Las criaturas se están acercando demasiado. Tenéis suerte de no haberos adentrado en LA.

—Suerte —dijo Luna—. Mira, estamos intentando llegar a…
—Podemos hablar de a dónde ibais con ese barco vuestro cuando estemos a salvo —dijo Leon—. Por ahora, podéis montaros o podéis jugárosla cuando lleguen las criaturas.
Puesto así, no quedaba mucha elección. Kevin se subió a una moto detrás de una chica que había encontrado equipamiento completo de carreras en algún lugar. Vio que Luna montaba detrás de un chico que iba en una moto de cross, y Chloe se acomodó en la parte de atrás de una moto que parecía que había salido de un museo. Incluso Bobby encontró un asiento, acomodándose en el sidecar de una moto, allí sentado y con la lengua colgando.
—¿Por qué tengo que llevar yo al perro? —se quejó el conductor.
—Porque tú eres el que tiene el sidecar, Reed —dijo Leon—. Bueno, ¿estáis todos colocados?
No esperó una respuesta antes de dar la vuelta a su moto y acelerar el motor.
La ciudad pasaba a toda prisa mientras su convoy de motos la atravesaba. En las calles laterales, Kevin entrevió unos grupos de personas extrañamente sincronizados que debían de estar controlados por los extraterrestres. Por todas partes, oía ruidos de disparos y gritos ocasionales, pero esas cosas solo resonaban tan fuerte a causa de lo silencioso que estaba el resto de la ciudad.
Atravesaron la ciudad y salieron a las colinas que la rodeaban. Eso preocupó un poco a Kevin, pues parecía que se estaban alejando de donde querían ir, no acercándose. Aun así, se contuvo y no dijo nada. Tenían que tener esperanzas de que los Supervivientes podrían ayudarlos y que estarían dispuestos a hacerlo si podían.
Los Supervivientes rápidamente salieron de la carretera hacia un área llena de casas lujosas, pero las ignoraron y fueron hacia un lugar entre las colinas donde había una serie de rocas frente a un despeñadero. Al alzar la vista, Kevin vio más chicos vigilando desde un lado de las colinas, de nuevo con las armas preparadas.
Había una caverna a medio camino, con más rocas esperando cerca de la entrada, como si estuvieran preparadas para hacerlas rodar si venían los enemigos.
Allá donde Kevin miraba, había niños como ellos. Allí había centenares, algunos estaban de brazos cruzados, otros parecía que estaban intentando practicar con las armas que habían traído, algunos parecía que intentaban cultivar la tierra en el limitado espacio que tenían.
—¿Qué es todo esto? —preguntó Kevin cuando pararon.
—Es donde vivimos —dijo Leon, bajando de su moto—. Probamos en las casas de allá abajo, pero para ellos es demasiado fácil llegar hasta nosotros allí.
Había algo en el modo en que lo dijo que a Kevin le daba a entender que lo habían descubierto a las malas.
—¿Así que aquí arriba estáis seguros? —preguntó Chloe, que parecía que no se lo acababa de creer. Tal vez la idea de un lugar verdaderamente seguro era

algo muy difícil de comprender para ella.
—Todo lo seguros que podemos estar —dijo Leon—. Todavía no nos han encontrado y, cuando vinieron a por nosotros en la ciudad, detuvimos a algunos de ellos.
Los detuvieron. Habían conseguido matar a personas de las que los extraterrestres se habían apoderado. Kevin no sabía si estar contento u horrorizado por ello, pues esas personas todavía eran personas. Tenía que creer que todavía estaban por allí en algún sitio, que todavía podían volver. ¿Cómo hubiera sido si se hubiera tratado de su madre, o de los padres de Luna, o de uno de los chicos de la escuela?
—¿Cómo sobrevivisteis al vapor? —preguntó Kevin.
—De muchas maneras —dijo Leon—. Algunas personas estaban en sitios sellados cuando pasó; otros llevaban máscaras; otros se enteraron a tiempo para conseguir máscaras. Fue diferente para cada uno de nosotros. El caso es que sobrevivimos y empezamos a venir aquí, uno por uno.
—¿La gente oyó hablar de vosotros y vino en busca de ayuda? —supuso Kevin.
—Más o menos. Vamos, entremos —dijo Leon—. Os enseñaré esto y vosotros podréis contarnos cómo acabasteis en un barco hacia LA.
Los guió hacia dentro y los tres le siguieron, con Bobby andando al lado de Kevin. Dentro de la cueva, todo parecía estar iluminado por velas, o por espejos inclinados para reflejar la luz del sol.
—No podemos arriesgarnos con demasiados sistemas electrónicos —dijo Leon—. Tenemos una radio que usamos para ponernos en contacto con otros grupos, pero incluso con eso, vamos a la ciudad antes de usarla. No podemos permitir que rastreen nuestra ubicación.
Kevin miró hacia donde una chica se estaba ocupando de una serie de conductos de agua que parecían estar regando las plantas, pegándolos de nuevo con cinta adhesiva eléctrica.
—Estamos recogiendo lo que podemos de la ciudad —dijo Leon—. Maisy, ¿pasa algo con el alimentador de plantas?
—Se rompió otra vez —dijo la chica—. Yo puedo volver a ponerlo en su sitio, pero no es lo mismo sin Barnaby.
—Ya lo sé —dijo Leon—. Hazlo lo mejor que puedas.
Los dirigió a un pequeño círculo, en medio del cual había una hoguera encendida. Había sillas dispuestas a su alrededor, de tantos estilos diferentes que parecía evidente que las habían robado de una docena o más de lugares diferentes. Había tumbonas y sillas de jardín, una vieja butaca y una serie de sillas de comedor desparejadas. Kevin intentaba visualizar a los chicos que había allí trayendo todo esto a su campamento en la parte de atrás de sus motos, y no podía imaginarlo. Si fuera él el que tuviera que mover un enorme sofá de piel usando solo una moto, sabía que caería casi con toda certeza.
—Venid a sentaros —dijo Leon—. Así podéis explicarnos cómo llegasteis aquí y hacer todas las preguntas que queráis.

Kevin, Chloe y Luna se sentaron. Un grupo de los demás se les unieron, poniendo fin a lo que estuvieran haciendo para mirarlos fijamente, como estudiándolos.
—Todos no podemos parar —dijo Leon—. Todavía tenemos que calcular lo que conseguimos de las últimas tiendas en las que rebuscamos y, Kieran, estoy bastante seguro de que te toca el turno de vigilancia.
Un grupo de niños se separaron del grupo, volviendo a toda prisa a cualesquiera tareas que estuvieran llevando a cabo antes, pero todavía muchos se quedaron atrás. Para Kevin, eso era algo sorprendente; no podía imaginar que tantos chicos de su edad pudieran trabajar juntos así.
Luna parecía igual de impresionada.
—¿Así que tú eres el líder aquí?
—Algo así, supongo —respondió Leon. Encogió los hombros—. Parece que la gente me hace caso. Yo solo intento mantener las cosas unidas, intento que todo el mundo esté ocupado.
Ocuparse era una manera de intentar lidiar con cosas con las que no s e podía lidiar. Fingir que todo estaba bien y esperar que si lo hacías con todas tus fuerzas, finalmente lo estaría. Kevin lo había intentado por poco tiempo la primera vez que le dijeron lo enfermo que estaba. Era el tipo de cosa que no podía funcionar para siempre, pero que podría funcionar por ahora.
—Es difícil, el ser responsable de todo —dijo Kevin.
—Supongo —dijo Leon encogiendo los hombros. Una de las chicas más jóvenes se acercó a él y le susurró algo—. Kayla, no pasa nada, pero… ¿estás segura?
Él miró fijamente a Kevin y, en ese momento, Kevin supo que habían descubierto quién era. En muchos sentidos, era sorprendente que hubieran tardado tanto. Tal vez su aspecto era muy diferente después de flotar en el mar al que tenía durante las ruedas de prensa en televisión.
—Tú eres Kevin McKenzie —dijo Leon. En ese punto, ni tan solo era una pregunta.
Kevin asintió, y oyó que un murmullo corría por el grupo.
—Dicen que lo descubrieron todo sobre los extraterrestres —dijo un chico.
—Él estaba allí cuando pasó y sobrevivió —murmuró una chica.
—Si está aquí, quiere decir algo.
El murmullo continuó hasta que, por fin, Luna se levantó.
—Eh, estamos aquí mismo, ¿sabéis? Oímos cada palabra que decís.
—Lo siento —dijo Leon—. Es solo que… la idea de que tú estés aquí, Kevin… es algo importante. Algo importantísimo.
Aquel chico mayor parecía casi asombrado con él ahora, a pesar de que Leon era capaz de hacer funcionar este campamento de otros adolescentes entero.
—Y vosotras dos también, evidentemente —dijo Leon, haciendo una señal con la cabeza hacia Chloe y Luna—. Mola que vinieseis aquí, pero Kevin…
—Tal vez esté aquí porque el rumor del antídoto es cierto —susurró una chica.

Un chico negó con la cabeza.
—Será por los campos de esclavos.
—Tal vez sea porque no dejan de mover las naves. Tal vez él sepa dónde están.
—Nosotros sabemos dónde están, imbécil. Ahora mismo hay una de las grandes en Sedona.
Kevin negó con la cabeza. Realmente no se sentía cómodo con las miradas de esperanza que recibía de los otros chicos. Ya le había fallado una vez al mundo.
—Por favor, yo no sé nada de esto. No soy ningún superhéroe que va a aparecer y lo va a mejorar todo.
—No lo sé —dijo Chloe—. Dado lo que realmente hemos venido a hacer aquí…
—Esperad —dijo Luna—. ¿Alguien tiene un antídoto contra lo que están haciendo los extraterrestres?
Leon negó con la cabeza.
—Solo es un rumor. Dicen que hay un laboratorio que está trabajando en ello, o algún científico que va de un lado a otro, los detalles cambian cada vez que lo oímos.
—Podría ser real —dijo Chloe—. Kevin, tú dijiste que eras inmune a ellos, así que ¿podría haber una manera que esto sucediese con otras personas?
—Espera —dijo Leon—. ¿Tú eres inmune?
Kevin asintió de mala gana.
—Eso creo.
—Entonces tal vez sí que haya un antídoto —dijo Leon—. Yo quiero creer que es real, pero…
—¿A quién perdiste tú? —preguntó Luna.
Kevin conocía la respuesta a eso.
—A todo el mundo, Luna. Todos nosotros perdimos a todo el mundo.
Ese era un sentimiento aterrador: que no quedaría ningún niño en la Tierra que no hubiera perdido a su familia, ningún padre que no conociera el dolor de perder a sus hijos. Los extraterrestres llegaron y se llevaron a todo el mundo, todo. No quedaba nada.
—Yo no paro de perder a gente —dijo Leon—. Esa es la parte difícil de ser líder. Tal vez tú lo sabes, Kevin.
Kevin oyó resoplar a Luna.
—Kevin es mi amigo, no mi líder.
Chloe asintió.
—A mí no me gusta que la gente me diga lo que tengo que hacer.
—Yo pensaba en la parte en la que hizo creer a todo el mundo —dijo Leon—. Ahora pierdo a menos gente, pero aun así duele. A veces la gente a la que han convertido cogen a más. A veces se tropiezan con bandas. En las montañas hay campamentos de esclavos, con mucha gente. El otro día cogieron a Barnaby, uno de nuestros chicos. Pensaba que no había manera de

recuperarlo, pero si estáis aquí…
Kevin negó con la cabeza a toda prisa.
—Leon, en realidad yo no soy nada especial.
—Eres inmune a lo que ellos hacen. Y puedes escuchar sus mensajes.
—Esto no ayuda en este caso —dijo Kevin. Ellos necesitaban una especie de soldado, o de ninja, o algo así, no a él. Necesitaban a alguien como Ted, pero Ted había desaparecido con todos los demás.
—Eso no lo sabes —insistió Leon.
—Nosotros ya tenemos algo que hacer —dijo Kevin.
—Tenemos una misión —coincidió Luna.
Leon frunció el ceño al oírlo.
—¿Qué tipo de misión?
—Vamos a ir hasta los pozos de alquitrán —dijo Chloe—. Kevin escuchó un nuevo mensaje.
—¿De los alienígenas? —dijo Leon.
Kevin se explicó lo mejor que pudo.
—De los extraterrestres buenos, no de los malos. De los que intentaron advertirnos. Piensan que si encontramos algo lo suficientemente viejo, tendrá virus dentro que los extraterrestres no conocen. Si conseguimos meterlo en su nave, los podría detener.
—Así que vais hasta los pozos de alquitrán —dijo Leon—. ¿Y después vais a ir a Sedona?
Kevin encogió los hombros. No había pensado tan para allá.
—Sedona es el único lugar que conocemos en la que hay una de las naves transportadoras lo suficientemente cerca para llegar a ella —dijo Leon—. Están en constante movimiento. Se quedan unos cuantos días, recogen gente, los llevan a la nave nodriza y, a continuación, se van a otro lugar.
—Y eliminan todo lo que haya allí —dijo Chloe. Lo dijo como si en ese momento los odiara—. Como las langostas.
—No conseguiréis llegar a los pozos de alquitrán sin nuestra ayuda —dijo Leon, que parecía haber tomado una decisión—. Y, desde luego, no podréis llegar a Sedona.
—Entonces ayudadnos —dijo Luna—. Estamos aquí para intentar salvar al mundo.
—Y yo estoy intentando salvar a mi amigo. Lo del virus y todo el resto podría funcionar, pero podría no hacerlo y, pase lo que pase, aquí todo el mundo necesita a Barnaby. Es listo. Sabe cómo hacer las cosas. Se supone que yo debo mantener a salvo a la gente, y necesito su ayuda para hacerlo.
—O sea, ¿nos estás diciendo que tenemos que ayudarte a recuperarlo o tú no nos ayudarás? —dijo Kevin.
Vio que Leon asentía y eso dolió.
—¡Eso es chantaje! —dijo bruscamente Luna.
—Técnicamente, creo que es extorsión —dijo Chloe—, pero por una vez estoy de acuerdo con Luna. No puedes hacernos hacer algo así. Ya estamos

haciendo suficientes cosas peligrosas tontamente.
—Lo que tú digas —dijo Luna—. Es decir, nosotros no sabemos nada de estas canteras de esclavos, no tenemos ningún tipo de plan…
—Evidentemente, haremos preparativos —dijo Leon—. Nosotros ayudaremos todo lo que podamos. Hay lugares cerca del campamento de esclavos donde podemos tener buena vista y pensar un plan adecuado.
—Sigo diciendo que es estúpido —dijo Luna.
—¿Tú qué dices, Kevin? —preguntó Leon.
Kevin estaba allí sentado, intentando pensar. Imaginaba que Leon decía en serio lo de no ayudar si él se negaba y, lo que era peor, estaba bastante seguro de que realmente no conseguirían llegar a los pozos de alquitrán sin ayuda. Ambas eran razones bastante poderosas para hacer lo que quería aquel chico, pero había una, una más grande: era lo correcto.
—Si os ayudamos a recuperar a vuestro amigo, ¿nos ayudaréis? —preguntó Kevin.
Leon asintió.
—¿Incluso si vamos y él no está allí; se lo han llevado allá arriba, o algo así? —Kevin señaló a la nave del tamaño de la luna que todavía colgaba en el cielo.
—Vale —dijo Leon.
Kevin miró a las demás.
—Pienso que deberíamos hacerlo —dijo—. Pienso que es la única manera en la que podemos llegar a los pozos de alquitrán, y tenemos que hacerlo para salvar al mundo.
Chloe dudó durante unos segundos, evidentemente no le gustaba, después asintió.
—Vale, si no hay otra manera, supongo que tenemos que hacerlo. —Lanzó una mirada asesina a Leon—. De verdad que odio que me hagan hacer cosas.
Kevin miró a Luna. Ella asintió.
—Vale —dijo—. Y quiero dejar una cosa clara: si esto nos mata a todos, te culparé a ti, pero esto no te convierte en el líder, ¿vale?
—Vale —dijo Kevin.
Intentaba no pensar en lo probable que era que esto realmente los matara. Ahora mismo, parecía demasiado probable.

CAPÍTULO CATORCE

Kevin se sujetaba fuerte mientras se dirigían en sus motos hacia las montañas, sin estar seguro de qué esperar cuando llegaran a su destino. Una cosa era aceptar ayudar a los Supervivientes a recuperar a su amigo, pero Kevin no estaba seguro de cómo iba a empezar a hacerlo exactamente.

Tal y como le había dicho a Leon, él no tenía habilidades especiales. No era más fuerte o más rápido que otro chico de su edad, no tenía poderes especiales, no era para nada diferente, excepto por la parte en la que podía traducir mensajes extraterrestres, y en que parecía ser inmune a los intentos de los extraterrestres por transformar a la gente.

Aun así, ya lo había prometido y no creía que pudieran llegar a los pozos de alquitrán sin la ayuda de los Supervivientes.

—Ahora no está lejos —gritó Leon, desde la cabeza de su pequeño convoy. Señaló hacia un camino que salía de la carretera principal y allí se pararon a la vez—. No podemos seguir con las motos, o vendrán en nuestra busca, y algunos de los vigilantes humanos son bastante inteligentes.

—¿Cómo que vigilantes humanos? —dijo Luna—. ¿En el sentido de personas que trabajan con los extraterrestres? ¿Sin estar convertidos ni nada de eso?

—No lo sabemos —dijo Leon—. Pienso que han conseguido llegar a algún tipo de acuerdo con ellos.

—¿Cuál, trabajad para nosotros y os convertiremos los últimos en criaturas extraterrestres y zombis? —dijo Luna.

—¿Y cómo lo hicieron si no hablan? —se preguntó Kevin en voz alta.

—La gente a la que convierten no habla —dijo Chloe—. Supongo que los extraterrestres de verdad, sí. Es decir, se pusieron en contacto con nosotros con su señal. Quizás ahora que están aquí, dedujeron cómo hablar con la gente directamente.

Esto tenía mucho sentido, aunque la idea de que la gente trabajaría voluntariamente para los extraterrestres no lo tenía en absoluto. Quizás era por lo desesperada que estaba la gente ahora, que creerían cualquier tipo de promesa, o no dejarían escapar cualquier oportunidad de poder.

—Venid a mirar —dijo Leon, dirigiéndolos hacia el camino—. Tenemos que resolver cómo vamos a hacerlo de todos modos.

Kevin y los demás siguieron a Leon mientras él iba cuesta arriba, hasta un lugar donde era posible mirar hacia abajo hacia lo que parecía una cantera que había delante. En un extremo había edificios, mientras que alrededor de todas las partes abiertas del perímetro había una valla.

Allí había gente, trabajando duro con picos en montones de escombros y haciendo otras cosas que no tenían sentido. Parecía que algunos estaban corriendo carreras de obstáculos, mientras otros trabajaban delante de pilas de ordenadores. Había incluso una especie de área médica donde parecía que a algunos les estaban sacando sangre, o les inyectaban sustancias químicas.

—Les están haciendo pruebas —dijo Chloe.
Kevin asintió. Era la única explicación que tenía sentido, solo que no tenía ninguno. ¿Haciéndoles pruebas para qué, y por qué? Ahora mismo, eso le preocupaba menos que la disposición de la cantera de allá abajo. Una pequeña cantidad de personas se movían por los bordes, demasiado calmados en relación a los otros, evidentemente transformados. Había más que llevaban máscaras de gas y llevaban pistolas: vigilantes humanos. Estaban en todas las entradas de la cantera, evidentemente para asegurarse de que nadie podía escapar.
Sorprendentemente, Kevin vio que una de las personas convertidas se dirigía hacia uno de los guardias enmascarados, tendiéndole algo al vigilante para que lo cogiera.
—¿Qué es eso? —preguntó Kevin.
—Parece una radio —dijo Leon. Ahora miraba con unos binoculares, mirando fijamente hacia abajo al campamento como si buscara cualquier tipo de punto débil.
—Quizás sea así cómo los extraterrestres se comunican con los vigilantes humanos —sugirió Luna—. ¿Y si mandan mensajes y los vigilantes hacen lo que ellos quieren?
—Y si no, también los convierten —dijo Chloe—. Esto significa que tienen personas que harán cosas complicadas por ellos, sin que sus comandantes tengan que estar prestando atención todo el rato.
Kevin le dio un codazo y le pasó unos binoculares, señalando hacia un lugar en el solar de la cantera.
—Ese es Barnaby, el de allí.
Kevin miró y vio un chico que tenía solo un par de años más que él, como mucho con edad para ir al instituto, con gafas y el pelo corto y de punta. Era delgado y no parecía muy fuerte, llevaba una camisa y un pantalón de vestir que parecían más adecuados para alguien mucho más mayor.
—Es un poco bicho raro, pero es el chico más inteligente que conozco —dijo Leon—. Le dejaron entrar antes en UCLA porque sabe mucho.
Kevin apenas podía imaginar poder permitirse ir a la facultad, por no hablar de ser lo suficientemente inteligente para ir cuando solo era un niño. No era de extrañar que Leon quisiera que volviera. El único problema era cómo iban a hacerlo.
—Allá abajo hay un montón de vigilantes —dijo Kevin—. No podemos entrar peleando simplemente.
—Si fuera tan fácil, ya lo hubiéramos hecho a estas alturas —dijo Leon.
—Necesitamos una manera de quitárnoslos de encima. Una distracción o algo así —dijo Luna—. ¿Y si todos vosotros hacéis mucho ruido a un lado del campo?
Leon negó con la cabeza.
—Los vigilantes solo hacen lo que les dicen las radios.
—Entonces necesitamos una de esas radios —dijo Kevin. Observó que un

vigilante partía del campamento y daba una vuelta lenta por las colinas de alrededor para vigilar—. Tenemos que quitársela a uno de los vigilantes sin que salte la alarma.
—Eso no es problema —dijo Chloe. Se fue por una ruta que la dejaría justo delante del vigilante en unos minutos. Kevin no estaba seguro de lo que tenía pensado hacer, pero fue tras ella a toda prisa, con la esperanza de que supiera lo que estaba haciendo.
—Que no te vean —dijo y, a continuación, se fue hacia un lugar del camino y se sentó agarrándose el tobillo, justo cuando apareció el vigilante.
Kevin, Luna y Leon se agacharon detrás de unas rocas cerca del camino. En realidad, Kevin no estaba seguro de que esto fuera una buena idea, especialmente cuando el vigilante levantó su pistola y apuntó con ella a Chloe, pero a estas alturas ya era demasiado tarde para cambiar cualquier cosa.
—¡Tú! ¿Quién eres y qué estás haciendo aquí? —Empezó a avanzar hacia Chloe.
—Por favor, no me dispares —dijo Chloe. Kevin vio que Luna salió lentamente de detrás de su escondite y cogió una piedra adecuadamente grande.
—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó de nuevo el vigilante, llevándose la mano a la radio.
—Lo siento, yo no debería estar aquí, yo… solo soy la distracción.
El vigilante empezó a girarse y Luna alargó el brazo para golpearle en la cabeza con la piedra, fuerte. Se desplomó de una forma tan limpia como si alguien hubiera apagado algún tipo de interruptor en su interior.
—Creo que le maté — dijo Luna, que parecía preocupada, pero Kevin veía que el pecho del vigilante subía y bajaba.
—No, creo que está bien —dijo Kevin. Miró hacia Chloe—. Eso fue muy peligroso. Te podrían haber hecho daño.
—¿Le podrían haber hecho daño a ella? —dijo Luna—. Prácticamente anunció que yo me estaba acercando a él sigilosamente.
—No quería que su pistola me estuviera apuntando cuando le golpearas —dijo Chloe.
—Pero ¿si me apuntaba a mí no pasaba nada? —dijo Luna.
—Ahora tenemos una radio, ¿no? —replicó Chloe.
Así era, y Kevin se la quitó al vigilante junto con su máscara. A través de la radio, oía las voces de los otros guardias, junto con unos ruidos chirriantes y discordantes que él reconocía de sobra como el idioma de los extraterrestres. A esto le siguió una voz plana y monótona que daba órdenes y, para Kevin, fue como escuchar lo mismo dos veces. Al parecer, los alienígenas habían aprendido lo suficiente sobre los idiomas humanos para traducir para la gente que trabajaba para ellos.
—«Operario uno, traiga al sujeto veintiséis: Operario tres, vaya a la puerta dos».

—Ahora solo tenemos que comprobar lo convincentes que podemos parecer como alienígenas —dijo Kevin. Probablemente él había oído más el tono monótono de los extraterrestres que cualquier persona viva. ¿Podría copiarlo, por lo menos lo suficientemente bien, para engañar a un puñado de vigilantes humanos?

—Tenemos que crear esa distracción —dijo Kevin.

Leon cogió la pistola del vigilante.

—Si la disparo, lo oirán.

Kevin asintió.

—Dame dos minutos para llegar al campamento y después lo haces. Intentaré mandar a todos los vigilantes posibles para que lo comprueben, así que tenéis que marchar antes de que vengan.

—Lo haré desde más lejos —dijo Leon—. Tú saca a Barnaby de allí.

Kevin asintió y volvió en dirección al campamento.

—Luna, ¿crees que hay alguna manera de atravesar la valla?

Ella asintió.

—Siempre hay una manera de atravesarla, o de saltarla, o de rodearla.

Lo decía con la confianza de alguien que había conseguido meterse en todo tipo de lugares cuando habían estado explorando juntos. La mayoría de ellos no habían estado vigilados más que por algún conserje de avanzada edad o por un vigilante de seguridad, pero ahora no era el momento de preocuparse de esto.

Empezaron a bajar hacia la cantera, intentando ponerse a cubierta siempre que podían.

—Aquí —dijo Luna, señalando a una junta de la valla—. ¿Ves como es débil? Si tiramos fuerte, creo que se romperá.

Kevin sabía que era mejor no dudar de la pericia de Luna cuando se trataba de meterse en lugares en los que no deberían estar, así que esperaron y esperaron cerca de la valla…

El ruido de un disparo llenó el aire, procedente del otro extremo del campamento. Kevin sabía que este era el momento. Accionó la radio y habló con el tono más plano y alienígena que pudo.

—«Todos los operarios, este sitio está siendo atacado, muévanse para interceptar la amenaza» —dijo—. «Repito, este sitio está siendo atacado. Avancen hacia las montañas y contrarresten la amenaza».

Se quedó allí helado, esperando contra todo pronóstico que los vigilantes temieran lo suficiente a sus autoridades alienígenas como para no hacer preguntas. En su mayoría, parecía que se quedaban allí quietos, comprobando sus radios y Kevin empezaba a pensar que lo había calculado mal. Evidentemente, no iban a responder a un mensaje de radio aleatorio sin comprobar. Evidentemente que harían preguntas…

Entonces el primero de ellos empezó a correr hacia la salida que llevaba a las montañas, y el siguiente, hasta que pronto, todos ellos corrían en dirección al disparo. Incluso algunas de las personas controladas por los extraterrestres

parecían seguirles, como si intentaran resolver lo que estaba pasando.
—Rápido –dijo Kevin—. No tenemos mucho tiempo.
Los tres agarraron la valla metálica y tiraron con todas sus fuerzas. Tal y como Luna había predicho, cedió donde la habían unido, creando un agujero que no hubiera sido lo suficientemente grande para un adulto, pero por el cual podían colarse bien ellos tres.
Kevin se dirigió hacia el lugar donde estaba Barnabay y consiguió identificarlo de entre la multitud de los demás que estaban allí. La gente que había allí parecían una mezcla extraña. Había algunos que parecían atletas o culturistas, otros a los que más bien parecía que habían arrancado de en medio de un laboratorio o una biblioteca, y unos cuantos que parecía que estaban allí al azar. De nuevo, Kevin tuvo la sensación de que todo esto era una especie de prueba, pero no podía imaginar qué podría ser. Pero no había tiempo para pensar en ello; tenían que encontrar a Barnaby.
—Barnaby —gritó—. ¡Barnaby, nos manda Leon!
El chico se acercó, mirando alrededor con evidente sorpresa.
—No os conozco —dijo.
Luna le agarró el brazo.
—Yo soy Luna, este es Kevin y esta es Chloe. Genial, ahora ya nos conocemos. Bueno, ¿quieres salir de aquí?
—Err… ¿sí? —dijo Barnaby—. ¿Siempre sois así?
—Casi siempre —dijo Kevin—. ¿Qué os están haciendo aquí? Parecen algún tipo de pruebas.
—En realidad, yo tengo algunas ideas fascinantes acerca de…
—Tal vez deberíamos guardar esto para cuando estemos fuera —sugirió Chloe. Kevin asintió y todos fueron a toda prisa hacia la valla.
Estaban probablemente a medio camino cuando la radio de Kevin dio un zumbido y salió la voz monótona de los alienígenas.
—«No les dimos ninguna orden» —dijo la voz—. «Les han engañado. Vuelvan a su sitio inmediatamente y encárguense de los intrusos». —Hubo una breve pausa—. «Sabemos que eres tú, Kevin McKenzie. Conocemos tu voz. Vamos a por ti».
—¡Corred! —dijo Kevin, lanzando la radio lejos de él.
Los demás no necesitaron ningún estímulo y empezaron a correr hacia la abertura de la valla tan rápido como podían. Kevin oyó gritos detrás de él y vio que algunos vigilantes humanos regresaban al campamento y levantaban sus pistolas para disparar. Kevin agachó la cabeza y corrió con esfuerzo hacia la valla mientras las primeras balas pasaban zumbando, en un trallazo de disparos.
Chloe gritó más adelante, cayó y Kevin fue corriendo hacia ella. Había sangre a su lado y, al verla, Kevin se puso malo al pensar que le podrían haber hecho daño.
—¿Estás bien? —preguntó—. Chloe, ¿qué te han hecho?
—Creo que solo me rozó —dijo Chloe, haciendo un gesto de dolor y

esforzándose por volver a ponerse de pie. Kevin la rodeó con un brazo y continuaron corriendo.

Los cuatro consiguieron llegar a la valla, y Luna ya la había atravesado antes de que Kevin pudiera parpadear, los esperaba al otro lado y miraba hacia atrás con evidente preocupación. Barnaby fue el siguiente en pasar, pasó al otro lado gateando y parecía que le faltaba el aire.

—Ahora tú —dijo Kevin, empujando a Chloe hacia el agujero. Ella lo atravesó y Kevin fue el último, desde las rocas que los rodeaban sonaban más balas. Subieron trepando la ladera, en dirección al lugar donde estaban las motos.

Ahora los podía ver allí delante, los Supervivientes los esperaban, con las armas fuera para ahuyentar a cualquier enemigo que se acercara demasiado. Solo un poco más y…

Kevin se giró al oír un ruido de gravilla crujiendo, y una de las personas a las que controlaban los extraterrestres apareció de más arriba de la ladera, e iba directamente hacia Chloe y Luna, con la boca ya abierta para exhalar vapor. Entonces Kevin hizo la única cosa que podía hacer y se lanzó hacia la criatura.

Chocó contra ella con todo su peso y ésta le exhaló el vapor, la nube le hizo toser y atragantarse, pero no hizo más que eso. La criatura lo agarró, moviéndose para lanzarlo a un lado, para golpearlo y Kevin se cogió a ella con fuerza, sin dejarle sitio en el que poder hacerle daño. Dio vueltas con ella, intentando por lo menos frenarla lo suficiente para que los otros pudieran escapar.

Sintió que su pie resbalaba sobre la ladera y los dos rodaron.

El mundo le daba vueltas a Kevin, para arriba, para el otro lado, una y otra vez. En algún momento de la caída, el extraterrestre le soltó y los dos rodaron por separado, como dos bolas que rebotan en direcciones diferentes en una máquina de *pinball*. Kevin vio que la criatura se alejaba dando vueltas, oyó el crujido de unos huesos y vio que paraba de moverse. Kevin sentía que las piedras daban golpes secos contra su cuerpo, y sintió que el dolor brotaba en su interior mientras impactaba contra el suelo una y otra vez. Continuaba dando vueltas, era imposible ir al ritmo del mundo mientras este giraba.

Entonces impactó con algo al fondo y no le hizo falta seguir el ritmo de nada cuando perdió el conocimiento.

CAPÍTULO QUINCE

Kevin gemía al despertar, sentía que le dolían todas las partes de su ser. Parecía que la cabeza le iba a explotar ahora mismo, el mundo a su alrededor estaba lleno de luces y colores. El cuerpo le temblaba y no podía hacer que parara de temblar, el dolor se disparaba en su interior a cada momento.

—No pasa nada, Kevin. Estás a salvo. —La voz de Luna llegaba desde un lugar que parecía estar muy lejos.

—Estamos aquí mismo —dijo Chloe, de algún lugar de por allí cerca.

Kevin deseaba poder responder, pero ahora mismo parecía que su cuerpo no haría lo que él quería que hiciese. «Es una convulsión» —pensó para sí mismo—, «estoy teniendo una convulsión». Pero ¿y si no lo era? ¿Y si fuera así como él estaba ahora? No sabía lo que su enfermedad haría sin tratamiento; incluso los médicos habían estado indecisos con esto y habían dicho que la condición era tan rara que cada caso avanzaba a su manera. Entonces Kevin estaba lleno de miedo. ¿Y si habían llegado hasta aquí, y el resultado final era que estaba atascado en algún lugar, atrapado dentro de su cuerpo, incapaz de hacer nada?

A Kevin le vino otro horrible pensamiento: ¿era así como estaban las personas a las que los extraterrestres controlaban? ¿Se sentían atrapadas en su interior, mirando hacia fuera como a través de un cristal distorsionador, incapaces de hacer algo al respecto?

—Está bastante enfermo —Kevin reconoció la voz de Barnaby de la cantera de esclavos—. Supongo que la caída le ha desencadenado todo lo demás. Pero la convulsión pasará… creo.

—Vas a ponerte bien, Kevin —dijo Chloe—. A lo lejos, Kevin sintió que lo abrazaba.

—Chloe, tienes que darle espacio para moverse —dijo Luna—. Podrías hacerle daño.

—¿Tú qué sabes de esto? —contestó bruscamente Chloe—. Yo solo…

—Las dos estamos preocupadas por él —dijo Luna—. Se pondrá bien.

Evidentemente, el problema era que aunque hoy se pusiera bien, un día no lo estaría. Un día, todo esto pasaría, y no habría retorno. O sería un deslizamiento más lento hacia abajo hasta esto, paso a paso, sin retorno. Hasta que algo así pasara, era fácil olvidar que pronto iba a morir. Sin embargo, ahora era lo único en que Kevin podía pensar.

Parecía que el mundo no regresaba nunca a él. Los colores brillantes se desvanecieron y Kevin notó que su cuerpo se calmaba. No completamente, pero por lo menos parecía que una vez más tenía algún tipo de control sobre él.

Respiraba con dificultad, y allí estaba Luna con una botella de agua con una pajita dentro. Kevin dio un sorbo y le pareció una de las mejores cosas que había probado. Se esforzó por incorporarse y tanto Luna como Chloe lo

ayudaron. Al mirar a su alrededor, Kevin vio que estaba en una cama, un techo rocoso daba a entender que era algún lugar en la cueva a la que los Supervivientes llamaban casa.
Barnaby y Leon estaban un poco más lejos, mientras Kevin veía una pandilla de los chicos más jóvenes en la puerta, que parecían estar intentando entender lo que pasaba. Kevin no estaba seguro de entenderlo él, así que no sabía cómo podrían hacerlo ellos.
Bobby también estaba allí. Fue corriendo a lamerle la mano a Kevin.
—Han estado mirándote desde que llegaste —dijo Luna. Se dirigió a ellos—. Kevin no es un proyecto de los que hacéis en la escuela. Buscad otra cosa para hacer.
Lo dijo con tanta fuerza que los chicos salieron disparados, la mayoría parecían sentirse un poco culpables mientras escapaban.
—No pasa nada —consiguió decir Kevin. Incluso hablar le suponía un esfuerzo—. No me importa.
—A mí sí —dijo Luna.
—Esto no está bien —dijo Chloe. Kevin vio que tenía los lacrimales rojos, como si hubiera estado llorando—. Después de todo lo que has hecho, y estás… muriendo.
—No es justo —le dio la razón Luna.
—Supongo que nadie dijo que lo sería —dijo Kevin.
Luna asintió, pero no parecía muy contenta con ello.
—Supongo que… bueno, yo pensé que quizás, con todo esto, con todo lo que estás haciendo, se presentaría algún modo de mejorarlo.
De alguna manera, una parte de Kevin había esperado lo mismo –que esto no resultara ser la enfermedad asesina que todo el mundo pensaba que era, sino tan solo un síntoma de poder sintonizar con los mensajes alienígenas. Había tenido las esperanza de que, en algún lugar al final de esto, realmente podría existir la posibilidad de superarlo. Los momentos como este eran escalofriantes, pues le recordaban que eso no iba a suceder.
—¿Está bien? —le preguntó Leon a Barnaby.
Barnaby encogió los hombros.
—Yo en realidad no soy médico, Leon.
—Pero lo ibas a ser, te aceptaron en UCLA.
—Solo era estudiante de primer año —insistió Barnaby, como si aun así no fuera tremendamente sorprendente que un chico de su edad ya fuera a la facultad—. Y no ese tipo de doctor. Yo iba a ser científico.
—Y no pudiste decidir qué tipo, así que estabas haciendo tres carreras a la vez —puntualizó Leon—. Vamos, Barnaby, si hay alguien lo suficientemente listo para averiguarlo eres tú.
—Mira, en serio pienso que probablemente esté bien. Kevin, ¿recuerdas qué estaba pasando cuando te desmayaste?
—Uno de los controlados me agarró —dijo Kevin—. Rodamos cuesta abajo. ¿Qué pasó después?

—Conseguimos sacarte de allí —dijo Luna—. Tuvimos que llevarte en el sidecar. Yo tuve que llevar a Bobby encima.
El perro ladró, como para confirmarlo.
—Has estado inconsciente durante horas —dijo Chloe, con evidente preocupación.
—Estoy bien —dijo Kevin, aunque realmente no se sentía bien. Todavía tenía tembleques y estaba débil, pero no quería que ninguno de ellos se preocupara —. ¿Qué pasó mientras dormía?
—Barnaby nos habló de las canteras de esclavos —dijo Luna—. Pero tú no tienes que preocuparte de eso ahora.
Kevin negó con la cabeza.
—Quiero saberlo.
Barnaby miró hacia Leon y Kevin vio que este encogía los hombros.
—Nos estaban haciendo pruebas —dijo Barnaby—. Nos usaban para la minería, pero a cada momento nos hacían pruebas. Nos hacían correr, o levantar cosas, o nos daban problemas para que los solucionáramos. Era como si estuvieran buscando a los mejores de entre nosotros, a los que tenían aptitudes que ellos pudieran usar.
—Para poderles sacar su ADN —supuso Kevin.
—Exactamente —dijo Barnaby—. Los que no superaban las pruebas… esos eran a los que convertían.
Kevin no podía imaginar lo que debería haber sido esto, tener que pasar una prueba tras otra, con el miedo de convertirse en uno de los convertidos presionándolo.
Por otro lado, quizás sí que podía imaginarlo.
—Estoy bastante seguro de que Kevin seguramente debería quedarse un rato en la cama y descansar —dijo Barnaby.
A Kevin realmente le hubiera gustado, pero de todos modos negó con la cabeza.
—No puedo —dijo—. Tenemos que llegar a los pozos de alquitrán.
—Eso puede esperar un poco —insistió Leon.
Kevin negó de nuevo con la cabeza.
—Esto no va a mejorar y, cada momento que esperemos, más gente está siendo tomada por los extraterrestres. ¿Y si todavía estoy descansando cuando decidan destruir el mundo porque ya han acabado con él?
Leon se quedó en silencio al oír eso, evidentemente se estaba sumiendo en todo aquel horror—. Ellos no…
Barnaby parecía casi tranquilo por ello, como si fuera un problema que se tuviera que descifrar.
—Supongo que tiene algo de sentido que lo hicieran. Podrían deshacer la atmósfera en busca de gases, y quizás hacer explotar el planeta si quisieran recoger minerales de las profundidades…
Hacía que pareciera muy lógico y evidente, y ese horror bastó para propulsar a Kevin fuera de la cama. Evidentemente, tanto Chloe como Luna tuvieron que

sujetarlo un momento más tarde.
—Tenemos que hacerlo —dijo Kevin.
Luna asintió.
—Lo sé. Y odio que así sea.
—Dijiste que nos llevarías hasta los pozos de alquitrán si ayudábamos —dijo Chloe—. Barnaby está aquí. Te toca.
—Vale —dijo Leon, inclinando la cabeza—. Dije que lo haría. ¿Tenéis un plan para cuando lleguemos allí?
—Encontrar algo lo suficientemente antiguo para que pueda tener un virus dentro —dijo Kevin—. Nosotros… no sé, ¿probarlo?
—Si podemos encontrar las herramientas, podríamos aislar el virus —dijo Barnaby—, pero ¿qué os hace pensar que habrá uno? Aunque encontremos material vivo antiguo, no hay ninguna garantía.
—Los alienígenas, estoy hablando de los buenos, no hubieran mandado el mensaje si no existiera una posibilidad —insistió Kevin—. Por lo menos, tenemos que intentarlo.
Leon asintió.
—De acuerdo —dijo—. Vamos. Nos llevaremos un grupo. De este modo, si nos encontramos con problemas, podremos ejercer presión.
Los llevó de camino hasta las motos. Kevin tuvo que apoyarse en Chloe y Luna durante la mayor parte del camino hasta ellas, pero hacia el final, pareció que había recuperado la fuerza suficiente para llegar por lo menos, por sí solo.
Una docena o más de los chicos fueron con ellos. Incluso Barnaby se subió a una moto.
—No pensáis que voy a perderme esto, ¿verdad? —dijo. Encontraron otra moto con un sidecar, y Kevin pudo sentarse en él en lugar de tener que agarrarse a alguien por detrás. Por lo menos, eso quería decir que podía descansar mientras empezaban su viaje hasta LA. Tal vez de eso se trataba.
Las motos se movían zigzagueando alrededor de coches y camiones estacionados, buscando el camino hacia la ciudad. Avanzaban rápido, no disminuían la velocidad lo suficiente para que ninguna persona controlada los alcanzara, así que para Kevin la ciudad parecía pasar dentro de una confusión de tiendas y casas, lugares abandonados que parecían casi fantasmales sin nadie dentro.
—Los pozos de alquitrán deberían estar más adelante —gritó Leon girándose hacia ellos—. Estad atentos a los controlados. Hay muchos, cuando te adentras más en la ciudad.
A pesar de la advertencia de Leon, el espacio alrededor de los pozos de alquitrán parecía vacío de cualquier señal de vida. Los edificios del museo La Brea Tar Pits estaban oscuros y vacíos, mientras que las puertas estaban abiertas, abandonadas y se movían suavemente con la brisa.
Entraron con las motos y se detuvieron en uno de los aparcamientos. Leon miró a Kevin.

—¿Y ahora qué? —preguntó.
—No estoy seguro —confesó Kevin—. Supongo que estamos intentando encontrar algo que pudiera tener material vivo antiguo.
—A no ser que quieras ir de pesca a los pozos, eso quiere decir las excavaciones para la investigación o los museos —dijo Barnaby.
—Primero probaremos en las excavaciones —sugirió Kevin.
Se dirigieron hacia el parque, pasando por delante de estatuas de mamuts de la Edad de Hielo y por delante de pozos burbujeantes de alquitrán que apenas parecía que pertenecieran a este mundo. Era un mundo que parecía tan extraño como cualquier mundo alienígena, separado de ellos por el tiempo más que por años luz de distancia.
También parecía el tipo de lugar que le hubiera encantado visitar con su madre, y este pensamiento dolía. Kevin no estaba seguro de poderse acostumbrar jamás a la idea de que ella no estaba aquí.
—Las excavaciones activas deberían estar en esta dirección —dijo Barnaby, guiándolos hasta donde había una cantera rodeada de mesas con lo que parecían herramientas de pesca encima. Había redes en varas largas y agarraderas, incluso una pequeña barca de fondo plano. Había gubias en la tierra que la rodeaba, con herramientas para excavar abandonadas y papeles que parecían dibujos de lo que fuera que hubieran extraído. La gente había abandonado lo que parecían sus tápers al lado de los sitios donde habían estado trabajando, dándole a todo el lugar la sensación de ser un sitio del que han escapado hace solo uno o dos segundos.
—Huele al cajón de los calcetines de alguien —dijo Luna, arrugando la nariz.
—¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora? —preguntó Chloe—. ¿Pescar en el alquitrán hasta que encontremos algo?
—Supongo que podemos intentarlo —dijo Kevin, pero esto había sido exactamente lo que el había tenido la esperanza de evitar. La idea de que encontrarían lo que necesitaban ahí sentados en el alquitrán parecía demasiado improbable.
Aun así, cogió una de las redes largas y empezó a dragar el pozo de alquitrán con ella. El peso era complicado con lo débil que se sentía todavía. El espeso alquitrán complicaba el poder arrastrar la red por él, y Kevin tenía que estirar cuando se atascaba. Notó que el extremo de la vara conectaba con algo de encima de una de las mesas, y miró atrás a tiempo de ver que uno de los tápers caía al suelo y se abría al chocar contra él.
Pero lo que cayó no eran los bocadillos de alguien. En su lugar, Kevin vio fragmentos de sílex y hueso conservado, tan pequeños que estaban tan solo a un paso de ser polvo.
—Estas cajas deben de ser para las cosas que encontraron —dijo Kevin—. Deberíamos inspeccionarlas. Tal vez encontraran algo que podamos usar.
—Parece más probable que pescar algo del alquitrán —le dio la razón Luna.
Empezaron a trabajar en las cajas de hallazgos de la gente de allí y lo más importante de lo que Kevin se dio cuenta era lo poco que encontraban en un

día normal. Muchas de las cajas estaban vacías, mientras que las que no lo estaban en su mayoría solo contenían pequeñas piezas de cosas que no parecían poderles servir para nada.
En una había hueso, y Kevin sacó el aparato que Phil les había dado y presionó la jeringa en el centro. En la pequeña pantalla se encendía el color rojo. No era lo que estaba buscando.
Continuaron buscando entre los hallazgos y, cada vez que algo tenía un aspecto ligeramente orgánico, Kevin presionaba el aparato en ello. Una vez tras otra, se encendía el color rojo.
—Eh, vosotros, creo que tenéis que ver esto —dijo Chloe. Estaba mirando dentro de una de las cajas con una expresión de sorpresa.
Luna fue hacia su lado.
—Vale, esto mola bastante.
—¿Qué has encontrado? —preguntó Kevin, y fue a mirar. Cuando llegó al lado de ellas dos, también se detuvo.
Dentro de la caja había un trozo de ámbar perfectamente conservado que debería de tener decenas de miles, tal vez incluso millones de años. Dentro había un insecto parecido a una mantis, en la postura de estar a punto de atacar a una presa y ahora se veía tan perfecto como podría haberlo estado hace mucho tiempo que Kevin apenas podía imaginarlo.
Sacó el trozo de ámbar, lo sujetó en alto y le presionó el aparato. La pausa que siguió se extendió hasta que Kevin empezó a preguntarse si podría haberlo roto de algún modo. La pequeña pantalla se llenó de verde y se atrevió a respirar de nuevo.
—Barnaby —dijo Kevin—, ¿crees que esto podría funcionar?
El chico asintió.
—Eso es… es más de lo que podríamos esperar. Tenemos que examinarlo y calcular cómo extraer el ADN que necesitamos.
—¿Dónde? —preguntó Leon.
Barnaby señaló con la cabeza hacia el museo.
—Este sitio está diseñado para estudiar este tipo de cosas. Si algún lugar tiene las herramientas para hacer lo que necesitamos, es este.
Su pequeño grupo se apiñó y se dirigió hacia el museo. Las puertas estaban abiertas, pero el edificio parecía un cascarón. Dentro no había nada vivo, solo los fósiles y las estatuas de las criaturas que hacía tiempo que habían muerto.
—Tenemos que encontrar un laboratorio —dijo Barnaby.
—Por aquí —respondió Luna, señalando hacia una sección con un gran letrero de “Solo personal autorizado” delante. Allí había una puerta cerrada con llave, pero Luna cogió rápidamente un hacha de una estación de emergencia y la golpeó hasta abrirla.
—Puede ser muy directa —dijo Leon.
—Ni te lo imaginas —le aseguró Kevin. Eso era solo una parte de lo que hacía que fuera tan increíble estar con ella.
Detrás de las puertas había una serie de oficinas y laboratorios, algunos medio

llenos con los materiales con los que los investigadores habían estado trabajando, algunos solo contenían planos para las siguientes series de excursiones, o lo que a Kevin le pareció los restos de una reunión inacabada. Una contenía montones de huesos antiguos y Bobby se sentó mirándolos fijamente con optimismo hasta que Luna lo llamó para que fuera hacia ella.

Encontraron un laboratorio vacío y entraron, llevándose con ellos el trozo de ámbar. Barnaby lo cogió con cuidado.

—Lo haré lo mejor que pueda —dijo—. Pero tenéis que entender que… soy listo, pero eso no significa que sepa cómo se hace todo. Intentaré tomar muestras de la mantis dentro del ámbar, veré si hay bacterias o virus e intentaré hacer una muestra a partir de ellas que podría ser más utilizable, pero…

—Haz lo que puedas —dijo Kevin—. Algo me dice que tú harás un trabajo mejor de lo que yo podría. Tal vez deberías haber sido tú el que oyera todos los mensajes y así no tendríamos este problema.

—O tal vez sería peor —sugirió Barnaby—. A mí no se me da bien ir de un lado para otro intentando solucionar las cosas. Como mucho puedo hacer cosas de estas.

—Con un poco de suerte, es lo único que necesitamos que hagas —dijo Kevin —. ¿Necesitas ayuda?

Barnaby negó con la cabeza.

—Lo tengo.

Kevin y los demás salieron para vigilar cualquier señal de que los controlados se acercaran. Bobby fue a sentarse delante de una de las estatuas de mamuts, mirándola fijamente y ladrando después como si esperara que hiciera algo. Dado todo lo que había sucedido en el mundo hasta el momento, una parte de Kevin observaba con nerviosismo solo por si acaso.

—No te preocupes —dijo Leon—. Barnaby lo hará. Es más listo incluso de lo que él piensa, y eso ya es bastante listo.

—Estará en sus manos —dijo Kevin. Después de todos los recursos del instituto de la NASA, resultaba extraño estar confiando en un chico superlisto y el laboratorio de un museo.

—Tenemos que hablar de lo que haréis después —dijo Leon.

—Tenemos que llevar lo que Barnaby extraiga a la nave extraterrestre principal —dijo Kevin.

—Lo que significa meterse en una de las naves del tamaño de una ciudad cuando regrese a entregar la siguiente remesa de gente —dijo Leon.

Kevin asintió.

—Estás pensando en la de Sedona.

Leon buscó en sus bolsillos y sacó un mapa y un par de manojos de llaves.

—Las dos motos con sidecar son vuestras —dijo.

—¿En serio?

—Podemos buscar más —le aseguró Leon—. Además, parece que esta podría ser nuestra única esperanza.

—Gracias —dijo Kevin, cogiendo las llaves. Se las pasó a Chloe y a Luna.
—Oh, genial —dijo Luna al coger una de las llaves.
—Yo voy a conducir, no me voy a sentar en un sidecar —insistió Chloe.
—Está bien —la tranquilizó Kevin. No estaba seguro de que ahora él fuera una buena opción de todos modos, dada su condición. ¿Y si se desmayaba o tenía otra convulsión mientras intentaba conducir?
Parecía que la espera no terminaba nunca, y Kevin era demasiado consciente de lo vulnerables que eran. Sentía cada momento que pasaba, sentía el calor del sol mientras esperaba. Puede que Leon tuviera sus vigilantes por allí fuera, pero eso no impedía que Kevin se preocupara de que los controlados pudieran estar acercándose, acechando más cerca a cada minuto que pasaba.
Todavía estaba pensando en eso cuando Barnaby salió del museo. Aquel chico más mayor parecía agotado, las gotas de sudor caían de su frente. Llevaba un vial de un líquido claro en la mano.
—Creo… Creo que lo he hecho.
Kevin lo cogió cuidadosamente.
—Id con mucho cuidado con esto —dijo Barnaby—. Tomé un par de muestras del ámbar y, mirándolas, creo que podría haber algún tipo de virus en ellas.
—El mensaje alienígena era correcto —dijo Chloe.
—Pero exactamente no sé lo que es —dijo Barnaby—, y seguramente no querréis romper este vial para descubrirlo. Normalmente, algo así se cultiva en una placa de Petri durante días, pero imagino que tendrá tiempo de cultivarse mientras vais de camino a entregarlo.
—Gracias, Barnaby —dijo Luna.
—Gracias por todo —dijo Kevin, mirando hacia Barnaby y Leon—. No podríamos haber hecho esto sin vosotros.
—Bueno, nosotros no tendríamos a Barnaby sin vosotros —dijo Leon—. No estoy seguro de poder agradecéroslo lo suficiente.
—Lo agradecisteis cuando nos disteis el vial —dijo Kevin.
Luna miró el vial casi con ansia.
—Lo hemos conseguido. Por fin tenemos algo que puede matarles.
Kevin miró fijamente el vial para intentar ver algo de la letalidad que había dentro. Lo veía tan claro, tan puro, que a Kevin casi le resultaba difícil creer que Barnaby había hecho algo con la mantis atrapada en el ámbar que habían encontrado. Pero debía confiar en ello; los alienígenas le habían prometido que esto funcionaría.
—Ahora —dijo Kevin—, tenemos que llevarlo donde sí que podemos usarlo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Partieron en las dos motocicletas para conducir hasta Sedona, Kevin en el sidecar de la moto de Chloe y Bobby en la de Luna. Así sentado, Kevin podía sentir cada sacudida de la Interestatal 10 mientras se dirigían por ella hacia el este, abriéndose camino entre los coches abandonados y los camiones que habían dejado en medio de la calzada, los restos ocasionales y los trozos de escombros que se habían esparcido por el camino.

—¿Cómo el tráfico puede seguir siendo un problema en LA. cuando no hay gente por aquí? —preguntó Chloe.

—Tal vez es simplemente parte de la ciudad —sugirió Kevin, lo que hizo sonreír a Chloe. Eso era bueno. Parecía que últimamente la mayor parte del tiempo, había sido cualquier cosa menos feliz.

Evidentemente, todos ellos sabían la razón de los coches abandonados, y era cualquier cosa menos alegre. Lo máximo que podían hacer era serpentear entre ellos, tratándolos como obstáculos que tenían que esquivarse en algún juego.

Finalmente, los coches se dispersaron un poco y la carretera se abrió.

—Una carrera —le gritó Luna a Chloe y después aceleró.

—¡No es justo! —dijo Chloe y se dio prisa para alcanzarla.

El viento azotaba a Kevin en la cara, haciéndolo sentir como si fueran a un millón de kilómetros por hora. Veía que, en el sidecar de la moto de Luna, Bobby parecía absolutamente feliz con ello, su lengua colgaba mientras respiraba entrecortadamente.

Las dos motos iban casi a la par, zigzagueando sin esfuerzo entre los pocos coches que todavía había allí. Kevin no estaba seguro de quién ganaba, e imaginaba que ambas chicas reivindicarían haberlo hecho al final.

—Gasolinera —gritó Luna, reduciendo la velocidad y haciéndoles una señal con la mano hacia un lado de la autopista. Como era de esperar, más adelante había una gasolinera, con los surtidores abandonados—. Deberíamos llenar las motos.

—Y coger todas las provisiones que podamos —dijo Chloe—. Además, gané.

—No ganaste —replicó Luna—. Yo solo reduje la velocidad por la gasolinera.

—Que tú redujeras la velocidad significa que yo gané —dijo Chloe, con una mirada de satisfacción.

De todos modos, estacionaron en la gasolinera, dejaron las motos al lado de los surtidores y levantaron las bocas de manguera. Kevin no veía que pasara nada.

—Debe de haber un interruptor para encender los surtidores —sugirió Luna.

—Iré a comprobarlo —dijo Kevin—. Vamos, Bobby. Quizás también habrá comida para ti allí.

Entraron y dejaron a Luna y Chloe fuera con las motos. Dentro, la gasolinera

estaba medio destrozada, como si allí hubiera habido gente antes que ellos. Aun así, había gente en algunas de las estanterías mientras que, al otro lado del mostrador, Kevin vio una serie de interruptores con los números de los surtidores en ellos. Miró hacia fuera y comprobó los números de los surtidores, después tocó rápido los interruptores y oyó el débil murmullo del sistema al encenderse.
A continuación, fue entre las estanterías para ver qué podía usar de lo que había. Kevin encontró un par de bolsas de plástico en el mostrador y empezó a llenarlas con cosas que podría necesitar. Cogió un par de botellas de agua, un poco de ternera desecada, algunas chocolatinas…
—¡Este es mi sitio! —gritó una voz desde el mostrador. Le siguió un estruendo y una sección de pared cerca de la cabeza de Kevin se rompió en mil pedazos mientas la munición de los disparos la atacaba. Kevin levantó la vista y vio que un hombre con el equipo de camuflaje completo entraba hecho una furia desde la habitación trasera. Aparentaba unos sesenta años y había algo de locura en su expresión cuando levantó la escopeta para otro intento.
Kevin se tiró al suelo y la estantería de detrás suyo explotó acompañada por un chorro de comida enlatada.
—Hora de irnos, Bobby —dijo Kevin, pero parecía que el perro tenía otras ideas. Mientras el hombre apuntaba de nuevo con su escopeta, Bobby le saltó encima desde un costado, lo tiró al suelo mientras el arma se disparaba y se sentó encima suyo, enseñando los dientes. Kevin no se había dado cuenta de lo intimidante que podía ser el perro hasta aquel momento. Debajo de todo aquel pelo, era fácil olvidar que todavía había un perro allí, con unos dientes muy grandes.
—Lo siento —dijo Kevin—. No vi que este era, er… su sitio.
—Espera a que me levante —dijo el hombre—. ¡Os mataré a ti y a tu chucho!
Lo espantoso era que parecía que lo decía en serio. Lo mejor que se le ocurrió a Kevin que podía hacer fue coger la escopeta que ahora estaba en el suelo y llevársela mientras retrocedía hasta la puerta lo más rápido que pudo. Por lo que veía, ahora el arma estaba vacía, pero aun así no le apetecía darle la oportunidad de recargarla al señor. Abrió la puerta y salió, abandonando incluso las provisiones robadas con las prisas por hacerlo.
—Vamos, Bobby —gritó Kevin y el perro fue corriendo hacia él. Kevin cerró la puerta de golpe e hizo todo lo que pudo para usar la escopeta para calzarla, ya que el arma no servía de mucho sin proyectiles. Pensaba que no duraría mucho.
—Tenemos que salir de aquí —dijo. Las chicas lo miraron como si fueran a discutir, pero Kevin negó con la cabeza—. Ahora.
Bobby saltó dentro del sidecar de Chloe, así que Kevin cogió el de Luna. Tanto Chloe como Luna se montaron en sus motos y los tres se marcharon a toda velocidad justo cuando vino el ruido de un disparo tras ellos.
—¿De qué va todo esto? —preguntó Luna.
—Un tío loco con una escopeta —dijo Kevin, respirando con dificultad—.

Bobby me salvó de él. Tuve que dejar todo lo que había cogido.
—Al menos tenemos gasolina —dijo Luna—. Deberíamos llegar a Sedona sin problema.
Continuaron en dirección al este y, a su alrededor, el paisaje rápidamente se convirtió en desierto, las colinas y las montañas se extendían en la distancia más allá de la autopista, sin ninguna señal de alguien alrededor hasta donde alcanzaba la vista al principio.
—Esto es hermoso —dijo Chloe gritando desde su moto—. Un poco duro, pero no se parece en nada a donde yo vivía.
—¿Dónde era eso? —le respondió gritando Kevin.
Chloe negó con la cabeza.
—Da igual. De todos modos, nunca voy a volver.
Seguían la marcha y Kevin intentaba mirar a los mapas que Leon les había dado para hacerse una idea de dónde estaban. Era un poco extraño tener que fiarse de un mapa de papel anticuado como este en lugar de un teléfono, pero aunque este sistema aún funcionara, Kevin no tenía un teléfono con él y no hubiera querido arriesgarse a que los extraterrestres supieran dónde estaba aunque lo hubiera tenido.
Tenían que fiarse del mapa y, por suerte, la ruta parecía bastante sencilla: fueron hacia el este hasta alcanzar la salida de la ciudad de Brenda y, a continuación, atravesaron una serie de pueblos pequeños, en dirección al noreste. Era sencillo y evitaba ir directamente a Phoenix donde Kevin no tenía ninguna duda de que abría los mismos peligros que había habido en LA.
—Estoy aburrida —dijo Chloe después de un rato—. Aquí hay demasiado de nada.
—Pensaba que habías dicho que era hermoso —replicó Luna mientras seguían la marcha.
—Puede ser hermoso y también aburrido —replicó Chloe.
Apareció una señal en la autopista. Al principio, Kevin dio por sentado que estaría anunciando un área de descanso o un pueblo pequeño del camino. Después vio el cuerpo que había atado a ella, cubierto de sangre. Más sangre cubría lo que fuera que la señal decía originalmente, sustituyéndolo con las palabras «Territorio de los Halcones del Demonio: no pasar».
—Creo que puedo vivir con el aburrimiento —dijo Kevin, tragándose su miedo al pensar que habían pasado la señal. Pero tenían que llegar a Sedona.
—¿Alguien más tiene la sensación de que debería estar más acojonado al ver un cuerpo? —preguntó Chloe.
Luna encogió los hombros.
—¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Después de todo lo que ya hemos visto?
Tenía algo de razón. Las dos la tenían, a su manera. Hace unas semanas, a Kevin le hubiera aterrorizado ver un cuerpo así. Probablemente, le hubiera hecho parar a mirar y, quizás, vomitar.
Sin embargo, ahora había visto gente herida y asesinada. Los había visto

convertirse en las marionetas de los maestros extraterrestres y, de algún modo, eso parecía peor que morir sencillamente. El hombre de la señal era básicamente un espantapájaros muy ensangrentado, y en el mundo había muchas más cosas de las que era mejor tener miedo.

—Sigo diciendo que no deberíamos quedarnos mucho tiempo —dijo Kevin.

—Sí —dijo Chloe, mirando nerviosa a su alrededor.

Continuaron por la autopista y Kevin sentía como si unos ojos le quemaran todo el rato desde algún lugar más allá de la carretera. Algo le decía que si paraban en este tramo de carretera, si se quedaban sin gasolina o una rueda reventaba, los tres podrían acabar como quienquiera que estuviera atado a la señal. Aunque no veía a nadie, estaba seguro de ello, y su corazón le daba golpes en el pecho durante todo el rato hasta llegar al lugar donde había una señal igual de horripilante al otro lado del territorio de los vigilantes, amenazando a la gente que venía por el otro lado.

Incluso cuando ya la habían pasado, Kevin continuaba mirando hacia atrás hasta que habían pasado al menos unos cuantos kilómetros más. Empezaba a relajarse de nuevo cuando vio algo muy diferente más adelante.

—¿Veis eso? —preguntó, señalando—. Creo que tenemos que salir aquí. Creo que es un centro comercial.

Brillaba desde fuera de la autopista, presuntamente en las afueras de algún pueblo pequeño. Mirándolo, Kevin tenía la sensación de que probablemente era casi tan grande como el resto del pueblo, quizás estaba allí para atraer las miradas de la gente que pasaba por la autopista principal. La suya, desde luego, la había atraído.

—Allí podría haber cualquier cosa —puntualizó Luna—. Podría haber extraterrestres.

—También podría haber provisiones —dijo Kevin. Era muy consciente de que no había podido coger ninguna en la gasolinera.

—Yo tengo hambre —dijo Chloe.

Bobby ladró de acuerdo.

—Y tendremos que acampar —dijo Kevin—, así que necesitaremos… no sé, tiendas de campaña y cosas.

—Supongo —dijo Luna.

—Irá bien —dijo Kevin. No estaba seguro de si estaba intentando tranquilizarla a ella o a sí mismo—. Iremos con cuidado.

Salieron de la autopista, en dirección al centro comercial. Brillaba en contraste con los tonos polvorientos de sus alrededores, el aparcamiento se extendía delante y estaba lleno de coches que supuestamente habían estado allí desde el momento en que llegaron los alienígenas.

—Esperemos que no haya nadie allí —dijo Chloe.

Kevin también lo esperaba, pues tenía el aspecto del tipo de lugar que la gente podría adjudicarse si estaban intentando sobrevivir, y el tipo de lugar que podrían intentar defender si la gente tenía la intención de robar de él. Si ellos tres hubieran estado buscando un lugar para esconderse, incluso Kevin lo

hubiera sugerido, pero tenían que llegar a Sedona, y a la nave que esperaba que todavía estuviera cerniéndose sobre ella.
—Cuidado —dijo Luna cuando se disponían a entrar—. Mirad.
Había los restos de una cuerda de trampa en la entrada y marcas de quemaduras que daban a entender que había estado relacionado con algo peligroso. Dentro, Kevin vio una trampa para osos que ya se había cerrado, con sangre en sus pinchos.
—Esto no me gusta —dijo Chloe—. ¿Quién puso todas estas trampas?
—No lo sé —dijo Kevin—, pero no creo que estén aquí. Si fuera así, ¿no volverían a colocar la trampa para osos?
—Eso espero, que no estén aquí —dijo Luna—. Creo que eran mucho más peligrosos que un solo tío viejo.
Kevin asintió. Quienquiera que lo había hecho parecía haber estado dispuesto a prohibir la entrada al mundo. Mientras se adentraban en el centro comercial, había cuerda de trampa rota allá donde miraban, y los restos retorcidos de pistolas que parecían haberse equipado para disparar a cualquiera que se abriese camino entre esas cuerdas de trampa. Había quemaduras y secciones de pared rotas donde parecía que había habido explosiones, mientras que casi todos los escaparates que Kevin veía estaban hechos añicos, el cristal de seguridad estaba roto en trozos tan pequeños que parecía que en el suelo había diamantes desparramados.
—Parece que haya habido una batalla aquí —dijo Luna—. Como si alguien hubiera intentado no dejar entrar a los controlados, o a otra persona, él solo.
—Pero no creo que lo lograran —dijo Kevin, mirando a los escombros—. Parece como si no paraban de llegar personas que intentaban entrar.
—Este lugar es raro —dijo Chloe—. ¿Dónde están todos los cuerpos?
Esa era una buena pregunta. Después de una batalla como esta, debería haber cuerpos. No es que Kevin quisiera verlos, pero era extraño.
—No creo que debamos quedarnos más tiempo del necesario —sugirió—. Cojamos lo que necesitemos y salgamos de aquí.
Luna asintió.
—A mí me parece bien. Este sitio me está empezando a dar yuyu.
Empezaron a rebuscar por el centro comercial, en busca de provisiones. Encontraron una tienda de artículos de exterior y cogieron mochilas y sacos de dormir, tiendas de campaña, filtros de agua y un hornillo de camping, intentando ignorar cómo el espacio alrededor de los armarios de armas ahora era un mugrero ennegrecido. Kevin se dirigió hacia una tienda de mascotas y cogió comida enlatada para Bobby y, a continuación, se dirigió hacia una tienda de comida para coger provisiones para ellos tres.
Chloe ya estaba allí en la puerta, con la nariz ligeramente arrugada.
—Aquí dentro huele a cubo de basura —dijo.
—Supongo que hace días que los congeladores no están encendidos —dijo Kevin. Pensó en toda la comida que se estaría pudriendo por todo el país, y en el mundo. Pronto, la única comida que quedaría sería la que estuviera

enlatada, o cualquier cosa que la gente pudiera cazar o cultivar por sí misma. Cogieron latas de comida y las metieron en sus mochilas junto con botellas de agua. Ahora, por lo menos, tenían suficiente para vivir durante días, o semanas. Dado lo que iban a hacer a Sedona, eso sería más que suficiente o para salvar el mundo, o… no, Kevin no quería pensar en la alternativa.
—¿Tenemos todo lo que queremos? —preguntó Luna. Parecía que había estado ocupada robando la mitad del contenido de una ferretería y lo había añadido a su mochila. Kevin asintió—. Entonces creo que deberíamos continuar antes de que aparezca alguien más.
Eso era lógico. Aunque ahora no había nadie aquí, un lugar así probablemente atraería a cualquiera que pasara, y no había ninguna garantía de que fueran amables.
Los tres volvieron a sus motos, y partieron de nuevo hacia la carretera.
—No creo que lleguemos a Sedona antes de que anochezca —dijo Kevin—. ¿Vamos a conducir de noche o…?
—Yo voto que acampemos —dijo Luna.
—Yo ya he dormido al aire libre muchas veces —dijo Chloe. No parecía tan contenta con ello como Luna, pero no parecía importarle—. Tenemos que encontrar algún sitio mientras todavía hay luz.

***

Continuaron por la carretera durante un rato, pero la mayor parte del paisaje parecía tener un aspecto árido. Al final, lo único que tenían que hacer era escoger un sitio donde hubiera por lo menos unos cuantos árboles para que fuera más difícil que alguien los viera, salir de la carretera y empezar a montar un campamento.
Dejaron las motos encaradas hacia la carretera para que fuera más fácil salir a toda prisa si tuvieran que hacerlo y después montaron las tiendas con el hornillo de camping entre ellas mientras empezaba a oscurecer lentamente.
—El cielo por la noche mola cuando estás tan lejos de todo —dijo Luna.
Era cierto. Sin las luces brillantes de la ciudad a su alrededor, Kevin podía ver todas las estrellas que había, brillando en constelaciones, le hacían preguntarse cuántos otros mundos había allí fuera. Por lo menos había dos mundos en los que había alienígenas, así que ¿por qué no podía haber cientos? Tal vez todos no fueran invasores, dispuestos a saquear todo lo que tuviera valor…
Inevitablemente, a Kevin se le desvió la mirada hacia donde la nave principal de los extraterrestres colgaba del cielo como una segunda luna. En la oscuridad, veía el parpadeo de las luces cuando las otras naves iban y venían a toda prisa, trayendo gente y recursos robados y despojando a la Tierra de todo lo que tenía.
—Pararemos esto —dijo Chloe, que estaba a su lado—. Tenemos que hacerlo.
—Ahora tenemos el virus —dijo Luna—. Los otros extraterrestres dijeron que si encontrábamos algo lo suficientemente antiguo, eso los pararía, y lo

hicimos. Podemos hacerlo.
Kevin asintió. Tenía que creer que podían hacerlo. Tenían un arma que potencialmente podía detener a los invasores de golpe. Tenían la ubicación para una de las naves de transporte grandes que llevarían el virus de vuelta y mañana iban a llegar a ella. Después de todo lo que habían pasado para llegar hasta aquí, después de todo lo que había sufrido el mundo, Kevin necesitaba creer que esto funcionaría.
Lo lograrían, porque si no lo hacían, ¿qué esperanza tenía el mundo?

CAPÍTULO DIECISIETE

Kevin se levantó temprano al día siguiente, dio de comer a Bobby y lo llevó a dar un breve paseo por el desierto. El perro pasó casi todo el rato intentando coger algo pequeño y peludo que desapareció en una madriguera antes de que Kevin pudiera verlo bien.

—Seguramente este viaje no te parece muy divertido —le dijo Kevin al perro—. Pero yo me alegro de que estés aquí.

El perro se frotó la nariz contra su pierna y regresaron al campamento. Las otras se estaban despertando, Luna estiraba como un boxeador que va a pelear con alguien, Chloe salía de su tienda de campaña con cuidado, como si esperara que el peligro la estuviera aguardando.

Kevin cogió una lata de su bolsa para desayunar, aunque como la etiqueta se había desenganchado dentro de su bolsa, no podía saber qué podría ser hasta que la abriera. Ahora mismo, suponía que no importaba demasiado. Resultó ser fruta en conserva. Comieron un poco de fruta, recogieron el campamento y se prepararon para continuar.

—Deberíamos llegar a Sedona hoy —dijo Kevin, comprobando sus mapas.

—Entonces esto puede acabar —dijo Chloe.

—Realmente podemos vencerlos —añadió Luna—. ¿Qué vas a hacer cuando los extraterrestres hayan desaparecido, Kevin?

Hacía que pareciese muy fácil, como si todos se hubieran marchitado ante el virus que Kevin llevaba y todo esto hubiera terminado en un instante. Como si la enfermedad de Kevin hubiera desaparecido en el mismo momento. Aun así, le siguió la corriente. Hoy necesitaban esperanza.

—Supongo que ir a ver a mi madre —dijo. La posibilidad de que podría recuperar a su madre cuando todo esto hubiera acabado bastaba para hacerle continuar, pasara lo que pasara.

—Yo también quiero encontrar a mis padres —dijo Luna—, quiero que las cosas sean normales. Solo casa, vida, escuela… ¡nunca imaginé que echaría de menos la escuela! ¿Y tú, Chloe?

Chloe encogió los hombros y Kevin se dio cuenta de que seguramente no había mucho del viejo mundo que quisiera recuperar.

—Será una oportunidad para construir una nueva vida —le sugirió Kevin.

—Tal vez —dijo ella. No parecía convencida—. Parece que vosotros vais a volver a todo y yo… no.

—No te vamos a abandonar, Chloe —dijo Kevin—. No haríamos eso.

—La gente abandona a la gente —dijo Chloe—. Eso pasa.

Parecía muy desamparada ante la expectativa, justo en el momento en el que necesitarían toda la esperanza que pudieran conseguir para llevar a cabo lo de hoy.

—Nadie va a abandonar a nadie —dijo Luna—. Somos tus amigos.

Chloe se rió.

—La mayor parte de las veces no te gusto.
Luna encogió los hombros.
—Eso no cambia nada. Vamos a hacer esto y lo vamos a hacer juntos.
—Vale —dijo Chloe, haciendo un pequeño gesto con la cabeza.
Recogieron sus cosas, las colocaron en las motos y partieron hacia la carretera una vez más. Como ahora estaban fuera de la Interestatal 10, empezaron a pasar por pequeños pueblos abandonados, algunos de ellos parecían tan destartalados que parecía que llevaban años así.
—Cuesta decir qué se debe a los extraterrestres y qué se debe a que la gente se marchara —dijo Kevin.
Luna señaló con la cabeza hacia un edificio donde las paredes de madera se habían podrido, así que parecía que podrían caerse en cualquier momento.
—Quizás este era un pueblo fantasma de todos modos.
Kevin de alguna manera también lo esperaba, porque al menos esto querría decir que este pueblo no había visto cómo arrancaban a toda la gente con el control de los alienígenas, o los echaban aquellos que veían la violencia como la única manera de sobrevivir a lo que se avecinaba.
Entonces vio a la familia, caminaban por la carretera mirando a su alrededor como si buscaran un lugar donde esconderse. Eran los padres que aparentaban unos treinta años, junto con una niña y un niño que eran realmente pequeñitos, que caminaban de la mano de sus padres. Empezaron a retroceder hacia una de las casas cuando Kevin y las demás se acercaron, pero Kevin les saludó con la mano.
—Eh, no pasa nada. No os vamos a hacer daño.
La familia todavía parecía bastante asustada, el padre puso a sus hijos detrás de él mientras la madre levantaba un palo de excursionista como si fuera una buena arma.
—Quedaos atrás —dijo el hombre, y después frunció el ceño—. Eh, espera, sois unos niños…
—Sin embargo podrían ser como ellos, Henry —dijo la mujer—. Aun así podrían ser extraterrestres.
—Los controlados no hablan —puntualizó Kevin—. Y podéis mirarnos a los ojos si queréis.
—¿Para qué? —dijo el hombre.
Kevin echó una mirada a Luna, sorprendido de que aquella gente no lo supiera. Ella encogió los hombros.
—A las personas que están controladas se les vuelven blancas las pupilas —explicó Kevin.
—Y el que no hablen, y toda la persecución a la gente para intentar convertirlos son señales reveladoras —dijo Luna.
Entonces el hombre parecía enfadado.
—No hagáis bromas con esto. La gente está perdiendo la vida, mientras vosotros vais por ahí en unas motos que no aparentáis suficiente edad para conducir.

—Si tuvierais algo de decencia, nos las daríais —dijo la mujer—. Mis pequeños han tenido que andar kilómetros.
Kevin negó con la cabeza.
—Lo siento. Las necesitamos para intentar parar todo esto.
—¿De verdad pensáis que vais a parar esto? —dijo el hombre con un tono evidentemente incrédulo—. No seáis estúpidos.
—No somos estúpidos —dijo Chloe—. Y nos paramos porque pensamos que podríamos ayudaros.
—Entonces prestadnos vuestras motos —dijo la mujer—. Estamos intentando llegar a un lugar seguro.
—No hay ningún lugar seguro —dijo Luna—. Estaréis mejor quedándoos aquí.
—¿Qué nos quedemos aquí? —dijo el hombre—. Pero si aquí no hay nada. No hay comida, no hay agua. Nada.
—Tomad —dijo Kevin. Sacó algo de comida y agua de su mochila y se lo lanzó.
—¿Ya está? —dijo la mujer—. ¿Cuánto tiempo creéis que vamos a sobrevivir con esto? Henry, lo que necesitamos son las motos.
El hombre asintió y dio un paso adelante, pero se detuvo cuando Bobby gruñó, desde lo más profundo de su garganta.
—Yo no lo haría —dijo Luna. Puso su moto en marcha y se marchó, seguida de Chloe.
—Ojalá pudiéramos hacer más por ellos —dijo Chloe mientras los tres se alejaban.
Eso cogió un poco por sorpresa a Kevin. Entonces recordó que ella sabía mejor que ninguno de ellos lo que era estar en la calle sin ningún lugar al que ir.
—Intentaron robarnos nuestras cosas —remarcó Luna.
—Nosotros lo robamos primero —dijo Chloe.
—Pero por lo menos podrían haber sido agradecidos —dijo Luna.
—No se ayuda a la gente para que te lo agradezcan —dijo Chloe—. Los ayudas porque son personas y lo necesitan.
Se detuvieron , ahora apenas se veía a la familia, y se acabaron algunas de sus propias provisiones.
—Además, tienen niños pequeños —dijo—. Tenemos que ayudarlos de alguna manera.
—Lo haremos —dijo Kevin—. Si conseguimos salvar al mundo, eso ayuda a todo el mundo, ellos incluidos.
—Me lo imagino —dijo Chloe—. Pero no lo soluciona todo. Incluso aunque todos los extraterrestres se marcharan ahora mismo, muchas cosas cambiarían.
—Pienso que la gente intentaría volver a la normalidad —dijo Luna.
—Lo intentarían —le dio la razón Chloe—, pero mucho habría cambiado. Habría mucha gente muerta, incluso si todos los que fueron convertidos volvieran a transformarse, y todo el mundo habría pasado por este gran

trauma…
—Todo puede volver a estar bien —insistió Luna, que parecía necesitar creerlo. Kevin podía imaginar por qué. Si todo podía ir bien, entonces había un mundo en el que ella podría volver a casa con sus padres y no habría ningún problema.
—Las cosas pueden mejorar —dijo Chloe—, pero habrá muchas cosas que solucionar. La gente tendrá que reconstruir. Esto llevará tiempo.
—Y todavía tenemos que encargarnos de los alienígenas —dijo Kevin. Miró atrás hacia la manchita que era la familia—. Deberíamos continuar. Creo que se están acercando.
Se alejaron acelerando, en dirección a Sedona.
A su alrededor, un paisaje incesante de sombras arenosas de marrón, mientras el calor de Arizona empezaba a molestar a Kevin; sudaba tan solo por estar sentado en el sidecar.
—¿Quieres conducir un rato? —le preguntó Luna.
—¿Yo? —dijo Kevin—. ¿Y si yo… ya sabes, me desmayo?
—¿Te ha pasado hasta ahora? —preguntó ella.
Kevin negó con la cabeza.
—Bien. La carretera está más despejada de lo que estará jamás. ¿Quieres probarlo?
Kevin asintió y se hicieron a un lado para poder reorganizarse. Luna se metió en el sidecar al lado de Kevin.
—Vale —dijo—. Esto es el acelerador, lo giras para ir más rápido. Esto es el freno. Y esto es para las marchas.
—¿Ya está? —dijo Kevin—. ¿Eso es todo lo que me vas a explicar?
Luna encogió los hombros.
—Yo no soy una experta en motos. El mejor consejo que te puedo dar es "intenta no chocar con nada".
—¿Estás segura de querer ir en el sidecar conduciendo yo? —preguntó Kevin —. Quiero decir, ¿y si choco?
—¿Y no pasaría nada si chocaras con Bobby? —replicó Luna—. Confío en ti. No chocarás. Además, la alternativa es compartir una moto con Chloe y, puede que me haya salvado la vida, pero existen unos límites.
Kevin no discutió, sencillamente arrancó la moto… e inmediatamente la caló.
—Dejad de reíros de mí —dijo ante las las risitas de Luna y Chloe—. Es más difícil de lo que parece.
—A nosotras también nos pasó —dijo Chloe.
Kevin lo intentó de nuevo y, esta vez, consiguió que la moto corriera la distancia suficiente para ponerla en marcha.
—Funciona —dijo—. ¡Lo estoy haciendo!
—Genial —dijo Luna—. ¿Y si, tal vez, fueras un poco más rápido que si fueras de paseo?
Kevin aceleró y muy pronto iba como volando por la autopista, siguiendo la moto de Chloe y sintiendo cómo el viento soplaba delante de él. Era mucho

más emocionante de lo que había sido estar sentado en el sidecar y, al mirar a Luna, entendió que ya podría estar arrepintiéndose de su decisión de dejarle el sitio.
—La próxima vez que paremos, volveremos a cambiar —sugirió Kevin.
—Seguramente tú seguirás conduciendo hasta llegar a Sedona y no pararás entonces —dijo Luna.
Era tentador hacerlo, pues Kevin se lo estaba pasando muy bien así. No tenía la suficiente seguridad como para empezar a hacer carreras, tal y como lo habían hecho antes las chicas, pero ahora la moto por lo menos iba a toda velocidad, y era difícil ir para atrás en la emoción de ir tan rápido.
Aun así, conducir una moto así era más esfuerzo físico del que Kevin había pensado. Luchar para controlar la moto le recordaba lo mucho que él tenía que luchar por controlar su cuerpo la mayor parte del tiempo. Probablemente era el momento de detenerse, especialmente porque se estaban acercando a Sedona.
—Más adelante hay un mirador —dijo Chloe—. Desde allí, deberíamos poder ver hacia dónde vamos.
Aparcaron a un lado de la carretera, y Kevin agradeció hacerlo en aquel momento. Por muy divertida que fuera la moto, no estaba seguro de que pudiera haberla conducido mucho más rato. Se bajó y caminó hacia el borde del mirador, donde ya estaba Chloe.
—Sedona está allí —dijo, señalando—. Si miras, lo verás.
A Kevin le pareció verla, en la distancia. Desde aquí, era una línea fina en contraste con el horizonte, pero a Kevin le interesaba más lo que había por encima de ella. Una de las naves de los extraterrestres del tamaño de una ciudad estaba allí colgada, con aspecto amenazante, y unas nubes diminutas bajaban flotando a la superficie y se elevaban de nuevo.
—Allí hay movimiento —dijo Kevin.
—Son muchos —le dio la razón Chloe—. ¿Realmente podemos sobrevivir a todo esto?
—Encontraremos la manera —le aseguró Kevin.
—Lo haremos —dijo Luna, acercándose a ellos—. Y a mí no me preocupa cuántos controlados haya.
—A mí un poco sí que me preocupa —dijo Kevin—. O sea, preferiría que no hubiera demasiados.
—Está bien que haya muchos extraterrestres —dijo Luna—. Significa que podemos llegar hasta ellos.
Kevin deseaba compartir su confianza, o tal vez solo era determinación. Kevin, desde luego, la tenía. Costara lo que costara, iba a llevar el virus a aquella nave alienígena.
—Cuesta creer que estemos tan cerca de terminar con esto —dijo Chloe. Se dirigió a ellos—. Yo quería decir que, si algo va mal…
—Nada va a ir mal —dijo Luna.
—Eso no se puede saber —dijo Chloe—. Pero en cualquier caso, quería

decir… que está bien tener amigos de nuevo. Me gustáis los dos.
—A nosotros también nos gustas tú —dijo Kevin.
Luna no dijo nada, pero asintió de mala gana. Alargó una mano.
—Amigas.
—Amigas —repitió Chloe, poniendo su mano encima de la de Luna.
—Amigos —dijo Kevin, poniendo su mano encima.
Se quedaron allí un momento más, y después llegó el momento de bajar allí y hacerlo de verdad. Volvieron a las motos y empezaron a conducir hacia Sedona, Kevin sentía que la tensión crecía cuanto más se acercaban. Ahora solo había un par de pueblos pequeños entre ellos y la nave extraterrestre, y Kevin se puso a darle vueltas a todo dentro de su cabeza, a pensar en lo que tendrían que hacer para meter realmente el virus dentro de la nave.
Todavía estaba pensando en eso cuando vio las barricadas más adelante, obstruyendo la carretera. Parecía que las habían construido con una combinación de muebles y los coches abandonados que parecían estar por todas partes. Una señal grande con las palabras «Retroceded, alienígenas más adelante» estaba clavada en la barricada. Aparte de eso, la calle parecía abandonada.
Redujeron la velocidad y se detuvieron enfrente de la barricada improvisada.
—Tendremos que retirar algo de esto si vamos a atravesarlo —dijo Kevin.
—Y vamos a tener que hacerlo rápido, antes de que quienquiera que construyera esta barricada vuelva —dijo Luna.
—Er… —empezó Chloe—. Creo que podría ser un poco tarde para eso.
Salieron unas siluetas de los edificios circundantes, jóvenes y por suerte moviéndose sin la espantosa sincronización que podría haberlos señalado como controlados por los alienígenas. Si eso hizo que Kevin suspirara aliviado, los garrotes, los martillos, los cuchillos y las botellas que tenían en las manos, no.
Miró hacia atrás, intentando ver si había una salida de allí. Más jóvenes salieron de los edificios que había detrás de ellos, encerrándolos, rodeándolos de manera que incluso aunque intentaran volver por donde habían venido, se los encontrarían en medio.
Sin saber qué más hacer, Kevin bajó de la moto. La nave alienígena estaba tan cerca que parecía que si estiraba el brazo podía tocarla pero, ahora mismo, para el caso podría haber estado al otro lado de la galaxia.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Habéis venido al sitio equivocado —dijo un chico al frente del grupo—. Aquí no nos gustan los motoristas.

Tenía un cuchillo plegable en la mano que abría y cerraba mientras hablaba. Kevin hubiera pensado que era una costumbre nerviosa, pero era a él a quien la costumbre estaba poniendo nervioso.

—No somos motoristas —dijo Kevin—. Solo cogimos prestadas las motos para poder llegar a un sitio.

—Por aquí no hay nada más que eso —dijo el chico, señalando a la nave que colgaba sobre Sedona.

—En ese caso, qué bien que sea allí donde estamos intentando llegar —dijo Luna. Aparentemente, la amenaza de todas las armas que había allí no la intimidaban, o tal vez lo hacían, y Luna solo estaba reaccionando como siempre reaccionaba Luna cuando alguien la amenazaba.

—No hagas que me enfade —dijo el chico que parecía ser el responsable—. No has visto las cosas que pueden pasarte si me haces enfadar.

—Por ahora —dijo Luna—, he visto personas controladas intentando matarme, tiburones intentando comerme, hombres con pistolas intentando dispararme y una tormenta intentando ahogarme. Ah, y he sabido que el mundo seguramente va a explotar pronto. ¿Tú qué tienes comparado con eso?

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Chloe a Kevin—. Parece que esté buscando pelea.

—Er… probablemente esté —dijo Kevin. A Luna no se le daba bien echarse atrás.

Desde luego, no parecía lo adecuado para decir a una banda así. Necesitaban arreglarlo hablando, no buscando aquí una pelea que no podían ganar.

—Mira —dijo Kevin—, nosotros estamos aquí para intentar ayudar. Pensamos… pensamos que podríamos haber encontrado una manera de parar todo esto.

El líder de la banda lo miró fijamente.

—¿Y un niño como tú cómo sabe la manera de parar algo así? —preguntó, señalando hacia la nave extraterrestre—. ¿Qué vas a hacer? ¿Dispararle con una pistola de rayos de juguete y tener esperanzas de que se vaya?

—Hemos encontrado un virus para el que pensamos que los extraterrestres no están preparados —dijo Chloe—. Pensamos que podría salvarnos a todos.

El líder de la banda se rió.

—¿De verdad crees que me voy a creer eso? —Kevin vio que miraba a Chloe de arriba abajo—. ¿Y qué estás haciendo con un niño como este, chica? ¿Por qué no te unes a nosotros y yo te doy una mejor vida?

Kevin vio que Chloe estrechaba los ojos.

—Eso no va a pasar —dijo.

—Entonces supongo que, en su lugar, me llevaré todo lo que tengas. Si no

luchas, incluso tienes que marcharte. Quién sabe, tal vez incluso venderé este "virus" tuyo a alguien para que juegue a vuestro juego de llevarlo hasta la nave de los extraterrestres.
—Tal vez podrías vendérselo a la pandilla del Club del Polvo y matarlos mientras lo intentan —sugirió otro de la pandilla.
—Buena idea —respondió el líder de la banda. Cuando dirigió su atención de nuevo a Kevin y a las demás, Kevin se quedó helado de miedo. Había algo duro en la mirada que les lanzó que daba a entender que no iban a poder arreglarlo hablando. Si no dejaban todo lo que la banda quería, Kevin no tenía ninguna duda de que los matarían a los tres sin dudarlo.
Kevin se bajó de la moto. Las otras hicieron lo mismo. Incluso Bobby bajó de un salto, gruñendo en voz baja dentro de su garganta.
—Si este chucho salta, lo apuñalaré y después empezaré con el resto de vosotros —avisó el líder de la banda. De nuevo, Kevin tuvo la sensación de que esperaba la oportunidad, y que la única razón por la que no lo hacía era, de todos modos, porque era más fácil hacerlo así.
—Luna, sujeta a Bobby —dijo Kevin.
—Pero Kevin, no podemos dejar que se lo lleven todo —dijo Luna—. El mensaje que oíste…
—¿Kevin? —dijo el líder de la banda—. ¿Como el chico de la tele? Dijiste que oyó un mensaje, así que es él, ¿verdad?
Algo en el modo en que lo dijo insinuaba que confesarlo no les proporcionaría la cálida bienvenida que los Supervivientes les habían dado.
—No, no soy él —dijo Kevin—. Hay muchos Kevins. Yo soy…
—Sí que eres él —insistió el líder de la banda—. Yo vi las noticias, como todo el mundo. ¡Tú eres el chico que nos traicionó y nos engañó para dejar entrar a los extraterrestres!
—Kevin no traicionó a nadie —contestó bruscamente Luna—. Le engañaron, y él intentó avisar a la gente antes de que fuera demasiado tarde. Solo que… no fuimos lo suficientemente rápidos.
Kevin hizo una mueca de dolor al recordarlo, en cómo había sido ver a los primeros científicos transformados. Entonces todavía había habido una oportunidad de parar todo esto, pero vio como se escapaba. No era la única razón por la que hizo la mueca; Luna acababa de confirmar que él era exactamente quien la banda pensaba que era.
—Tú lo hiciste —dijo el líder de la banda, haciendo gestos con la mano con la que sujetaba el cuchillo—. Tú nos hiciste esto a todos. Antes de que vinieran los extraterrestres yo tenía un hermano; ya no está gracias a ti. Todos se han ido por tu culpa.
—Eso no es justo —dijo Chloe—. Es culpa de los alienígenas. Y nosotros estamos intentando detenerlos.
—¿Intentar reparar lo que hiciste? —preguntó el líder de la banda—. ¿O es peor que eso? Tal vez la verdadera razón sea que estáis intentando llegar hasta la nave porque queréis ayudarlos más. Tal vez vais a hacer algo que nos

liquidará al resto.
—No, estamos intentando ayudar —dijo Kevin, empezando a retroceder y levantando las manos.
—No te creo —dijo el líder de la banda—. ¡Es tu culpa y vas a morir por ello!
Se lanzó hacia delante y Kevin lo empujó tan fuerte como pudo.
—¡Corred! —gritó a las demás y corrió hacia el edificio más cercano. Luna, Chloe y Bobby corrían a su lado, abriéndose camino a la fuerza a través de lo que parecía una tienda abandonada, esquivando pasillos que ya habían sido despojados por los saqueadores. Kevin oía el ruido de la banda persiguiéndolos.
Había una puerta cortafuegos por delante y Kevin impactó contra ella corriendo, le dio un golpe para abrirla y las otras le siguieron. Estaban a un extremo de un pasillo y salieron corriendo por él tan rápido como pudieron. Cuando llegaron a un cruce, Kevin señaló a la derecha.
—¡Id por allí! —chilló a Chloe y a Luna.
Las demás giraron y empezaron a correr en esa dirección, pero Kevin no. Él, en cambio, corrió hacia la derecha y se separó de ellas. Era a él a quien la banda odiaba, y a él a quien querían. Si le seguían a él, por lo menos las otras estarían a salvo. Si él también podía esconderse de ellos, entonces sería genial, pero si no podía… si no podía, entonces ¿no sería mejor que él fuera el único que resultara herido?
Kevin se metió corriendo en un laberinto de otros pasillos que se entrecruzaban y se entrelazaban entre ellos. Tras él, Kevin oía gritar a la banda.
—¡Encontradlo! ¡Separaos! ¡Quiero al niño muerto!
Kevin intentaba utilizar los sonidos de sus voces para calcular dónde estaban a su alrededor, intentando adivinar dónde estaba cada uno de los miembros de la banda. Intentaba apuntar hacia los espacios que había entre ellos, buscando una manera de llegar a un sitio seguro. Tal vez podría volver a las motos si podía llevarlos lo suficientemente lejos.
—Vamos —dijo Kevin para sí mismo—. Has esquivado a los extraterrestres. Todo lo demás debería ser fácil.
Pero no era fácil, pues este era un lugar que la banda evidentemente conocía y él no. Kevin no sabía qué callejones podrían resultar ser callejones sin salida, y qué rutas le llevaba mejor de vuelta hacia las motos. Él solo tenía que continuar, probando con la prueba y error, esperando que mientras tanto Chloe y Luna hubieran aprovechado la oportunidad para escapar.
—¡Aquí está! —gritó el líder de la banda cuando dobló una esquina un poco más lejos y lo miró fijamente. De momento, parecía estar solo, pero Kevin no iba a esperar allí a que los otros aparecieran. Salió corriendo de nuevo, con el otro chico detrás suyo todo el rato.
Giraba en esquinas al azar, sin ni tan solo calcular dónde estaba. Kevin se encontró corriendo por pequeños callejones, saltando por encima de las pequeñas vallas de los jardines y siguiendo adelante. Salió de nuevo a la calle

principal y se encontró en la parte de atrás de la barricada. Eso obstruía el camino y Kevin estaba demasiado cansado para continuar corriendo.
—¿Adónde vas a ir ahora? —preguntó el otro chico cuando Kevin se giró hacia él—. ¿Vas a seguir corriendo?
—No tienes por qué hacer esto —dijo Kevin mientras el líder de la banda empezaba a avanzar hacia él.
—Pero es que quiero hacerlo —dijo—. Es lo que mereces después de todo lo que has hecho.
Kevin se puso a reír. Nada era gracioso, pero él reía igualmente.
—¿Me lo merezco? —dijo Kevin—. ¿Cómo te llamas?
—Ty —dijo el chico.
—Bueno, Ty —dijo Kevin—. ¿Sabes cómo empezó todo esto? Un médico me dijo que me estaba muriendo. Todavía lo estoy, pero estoy viajando por todo el país para intentar detener a los alienígenas porque alguien tiene que hacerlo. Me engañaron. Engañaron a todo el mundo. Sí, podrías matarme, pero ¿sabes qué más podrías hacer? También podrías ayudarme. Dices que tu hermano ha desaparecido, pues ¿por qué no me ayudas a vengarme de los extraterrestres que lo hicieron? —Kevin sacó el vial que contenía el virus—. Si entregamos esto a la nave alienígena, se acabó. Podrías ayudarnos a hacerlo, Ty.
—O podría matarte, cogerlo y hacerlo yo mismo —dijo el chico—. Así, tú estás muerto y ellos también están muertos. Creo que esto es lo que haré.
Él continuaba avanzando y Kevin buscaba a su alrededor algún lugar hacia el que correr, pero no había ningún sitio. Estaba atrapado contra la barrera y, si corría hacia allí, entonces Ty lo atraparía incluso antes de que la pasara. Kevin guardó el vial, con la esperanza de que estuviera a salvo, y se preparó para por lo menos empujar de nuevo a Ty.
Entonces vio que una forma grande y peluda aparecía saltando ante su vista, y Kevin no pudo evitar sonreír, ya que Luna y Chloe le seguían.
Bobby ladró, se estrelló contra Ty por un costado, le mordió y lo derribó solo con su peso. Luna y Chloe fueron corriendo a toda prisa detrás de él, le cogieron los brazos a Ty y los sujetaron para que no pudiera apuñalar al perro. Luna pisó la mano en la que Ty tenía el cuchillo de una manera que a Kevin le pareció muy peligrosa, antes de volver a mirar a Kevin enfadada.
—No hace falta que salgas corriendo y te maten así —dijo Luna—. No nos engañes. Los amigos no hacen eso.
—Pensaba que os estaba protegiendo –dijo Kevin.
—No tienes que decidirlo por nosotras —añadió Chloe. Soltó a Ty y se levantó. Bobby y Luna eran más que suficientes para retener a Ty—. Estoy muy enfadada contigo por haber escapado así, Kevin. Me asustaste. Pensaba…
—Chloe —dijo Luna—. Tenemos que salir de aquí antes de que vengan los demás.
—Vale, vale —dijo Luna—. Kevin, ayúdame a mover algunos de los

obstáculos.
Kevin se acercó con ella a la colección de cosas que formaban la barricada, para intentar encontrar los trozos que podrían mover. No los coches, evidentemente, pero tal vez algunos de los trozos de madera, o los muebles, o…
—Ayuda —empezó a gritar Ty—. ¡Ayuda! ¡Están aquí!
Kevin vio que Luna le tapaba la boca con la mano, pero era demasiado tarde. Kevin sintió que el miedo crecía en su interior cuando empezó a quitar trozos de la barricada de nuevo, incluso aunque imaginaba que no sería lo suficientemente rápidos.
Aparecieron en la calle, avanzando hacia ellos tres y, esta vez, Kevin imaginó que no habría ninguna manera de escapar. Ahora todos los miembros de la banda parecían decididos, su surtido de armas alzado y listo para usar.
—¡Atrás! —les ordenó Luna—. Quedaos atrás o le diré a mi perro que vuestro amigo es su comida.
—¿Crees que eso cambia algo para nosotros? —preguntó otro miembro de la banda, sin dejar de avanzar.
Kevin buscó dentro de la barricada y sacó un trozo de madera que blandió delante de él. No era una gran arma, pero era mejor que quedarse allí quieto sin ningún modo de protegerse a él y a las demás. Al parecer, Chloe tuvo la misma idea, pues cogió un trozo de plástico de aspecto afilado y lo sujetó como un cuchillo. Luna buscó dentro de su mochila y sacó una navaja.
No parecía suficiente. Kevin sabía que realmente no era suficiente. De acuerdo, ahora tenían armas, y Luna siempre estaba dispuesta para pelear contra lo que fuera, y quizás Chloe sabía un par de cosas de supervivencia de su tiempo en la calle, pero el hecho era que no eran ni la mitad de ellos, eran más pequeños que los otros chicos, sus armas realmente no servían para nada y Kevin sospechaba que, de todos modos, el tipo de chicos que andan en bandas probablemente sabían más sobre lucha. Iban a morir.
A estas alturas, Kevin suponía que ya debería estar acostumbrado a esta sensación, y no solo porque le habían amenazado con un cuchillo hacía unos minutos. Desde el momento en el que el médico le había dicho lo de su enfermedad, había sabido que pronto estaría muerto. Todo lo que había sucedido desde entonces solo le había demostrado lo frágil que era todo en su vida, y lo rápido que se le puede arrebatar todo.
Debería haberse acostumbrado a ello, pero todavía le asustaba. Lo que le asustaba todavía más era que Luna y Chloe también iban a morir. Las había traído aquí con él y ahora iba a tener que mirar mientras…
El ruido de unos motores a lo lejos le cortó los pensamientos a Kevin.
—Es la pandilla del Club del Polvo —dijo uno de la banda, mirando nervioso alrededor. Los miembros de la banda no se veían tan duros ahora, y Kevin no sabía si era bueno o malo que parecieran tan preocupados. Por un lado, cualquier cosa que les hiciera dudar de acabar lo que habían empezado tenía que ser bueno. Por otro, algo que les asustara no era necesariamente nada

bueno para Kevin, Luna y Chloe.
Unas motocicletas aparecieron ante su vista y, mientras las motos de los Supervivientes eran una colección de diferentes estilos y tamaños, estas eran casi exclusivamente motos anticuadas con manillares largos e inclinados hacia atrás para circular a una velocidad constante más que para ir rápido. Los hombres y mujeres que iban en ellas llevaban monos de cuero y estos tenían parches encima en los que había representada una nube de polvo barriendo los cuernos de un búfalo. Algunos de ellos eran adultos, otros eran más jóvenes, pero todos ellos parecían duros y dispuestos a pelear con quien se encontraran. También eran muchos; fácilmente tantos como en la banda de Ty.
Se acercaron más y las motos retumbaron hasta detenerse cerca de la barricada. *Retumbar* era también la palabra correcta pues a Kevin le parecía que la vibración de sus motores traqueteaba hasta llegar a sus huesos.
Un hombre barbudo parecido a un oso se bajó de la primera moto y cruzó sus brazos musculosos mientras miraba fijamente la escena que Kevin y los demás presentaban. Kevin no le podía ver los ojos gracias a unas gafas oscuras de aviador, pero tenía la sensación de que el hombre estaba interiorizando cada detalle de la situación en esos dos primeros segundos.
—Bueno, Ty —dijo—. Creo que tú y tus amigos tenéis que dar alguna explicación.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Kevin estaba mirando fijamente a los moteros, agradecido de que su llegada hubiera interrumpido a la banda antes de que pudieran atacar, pero igual de nervioso por su presencia. Parecían mucho más duros y más violentos que los chicos de la banda de Ty, así que ¿por qué iban a hacer otra cosa que no fuera unirse a la matanza?

—Creo que será mejor que dejes que Ty se levante para que pueda contestar, señorita —le dijo el hombre a Luna y Kevin hizo una mueca al oírlo. Hasta el momento, había ido más o menos bien.

—No me das miedo —dijo Luna.

Para sorpresa de Kevin, el hombre sonrió.

—No, no creo que te dé miedo. Aun así, me gustaría oír lo que tiene que decir Ty, así que deja que se levante, por favor.

Luna dio un pasó atrás y Kevin le tendió la mano a Bobby.

—Vamos, Bobby.

El perro fue corriendo para que lo acariciaran y Ty se puso de pie con dificultades.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Oso —dijo—. Esto es entre ellos y yo.

—Si solo fuera entre tú y ellos, diría que tienes un problema, Ty —dijo aquel hombre grande. Realmente parecía un oso, entre la barba y su corpulencia—. Te abatieron. Lo que yo veo es que, si tienes que llamar a todos tus chicos para que te ayuden, yo tengo que preguntar qué está pasando.

Entonces se quitó las gafas y había una dureza en su mirada que hizo que Kevin quisiera dar un paso atrás. Solo lo paró la presencia de la barricada.

—¿Sabes quién son? —preguntó Ty.

—Todavía no nos han presentado —dijo aquel hombre grande—. Yo soy Oso. Estos —dijo, señalando hacia el gran grupo de moteros— son mi gente, el Club Motero del Polvo. ¿Vosotros quiénes sois?

—Yo soy Kevin —dijo Kevin—. Estas son Luna y Chloe.

—Pero ¿tú sabes quiénes son? —preguntó de nuevo Ty. Señaló a Kevin—. Él lo hizo. Es el chico de la tele, el que empezó todo esto al hablarnos de los extraterrestres.

—Ya veo —dijo Oso.

—Estamos intentando detener a los extraterrestres —dijo Kevin—. Tenemos un virus que pensamos que puede matarlos.

El motero grande levantó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Tienes algo contagioso?

Kevin sacó el vial que contenía el virus.

—Está aquí. Recibí un mensaje de los extraterrestres, de los que intentaron advertirnos acerca de los primeros. Si puedo llevar esto hasta la gran nave alienígena, podría salvarnos a todos.

—No le creas —dijo Ty—. Si va a ir a la nave alienígena, ¡es para ayudarlos!

Tenemos que matarlo. ¡Yo voy a matarlo!
—¿Ah, sí? —dijo Oso de nuevo. Miró por encima del hombro—. Cachorro, ¿tú qué piensas?
Un chico, que parecía una versión en miniatura de su líder, se adelantó a la masa de moteros. No podía ser mucho mayor que Kevin y los demás, vestía tejanos y un mono de cuero de motero. Tenía un aspecto duro cuando bajó de la moto.
Miró a Kevin y después a las otras.
—Pienso que Ty no ha hecho más que mentirnos desde que lo conocimos, papá —dijo.
—Buena observación —dijo Oso.
—Pienso que si hay una oportunidad de parar esto, deberíamos aprovecharla —continuó Oso—. Además, me gustan. Van en moto, así que no pueden ser tan malos.
Kevin vio que Oso asentía.
—Ya has oído a mi hijo, Ty, y yo estoy de acuerdo. Tú y tus chicos, dejadlo en paz.
—¿Piensas que voy a dejarlo ir? —exigió Ty. Agarró el cuchillo de donde había caído en el suelo—. Lo que hizo significa que mi hermano es uno de ellos. Yo voy a…
Kevin vio que Oso movía ligeramente la cabeza hacia su hijo, Cachorro se adelantó y golpeó con fuerza a Ty. Él cayó, inconsciente antes de golpear el suelo. Hasta que no volvió a mirar, Kevin no vio el brillo del nudillero de latón en la mano de Cachorro. Unos cuantos miembros de la banda de Ty se adelantaron y, en un instante, los otros moteros estaban encima suyo dando puñetazos y patadas, dando golpes con cadenas y con garrotes cortos. Se amontonaron, gritando de alegría al hacerlo, como si no existiera nada mejor que una buena pelea.
A Kevin no le sorprendió ver que Luna corría a toda velocidad hacia delante y daba una patada a uno de los miembros de la banda detrás de la rodilla, hasta derribarlo a un nivel donde otro motero pudo darle un puñetazo y dejarlo inconsciente.
—Impresionante —dijo Cachorro, mirándola.
Kevin sintió una oleada de algo que no acababa de entender. Había algo en el modo en que Cachorro miraba a Luna que lo hacía sentir incómodo, casi enfadado. Deseaba decir que Luna era amiga suya y que alguien como aquel chico motero no debería mirarla así.
¿Estaba celoso? No, no podía estarlo. Luna era Luna; ella y Kevin no eran… bueno, eran de todo, pero eso no lo eran.
No tardaron mucho en dejar abatidos a todos los de la banda de Ty, ya sea inconscientes o quejándose en el suelo. Ninguno de los moteros parecía estar herido más allá de un par de moratones.
—¿De verdad tu nombre es Cachorro? —dijo Kevin—. ¿Y el de tu padre Oso?

—Su verdadero nombre es Jim —dijo Cachorro—. No le llames así. Y sí, yo me llamo Cachorro. Mi madre y mi padre pensaron que molaba, supongo.
A Kevin le pareció que no estaba totalmente de acuerdo con eso.
—¿Y tú en serio piensas que vas a detener a los extraterrestres? —preguntó Cachorro.
Kevin pensó en mentirle y decirle que era algo seguro, pero algo le decía que estas no eran el tipo de personas a las que se mentía.
—Eso creemos —dijo—. Sinceramente, no lo sabemos. El mensaje aconsejó un virus realmente viejo y encontramos uno en los pozos de alquitrán, así que…
—Así que esta es nuestra mejor oportunidad —dijo Cachorro.
—Probablemente nuestra única oportunidad —dijo Chloe. Miró en dirección a la nave que colgaba sobre Sedona y, a continuación, a la nave nodriza gigante que colgaba por encima de la Tierra.
—En ese caso hablad con mi padre —dijo Cachorro—. Si lo vais a hacer, necesitaréis toda la ayuda que podáis conseguir. Además —dijo lanzando una mirada de nuevo a Luna—, parece que viajar con vosotros podría ser divertido.
Kevin fue hasta Oso, se puso delante de él y alzó la vista y, a continuación, la alzó un poco más.
—Err…
—¿Quieres pedirnos ayuda para llegar a esa nave alienígena tuya?
—No es mía —dijo Kevin—. Pero… —Pensó en todos los controlados que podría haber entre ellos y la nave—. Sí, necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.
—¿Y habrá gente que intentará deteneros? —dijo Oso.
Kevin negó con la cabeza.
—Gente no.
—Ya, nos hemos topado con esas cosas. Detenerlos es muy difícil, incluso si te acuerdas de llevar una máscara.
Kevin se preguntaba a cuántos miembros de su club había perdido aquel hombre grande a manos de los extraterrestres, pero no se atrevía a preguntar.
—O sea, ¿me estás pidiendo que ponga en peligro a todos mis amigos, todo lo que queda de mi club, y a mi propio hijo por un plan del que ni tú pareces muy seguro?
—Tiene que funcionar —dijo Kevin—. Si no lo hace, el mundo está muerto. Los extraterrestres continuarán transformando a la gente y, cuando hayan acabado, harán volar el mundo por los aires.
Oso asintió.
—¿Y qué harás si hago que mi gente dé la vuelta y se marche en dirección contraria?
Kevin hizo todo lo que pudo por esconder el dolor que sintió al oír eso. No podían dar la vuelta, ¿verdad? El problema era que, evidentemente, sí que podían. Kevin había visto lo que le habían hecho a la banda. No parecía que

pudiera hacerles hacer cualquier cosa.
—¿Qué pensáis? —les gritó Oso a los otros que había por allí—. ¿Deberíamos ayudar a estos tres?
—¿Contra los controlados? —dijo una mujer—. No sería fácil.
—Podrían matarnos a todos —dijo un hombre hacia el fondo.
—Podría ser una buena pelea —gritó otro motero.
—El mundo está lleno de buenas peleas —replicó la mujer.
Kevin podía ver en qué dirección iba.
—¿Nos ayudaréis por lo menos a mover la barricada? —dijo Kevin—. De este modo, podemos continuar conduciendo.
—¿Así que continuaríais de todas formas? —dijo Oso asintiendo para sí mismo—. Eso podemos hacerlo.
Empezó él mismo a apartar la barricada, y era la suficientemente grande para mover algunos de los coches. Los otros moteros se unieron, apartando plástico y madera, metal y muebles para despejar la carretera.
—He querido hacer esto casi desde que estos imbéciles construyeron su estúpida barricada —dijo Oso.
Se dirigió hacia su gente. Hicieron un corrillo para hablar y Kevin pilló algunos fragmentos.
—… aún no sé si es una buena idea…
—… sería una gran pelea. Todos podríamos…
—… hay muchos por el camino…
Oso dio un paso atrás. Lanzó una mirada a su gente.
—¿Estamos de acuerdo? Montad, todos. Tenemos un viaje que hacer.
Kevin sintió que una ola de decepción lo inundaba. Había pensado que tal vez los moteros podrían ayudar, pero ahora parecía que se estaban preparando para irse. Tan solo en cuestión de segundos, estaban de nuevo sobre sus motos, listos para irse.
A Kevin le llevó un instante darse cuenta de que Oso y Cachorro lo estaban mirando fijamente desde la cabeza de su fila, y que no se marchaban.
—Bueno, ¿a qué esperáis? —preguntó Oso.
—¿Venís con nosotros? —dijo Kevin.
—Por supuesto que sí —respondió Cachorro—. ¿Piensas que nos vamos a perder una pelea tan buena como esta?
—Tal como lo veo yo —dijo su padre—, o podemos marcharnos y esperar a que acabe el mundo, o podemos contraatacar y acabar a lo grande. Yo… yo quiero acabar lo más a lo grande que pueda. Cachorro, tú quédate atrás.
—No, papá —dijo Cachorro.
—Todavía soy el líder de este club —dijo Oso—. Y quiero que mi hijo esté a salvo.
Kevin vio que Cachorro hacía un gesto hacia el mundo que los rodeaba.
—Entonces muéstrame dónde está la seguridad. A no ser que lo hagamos nosotros seguro.
Parecía que Oso iba a ponerse a discutir, pero después suspiró.

—De acuerdo. No voy a meterme en una pelea sin que todo el mundo sea lo suficientemente duro para sobrevivir a ella. Ahora, montad, nos vamos.
Kevin volvió a las motos y se subió a una, con Bobby en el sidecar. Luna y Chloe se miraron la una a la otra fijamente durante uno o dos segundos antes de empezar una partida rápida de piedra, papel o tijera. Luna gritó de alegría cuando ganó, mientras Chloe refunfuñó al meterse dentro del sidecar. Kevin pensó en cambiarse por ella, pero ellas dos tenían que llevarse bien en algún momento.
Su convoy cobró vida con un rugido profundo de motores, y pronto estaban circulando por la carretera en dirección a Sedona, manteniendo una velocidad constante. La nave que tenían delante era tan grande que resultaba fácil creer que estaba más cerca de lo que estaba, tal y como una montaña podría hacerlo en contraste con una planicie abierta. Era lo suficientemente enorme como para tapar el cielo de encima de la ciudad, unas naves más pequeñas bajaban a toda velocidad a Sedona y subían de nuevo mientras continuaba con su lúgubre trabajo.
Oso conducía al frente de su convoy, mientras Kevin, Luna y Cachorro conducían todos juntos en la siguiente fila, con el resto del grupo detrás de ellos. Kevin no estaba seguro de si eso era algún tipo de señal de respeto por ellos o solo era porque Cachorro quería hablar.
—¿Cómo os conocisteis vosotros tres? —preguntó.
—Luna y yo siempre hemos sido amigos —explicó Kevin—. A Chloe la conocimos cuando vino al búnker en el que nos escondíamos.
—¿Os fuisteis a un búnker cuando todo el mundo cambió? —dijo Cachorro.
Kevin asintió.
—¿Y vosotros? ¿Cómo sobrevivisteis todos vosotros al vapor?
Cachorro levantó una mascarilla a modo de respuesta.
—Las usamos para que no entre el polvo cuando estamos conduciendo. Resulta que tampoco deja entrar vapores alienígenas.
—Parece muy útil tenerla —dijo Chloe—. Yo tuve que esconderme en un congelador.
—Lo principal es que todos lo conseguimos —dijo Cachorro—. Eh, Luna, bonita chaqueta. Si salimos enteros de esta, tal vez te consiga un parche para ella.
—Eso suena genial —gritó Luna.
—Pensaba que eso significaba algo para los moteros —dijo Chloe—. Pensaba que significaba que eras un miembro, o que salías con un miembro, o algo así.
¿Era esta la manera que tenía Cachorro de pedirle a Luna que saliera con él? Kevin sintió que la misma sensación de celos de antes brotaba en su interior. No era que quisiera pedírselo él a Luna en su lugar, pues eso no es lo que eran. No era eso. Solo pensaba que había cosas mejores en las que concentrarse Cachorro cuando estaban intentando parar el fin del mundo.
—Tal como lo veo yo, si salvas el mundo, probablemente ya basta para ser un miembro —dijo Cachorro—. Estoy seguro de que mi padre estaría de

acuerdo, y eres una motera nata sobre esa moto.
—Yo la conduzco mejor que ella —dijo Chloe.
—Estoy seguro de que las dos conducís genial —respondió Cachorro, pero Kevin no oía el mismo interés en su voz que cuando hablaba con Luna.
—¿Cuánto crees que queda? —gritó Kevin como distracción.
—No queda mucho —le respondió Cachorro encogiendo los hombros—. Pronto deberíamos estar en las afueras de Sedona. Le diré a mi padre que pare para que podamos calcular qué hacemos después.
Siguió hacia delante, dejando a Kevin junto a Chloe y Luna.
—Mola mucho este tío —dijo Luna.
—No mola tanto —dijo Chloe—. No mola tanto como él se cree.
—Tú estás celosa porque no quiere hablar contigo ni darte un parche para la chaqueta.
—No lo querría —replicó Chloe—. Sabes lo que significa, ¿no? Significa que eres suya. Y yo no quiero ser de nadie, de nadie en absoluto.
Kevin se preguntaba si debía decir algo. Se preguntaba qué podía decir que no empeorara las cosas. Estaban peleando por Cachorro como si fuera algo increíble, y sí, había dejado a Ty inconsciente como si nada, y los estaba ayudando, pero le parecía que esto era demasiado.
—A ti te gusto yo más, ¿verdad, Bobby? —susurró Kevin, y el perro ladró a su lado.
Se detuvieron en el borde de Sedona y miraron fijamente a la nave que había sobre la ciudad. Incluso comparada con algunas de las otras naves que mandaba hacia abajo la nave nodriza de arriba, parecía grande –tan grande que parecía casi incomprensible que un vial de virus la hiciera desaparecer. Unas naves pequeñas iban del suelo a la nave deprisa, zumbando de un lado al otro como avispas rabiosas.
—A ver, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Oso, dirigiéndose a Kevin.
Kevin hizo todo lo posible por pensar.
—Tenemos que llevar el virus a la nave principal. Yo soy inmune a que los extraterrestres me transformen, así que yo soy el que tiene más posibilidades de hacerlo.
—Aun así, va a ser difícil llevar este vial diminuto hasta allá arriba —dijo Oso, señalando hacia donde presuntamente estaba colgando la nave nodriza en el cielo. Con la nave del tamaño de una ciudad en medio, ahora era imposible incluso verla.
—Quizás si podemos llevarlo hasta esa, bastará —dijo Chloe, señalando con la cabeza a la nave que había encima suyo—. ¿Eso no llevaría el virus a las demás?
—¿Quieres decir que no quieres que invadamos una nave del tamaño de la luna nosotros solos? —preguntó Luna.
—Aun así sí que vamos a tener que llegar a algo del tamaño de una ciudad —puntualizó Chloe.
—Aún tenemos que pensar cómo lo hacemos —dijo Kevin—. Es decir, no es

que podamos robar una de las naves pequeñas… ¿no?
—No veo por qué no —dijo Chloe—. En algún lugar tiene que aterrizar.
—Y no vamos a robar, vamos a requisar —le recordó Luna con una sonrisa.
—Reclutar, correcto —dijo Kevin. Miró hacia los moteros—. ¿Creéis que podéis acercarnos los suficiente para que reclutemos una nave?
—Es para lo que estamos aquí —dijo Oso. Se quitó su mascarilla y se la lanzó a Chloe—. Para que puedas hacerlo de verdad, sin que esas cosas te transformen.
Cachorro se quitó la suya y se la pasó a Luna. De algún modo, Kevin deseaba que hubiera sido uno de los otros moteros.
—¿Tú no la necesitarás? —dijo ella.
—No si lo lográis.
Uno de los moteros se adelantó para ofrecerle a Kevin su máscara, pero Kevin negó con la cabeza.
—A mí no me afecta.
Pero eso no significaba que estuviera a salvo. Eso no significaba que ninguno de ellos estuviera a salvo. Estos eran unos alienígenas con unas armas que podían demoler planetas, y ejércitos de personas convertidas cuyos cuerpos podían dañarse tan fácilmente como el de cualquiera, pero que aparentemente podían ignorar el dolor o los límites que la mayoría de la gente se ponía para mantenerse a salvo. Era el tipo de cosa en la que había todas las posibilidades de que no volvieran.
—Chloe, Luna —dijo—. Tal vez deberíais quedaros aquí.
—¿Estás a punto de decir algo que va a hacer que quiera darte un puñetazo, Kevin? —preguntó Luna.
—Probablemente —dijo Kevin—, pero… yo voy a morir de todos modos, y sé que soy inmune a los extraterrestres y, si esto sale mal, tal vez estaríais más seguras aquí.
—Hasta que los extraterrestres hagan volar el mundo por los aires —dijo Chloe.
—Vamos a ir contigo —dijo Luna, poniendo las manos en las caderas—. Me da igual que sea peligroso.
—Vamos a hacer esto juntos —dijo Chloe.
Luna asintió.
—Además, ¿cuándo voy a tener la oportunidad de entrar en una nave espacial de verdad?
—Pero eso podía mataros a las dos —dijo Kevin. Por lo menos tenía que intentarlo.
—Y por eso vamos a ir contigo —dijo Chloe—. Para que no te maten a ti.
Kevin suspiró. Sabía cuándo no tenía nada que hacer, y prefería enfrentarse a todos los alienígenas que había que disuadir a Luna y Chloe de algo que estaban tan determinadas a hacer. Además, por mucho que quería verlas a salvo, otra parte de él también las quería a su lado cuando lo hicieran por encima de todo.

Arrancó de nuevo su moto, mientras a su alrededor los moteros circulaban hacia delante. Era el momento en que tenían que salvar al mundo, costara lo que costara.

CAPÍTULO VEINTE

Kevin notaba que la tensión crecía mientras entraban a Sedona. Su pequeño convoy mantenía su forma, pero Kevin imaginaba que él no podía ser el único que sintiera que debería dar la vuelta, acelerar su moto y conducir hacia la seguridad. Chloe estaba pálida por la tensión. Luna parecía decidida, pero con ella eso a veces significaba que se estaba enfadando con el mundo, pues no le gustaba tener miedo.

Pero había mucho a lo que tener miedo. Por muy duros que fueran los moteros, la nave que tenían encima era del tamaño de una ciudad entera. Nadie podía luchar contra eso con cadenas y cuchillo y el resto.

—Es bastante grande —dijo Kevin.

—Tú acuérdate del virus —dijo Chloe—. Si se lo hacemos llegar, podemos ganar.

—A mí no me importa lo grande que sea —dijo Luna—. Se llevaron a mi madre y a mi padre.

Visto así, parecía muy sencillo. Tenían que hacerlo; el mundo dependía de ello. Kevin debía recordar que ellos tenían una oportunidad más buena que nadie en la Tierra. Al fin y al cabo, habían conseguido encontrar algo que debería afectar a los extraterrestres, y el hecho de que él fuera inmune a su transformación algo querría decir, ¿verdad?

Retumbaban por las afueras, sus motores hacían eco en las superficies planas de los edificios de manera que Kevin lo notaba dentro de su pecho, su potencia tamboreaba en su interior. A estas alturas, imaginaba que los extraterrestres tenían que saber que estaban llegando. Era imposible ignorar el ruido de un convoy como este.

—Cuando entremos en la ciudad, continuad —dijo Cachorro—, sin importar lo que pase.

Kevin asintió. No era necesario decir lo que podría pasar. Podía imaginárselo demasiado bien.

Las calles de la ciudad no estaban tan vacías como lo habían estado las de LA. Aquí había gente, de pie y quietos de una manera que daba a entender que estaban controlados por los extraterrestres, pero que sus controladores no les estaban prestando atención ahora mismo, en silencio en contraste con el trasfondo de la ciudad. Al principio, no se movían, pero después empezaron a girarse y a mirar fijamente mientras Kevin y los demás se acercaban, prestando atención a su llegada.

—Nunca hubiéramos entrado solos —le dijo Kevin a Cachorro.

—Podríais haberlo hecho —le respondió gritando el otro chico—. Vosotros tres ya habéis conseguido mucho.

Se hacía difícil pensar en lo mucho que les había pasado a los tres en los días anteriores. Habían regresado a la NASA; habían bajado a LA en barco; habían cruzado un tercio del país sin otra cosa que algunos mapas viejos y motos aún

más viejas. Ahora estaban a punto de enfrentarse a los alienígenas. Parecía imposible creer que hubieran llegado tan lejos.
—Sin embargo, vosotros nos salvasteis de la banda —dijo Kevin—. Gracias.
—Si nos lo queréis agradecer, salvad al mundo —dijo—. Eso es lo que importa ahora.
Esta era la parte que importaba, pero era imposible ignorar el peligro por completo. Tal vez habían personas que eran tan duras, o tan heroicas, que podían lanzarse a cargar ante el peligro sin sentir nada. Kevin no era tan duro, y más que nada, sentía miedo. Miedo de morir aquí, miedo de lo que le podría suceder al mundo si fracasaban. Miedo de lo que podía pasarles a Chloe y a Luna. Aquí había muchas cosas de las que tener miedo, pero no importaba el miedo que tuvieran, aun así tenían que hacerlo y, tal vez, esta era la parte más escalofriante de todas: que, de algún modo, Kevin era quien tenía que hacerlo, así que por mucho miedo que diera, seguiría arrastrando a Kevin al centro de todo esto.
Las personas controladas por los extraterrestres continuaban mirando fijamente, y ahora también se movían, y se metieron en la ruta de las motos como si pudieran formar una barrera con solo quedarse allí en medio.
—Recordad —dijo Cachorro—, ¡continuad!
Kevin vio que el padre de Cachorro hacía una señal con la mano a los otros moteros, y los otros miembros de su banda se adelantaron, pasando por delante de Kevin, Chloe y Luna y dispersándose a continuación delante de ellos en un prisma triangular de metal en movimiento.
Aceleraron, ya no iban a la velocidad constante que podían mantener durante horas, sino que ahora corrían a toda velocidad. Vio que Cachorro se giraba para mirarlos y levantaba una mano. Kevin no sabía si les estaba deseando buena suerte, les recordaba que se quedaran atrás o les decía adiós.
Impactaron contra la primera fila de controlados, los tiraron a un lado como unos bolos y se abrieron paso entre ellos sin reducir la velocidad. Kevin hizo una mueca de dolor al pensar en el daño que el impacto podría estar haciendo a las personas a las que los alienígenas estaban controlando, pero los moteros daban gritos de alegría cunado impactaban contra ellos, disfrutando del caos.
Se estrellaron contra otra fila de controlados y, esta vez, el impacto hizo que redujeran un poco la velocidad mientras recuperaban el equilibrio. Incluso escudados por el prisma triangular de moteros, algunos de ellos tropezaron y, aun así, alargaron el brazo hacia Kevin cuando caían al pasar por delante de él.
—Sujétate fuerte, Bobby —le dijo Kevin al perro cuando un cuerpo se estrelló contra su moto y rebotó. Kevin tuvo que pelear con los manillares para evitar que la moto se cayera y, mientras peleaba con el vehículo, se dio cuenta de que los controlados lo estaban haciendo a propósito. Se metían en el camino de las motos para intentar desequilibrarlas y derribarlas o, al menos, hacerles reducir la velocidad hasta el punto en el que pudieran agarrarlos.
Vio caer al primer motero, su moto derrapó al intentar cortar a otra media

docena de controlados. Kevin miró a su alrededor, y su instinto fue intentar ayudar, pero ya se habían echado encima del motero y lo habían agarrado. El motero peleaba, golpeó a uno y después a otro con los puños envueltos en cadenas y, por un instante, Kevin pensó que podría liberarse peleando, pero después lo agarraron y le quitaron la máscara para poder convertirlo.

—¡No reduzcáis la velocidad! —exclamó hacia atrás Oso desde la cabeza de su prisma triangular—. ¡No paréis! ¡Lo único que importa es llevar a los chicos hasta la nave!

Cayó otro motero, y después otro, derribados por los controlados. Kevin vio cómo arrastraban a una mujer grande con el pelo de punta desde su moto cuando redujo la velocidad por los constantes impactos, y ella movía un machete por todas partes con tanta fuerza que casi decapitó a uno de los controlados. Se desplomaban, inmóviles, y Kevin se vio atrapado entre la emoción de que, en efecto, se podía detener a los humanos controlados y el horror de ver que eso le pasaba a alguien que hacía poco había sido otra persona. Pero la motera no tuvo el mismo éxito espectacular con ninguno más de ellos, pues un instante después de que abatiera al primero de los controlados, media docena más se arremolinaron a su alrededor y la enterraron bajo un montón de ellos.

—¡Allí! —exclamó Oso—. ¿Lo veis?

Más adelante, Kevin vio un amplio espacio abierto, en el cual las naves espaciales más pequeñas estaban despegando y aterrizando. Descendían casi en silencio, lo que fuera que usaran para propulsarse no dejaba ningún rastro en el mundo a su alrededor. Venían y planeaban muy cerca del suelo, unos círculos de luz blanca bajaban y succionaban los suministros en su interior antes de volver a despegar. Al lado de la nave más grande parecían diminutas, pero aun así eran lo suficientemente grandes para que docenas de personas cupieran dentro, se quedaran quietas y las levantaran los rayos de luz. Algunas de las que aterrizaban descargaban a más controlados, que salían con una sorprendente resolución y se dirigían hacia coches y escaparates, desmontaban cosas y volvían a los rayos de luz con lo que fuera que hubieran recogido.

—Se están llevando todo lo que pueden —dijo Kevin—. Son como las langostas.

Podía imaginarlos yendo de planeta en planeta tan fácilmente, llevándoselo todo: cada recurso, cada material, cada persona que se metiera en su camino. Si no los detenían aquí, destruirían la Tierra y se desplazarían hasta otro mundo, y hasta otro, haciendo esto una y otra vez hasta que solo quedaran ellos en el universo.

Tenían que acabar con esto.

Kevin se agarró fuerte cuando su moto pilló a una de las personas que se metieron en su camino, y los tumbó al otro lado del sidecar. Ellos se agarraron a él, con las pupilas brillantes, pero Bobby gruñó, mordió fuerte y ellos los soltaron.

—Lo conseguiremos —dijo Kevin—. Tenemos que hacerlo.

Entonces vio que un grupo más grande de ellos se colocaba alrededor de las naves, formando un muro inhumano demasiado profundo como para atravesarlo. Frente a esto, los moteros redujeron la velocidad y, a continuación, se detuvieron.
—No podemos simplemente chocar con ellos y atravesarlos —dijo Cachorro.
Kevin asintió.
—Entonces ¿qué hacemos?
—Lo que tenemos que hacer es llegar a esas naves —dijo Luna.
Miraron a Oso, el cual agarró con fuerza los manillares de su moto.
—Retrocedamos. Estad preparados, chicos. Salid en el momento en el que esté despejado. ¡Los del Polvo, conmigo! Vamos a darle fuerte, ¡así que pegaos!
Revolucionó el motor y, hasta que no lo hizo, Kevin no se dio cuenta de lo que tenía pensado hacer aquel hombre grande.
—No tenéis por qué hacer esto —dijo.
—Sí —dijo Oso—. Si una cosa se tiene que hacer, se hace, no importa lo que cueste.
—Además —añadió Cachorro, revolucionando su motor—, aquí es donde está la mejor pelea. No nos la vamos a perder por nada. Nos vemos cuando arregléis todo esto.
—No lo hagáis —dijo Kevin, sintiéndose mal por la cantidad de personas que ya había costado esto. Los científicos de la NASA, gente de alrededor del mundo, su madre… No estaba seguro de poder seguir viendo cómo los extraterrestres se llevaban a la gente; si podía continuar perdiéndolos.
—Confiamos en vosotros —dijo Oso. Revolucionó de nuevo su motor y fue hacia delante a toda velocidad, el resto del Club Motero del Polvo salió disparado hacia los controlados junto a él. Gritaban incluso más fuerte que sus motores mientras iban como un torbellino hacia las filas de controlados y, por un instante, a Kevin le recordaron un improbable prisma triangular de caballeros que iban al ataque en una batalla.
Entonces las motos chocaron contra ellos con el espantoso ruido del metal contra la carne, los moteros saltaron hacia arriba cuando sus máquinas atacaban a las criaturas controladas que estaban esperando. Cayeron tantas de ellas en esa primera estampida que una parte de Kevin pensó que incluso podrían formar un camino a través de sus filas a base de golpes y fuerza, pero había muchos para eso.
Vio que los moteros bajaban de las motos de un salto mientras las filas de los controlados por los extraterrestres resistían, se lanzaban juntos a la lucha y les atacaban. Algunos de los controlados por los extraterrestres cayeron, sus cuerpos estaban demasiado dañados incluso para que las órdenes extraterrestres les obligaran a seguir hacia delante. Así apiñados, aparentemente acostumbrados a pelear juntos como grupo, los moteros permanecían juntos, no dejaban que los controlados los cogieran y los derribaban.

—Tal vez ganarán —dijo Luna, con una mirada esperanzada.
—Tal vez —dijo Kevin, aunque mientras lo decía , los controlados empezaban a acercarse a los moteros, haciendo un círculo con sus filas para rodearlos. Kevin vio que Oso noqueaba a uno de los controlados por los extraterrestres y después se echaba hacia atrás cuando le exhalaron vapor encima, evidentemente para intentar luchar contra la transformación. Se quedó quieto y, a continuación, se giró para agarrar al motero más cercano.
—Tenemos que irnos —dijo Chloe, señalando hacia el lugar donde habían estado todos—. Hay un agujero, ¡mirad!
Lo había. Donde los controlados habían ido en manada para atrapar a los moteros, habían dejado un espacio despejado, y una vista de la nave extraterrestre que aterrizaba que era tentadora por la oportunidad que ofrecía de acabar con esto.
Pero ese agujero no duraría mucho. Kevin ya veía que más moteros estaban cayendo, les quitaban las máscaras y los controlados por los extraterrestres exhalaban el vapor necesario para transformarlos. Entonces no importaba lo mucho que intentaran luchar; solo en unos segundos pasaban de ayudar contra los controlados a intentar derribar a sus antiguos amigos.
—Tienes razón —dijo Kevin—. Tenemos que hacerlo.
Revolucionó el motor de la moto en la que estaba sentado. Luna, sin embargo, todavía estaba sentada sobre su moto, mirando fijamente la pelea como si se estuviera conteniendo para no unirse con fuerza de voluntad. Kevin veía que Cachorro estaba allí, luchando contra dos de sus antiguos compañeros de club, dándole patadas a uno mientras intentaba apartarse de otro.
—Luna, tenemos que irnos —dijo Kevin.
—Tengo la sensación de que deberíamos ayudarles —dijo Luna—. Ya sé cuál es el plan, pero…
—No podemos ayudarles —dijo Kevin—. Lo único que podemos hacer es transformarnos junto a ellos. O podemos parar esto.
Por encima de él, Kevin oyó el chirrido de los motores acumulando potencia, y alzó la vista a tiempo para ver que la nave alienígena empezaba a iluminarse desde abajo. Unos anillos de luz empezaban a crecer a lo largo de su base en círculos concéntricos que empezaron a girar a una velocidad casi vertiginosa.
—Creo que se está preparando para marchar —dijo Kevin.
Él no se lo esperaba. Con tantas naves más pequeñas todavía a nivel del suelo, no tenía sentido que la nave más grande se fuera, pero parecía que se estaba preparando para hacerlo y, una vez lo hiciera, no tenían ninguna manera de saber si volvería de la nave nodriza al mismo lugar. Si tenían que atravesar de nuevo el país para entregar el virus, había demasiadas cosas que podían salir mal, demasiadas posibilidades de que no lo pudieran hacer de ninguna manera.
Kevin vio que una de las naves más pequeñas empezaba a replegar el rayo de luz que usaba para recoger cosas, y después se elevó hacia el aire en dirección a la nave de la ciudad. Fue en dirección a una abertura y no regresó. Le siguió

otra, y después otra.
Mientras tanto, en tierra, los últimos miembros del Club Motero del Polvo estaban luchando desesperadamente, cayendo de uno en uno por el vapor al arrancarles las máscaras sus antiguos amigos.
—No creo que nos quede mucho tiempo —dijo Kevin.
—Vamos, Luna. Tenemos que hacerlo —dijo Chloe.
—Grrr… está bien —dijo Luna—. Hagámoslo.
Aceleraron sobre sus motos, los motores iban a tope mientras se dirigían hacia el agujero en las filas de las personas controladas por los alienígenas.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Se dirigían hacia el agujero, sin parar, sin tan solo reducir la velocidad. Ahora no había tiempo si tenían que hacerlo antes de que la gran nave de la ciudad se retirara y, de algún modo, Kevin tenía la sensación de que realmente se estaba retirando, en dirección a la nave nodriza de manera que él, Luna y Chloe no podrían llegar a ella con el virus. ¿Podrían haber sacado esa información de las cabezas de los moteros cuando los controlaron? Tal vez solo se lo habían imaginado por la forma en la que Kevin iba a la carga hacia sus naves, o tal vez solo era coincidencia.

Vio que Chloe y Luna se ajustaban sus mascarillas prestadas mientras aceleraban, Luna tuvo que hacerlo con una sola mano pues era la que conducía. Incluso con las mascarillas, Kevin podía ver la determinación en sus caras mientras se dirigían al agujero en la fila de los controlados, rugiendo hacia el lugar a pesar de que este empezaba a contraerse, algunos de los controlados volvían para cerrarles el paso.

¿Habían salido demasiado tarde ellos tres? ¿Habían esperado durante demasiado tiempo mientras observaban el sacrificio que habían hecho los moteros? Solo un par de segundos podían ser la diferencia entre atravesar ese agujero que se iba cerrando y que los controlados aparecieran en manada delante suyo para que no pudieran pasar.

—¡Continuad! —gritó Kevin a las demás—. ¡Más rápido!

Se agachó sobre el manillar de su moto mientras el viento pasaba corriendo. A su lado, veía a Bobby con la boca abierta en una sonrisa perruna, disfrutando claramente de la velocidad. Aun así, Kevin no sabía si esto iba a bastar para atravesarlos.

Se precipitó contra las filas de controlados como un saltador que se mete en el agua y sintió que chocaban contra sus motos, unas manos lo agarraban y los cuerpos se lanzaban sobre el metal sin importarles el daño que les podría hacer. Kevin luchaba a cada impacto por mantener la moto recta, intentando corregir el golpe de la carne contra el metal y evitar que todo se viniera abajo.

Salió de las filas de los controlados como el corcho sale de una botella, pero eso no ayudó a Kevin con el equilibrio de la moto. Kevin notó que el sidecar se levantaba del suelo mientras viraba de un lado a otro, ya fuera de su control. El manillar se le escapó de las manos y la única parte buena fue que la moto empezó a reducir la velocidad cuando empezó a derrapar, y parecía que se venía abajo casi a cámara lenta.

—¡Salta, Bobby! —chilló Kevin, y el perro brincó tan fácilmente como si Kevin le hubiera dicho que se apartara de un mueble.

Para Kevin no fue tan fácil. Intentó salir gateando de su moto cuando esta cayó, pero notó que su pierna quedaba atrapada debajo de ella cuando al caer, el dolor salió disparado de su pierna y del resto de su cuerpo cuando se estrelló contra el suelo. Kevin intentó sacarse la moto de encima con una

patada, pero estaba atorada encima suyo y parecía un peso muerto que apretaba su pierna, demasiado pesado para moverlo sin ayuda.
Los controlados se acercaban y Bobby les gruñía, brincó hacia delante para reducir a uno, mordiendo y gruñendo, antes de saltar de nuevo hacia Kevin. Si hubieran sido humanos, esto podría haber bastado para mantenerlos a distancia, pero continuaban llegando, y Kevin los miraba fijamente mientras ellos estiraban los brazos hacia él…
—¡Aguanta, Kevin! —gritó Luna mientras Chloe y ella agarraban la moto y la levantaban entre las dos. Kevin salió justo cuando unas manos iban a por él, y se esforzó por ponerse de pie a pesar del dolor en su pierna. Los tres salieron corriendo hacia las naves más cercanas, mientras a su alrededor más y más se dirigían al cielo, dejando unos espacios vacíos que parecían oportunidades perdidas.
Los controlados los agarraron, rodeándolos brevemente, de modo que por un momento no era posible saber dónde estaban sus amigas. Unas manos se dirigían hacia él y Kevin tuvo que empujar y dar codazos, intentando hacer el sitio suficiente para salir.
Kevin oyó gritar a Luna y, al girarse, vio que le daba una patada a uno de ellos y conseguía librarse, antes de que otro la agarrara por la cintura.
—¡Luna! —gritó Kevin, disponiéndose a ir hacia ella—. ¡No!
La gente le cerró el paso y Kevin intentó luchar para abrirse camino entre ellos, pero parecían estar por todas partes. Kevin oyó que Luna gritó cuando unas manos le quitaron la máscara, intentando luchar todavía contra ellos, intentando todavía liberarse. Si pudiera llegar hasta ella…
Vio que Cachorro salía de la masa de los controlados y, por un breve instante, Kevin pensó que Luna podría salvarse, que él podría haber superado de algún modo todo lo que había pasado y que estaba allí para ayudar. Entonces vio la inconfundible blancura en los ojos del chico, y que sus manos se acercaban a Luna mientras le acercaba la boca en un movimiento que podría haber sido casi tierno de no haber sido tan horrible.
—¡No! —exclamó Kevin—. ¡Aguanta la respiración, Luna! ¡Voy a por ti!
No sabía si ella podía oírlo o no, pero eso no cambiaba nada. Kevin se lanzó hacia delante contra el muro de carne que había en medio, ignorando las lágrimas que derramaba por las mejillas mientras Cachorro se inclinaba sobre Luna como en una desagradable parodia de un beso. El vapor fluía por encima de la cabeza de ella mientras Kevin continuaba peleando por avanzar, para intentar salvarla, para intentar parar esto.
—¡Aguanta la respiración, Luna! —chilló de nuevo—. ¡Por favor, aguanta la respiración!
Las personas que había a su alrededor eran tan inquebrantables como lo podría haber sido el cemento mientras Kevin intentaba hacer todo lo que podía por atravesarlos. No sentían dolor, no tenían piedad, no podía hacer que se movieran y Luna ya no podía aguantar más la respiración.
Kevin oyó que en una bocanada se llenaba los pulmones de aire, se oyó fuerte

en contraste con el silencio con el que luchaban los controlados.

—¡Lucha, Luna! —gritó Kevin a través de sus lágrimas—. ¡Tú puedes luchar contra eso! ¡Tú puedes luchar contra cualquier cosa!

—Kevin —consiguió decir ella—. Yo…

El silencio que vino a continuación fue horrible, más horrible que cualquier cosa que Kevin hubiera sentido en su vida. De algún modo, era peor que cuando el doctor le dijo que iba a morir. Era peor que cuando su madre abrió la puerta de su casa de aquella manera, ya transformada en uno de ellos. Era peor que ver al resto del mundo cayendo a trozos. Se trataba de Luna y, allí, en un instante, ya no estaba.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Kevin gritó en voz alta su dolor, su rabia y su desesperación. Luna ya no estaba. No podía creer que Luna no estuviera. Golpeó a una de las personas a las que los extraterrestres habían convertido y, aunque no servía de nada, lo volvió a hacer. Vio que Bobby mordía a los convertidos que estaban más cerca de él y Kevin deseó que eso pudiera cambiar algo, pero no podía.

Entonces unas manos se acercaron a él, y Kevin ni tan solo intentó pelear. Si iban a matarlo, ¿qué cambiaba eso ahora? Luna no estaba, y…

—¡Kevin! —chilló Chloe—. Tenemos que irnos. ¡No podemos ayudarla!

Lo arrastró hacia atrás, apartándolo de la multitud de controlados.

—Vamos, Kevin —le gritó—. Todavía tenemos el virus. ¡Todavía tenemos que hacerlo!

En ese momento Kevin estaba demasiado bloqueado para contestar mientras Chloe tiraba de él en dirección a una de las naves que habían aterrizado que todavía tenía la puerta abierta. En ese momento no había muchas, y las que había todavía parecía que se estaban preparando para despegar. Más arriba, la parte inferior de la nave de la ciudad todavía brillaba con los círculos de energía, que vibraban mientras se preparaba para marchar.

—Todavía tenemos que hacerlo —dijo Kevin, sin sentir que lo que decía fuera cierto. Su mirada todavía estaba en la multitud de convertidos que avanzaba. Luna caminaba en el centro en perfecta sincronización con el resto, con las pupilas en blanco y la cara inexpresiva. Ahora avanzaban lentamente, como si supieran que los planes de Kevin se habían hecho pedazos en el momento en el que agarraron a Luna.

Pero no era así. La mejor oportunidad de recuperarla radicaba ahora en derrotar a los extraterrestres. Kevin sacó el vial del virus y la sopesó en su mano.

—Rápido —dijo Chloe, guiándolo hasta una de las naves que estaban aterrizando y hacia el rayo que bajaba para absorber todo lo que encontrara dentro.

—¿Cuál es la mejor manera de hacerlo? —le preguntó Kevin a Chloe.

—Lanzando el vial dentro y escapando —sugirió Chloe—. La nave llevará el virus hasta la grande.

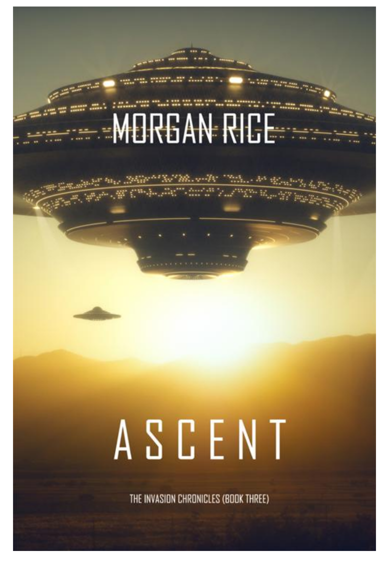
Kevin asintió, alzó el vial y miró el claro líquido azul que había dentro. De algún modo, parecía lo apropiado acabar las cosas de esta manera. Los alienígenas habían escondido su vapor dentro de una roca, así que tal vez tenía algo de sentido terminar así las cosas. Sacó el tapón del vial y lo alzó hacia el rayo de luz, medio esperando algún tipo de respuesta inmediata de la tecnología alienígena. Pero no reaccionó, solo tiró de su mano de manera que el vial parecía un globo que quería salir volando. Kevin lo soltó y vio cómo flotaba hacia el interior de la nave.

Durante uno o dos segundos, no pasó nada y, a continuación, la nave se

levantó en silencio mientras Kevin miraba alrededor para intentar pensar qué hacer a continuación.
Las personas a las que los extraterrestres controlaban todavía estaban por allí cerca, ahora esparcidos en una especie de círculo amplio, rodeando a Kevin y a Chloe. Pero no se movían, simplemente estaban allí de pie, conteniéndolos, sin dejarlos marchar. Kevin podía distinguir a Luna, entre los demás, tan quieta y silenciosa como el resto mientras la nave que Kevin y Chloe habían contaminado se alzaba al encuentro de la nave que había encima de la ciudad.
—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Chloe.
Kevin miró a su alrededor. No había agujeros en el círculo de los controlados, pero parecía que tampoco se acercaban.
—Supongo que esperar, sencillamente —dijo Kevin—. El mensaje dijo que los extraterrestres no tendrían ninguna protección contra un virus que no conocieran, así que supongo que los efectos serán bastante rápidos. En cualquier momento a partir de ahora deberíamos ver algo.
Kevin alzó la mirada, que estaba fija en la nave de encima de la ciudad. La más pequeña ya había desaparecido dentro de ella, entrando a toda velocidad como una abeja en una colmena.
—En cualquier momento a partir de ahora —repitió Kevin, preguntándose qué aspecto tendría cuando el virus arraigara allá arriba. ¿Cambiarían los colores de la parte inferior de la nave extraterrestre? ¿Daría tumbos en el cielo y caería hasta estrellarse? Kevin realmente esperaba que no, pero estaba seguro de que habría alguna señal. Los extraterrestres, los extraterrestres buenos, habían sido muy claros en su mensaje. Prácticamente les habían prometido que funcionaría.
—En cualquier momento a partir de ahora —le dio la razón Chloe—. Err… ¿cuántos momentos más crees tú?
Kevin no tenía una respuesta para eso. Él seguía mirando fijamente hacia el cielo con esperanza mientras los segundos iban pasando, la nave de arriba no cambiaba y las naves pequeñas que había a su alrededor todavía subían hacia el cielo.
Una de ellas descendió y se detuvo al mismo nivel. Bajó un rayo de luz con algo flotando en su interior. A Kevin le dio un vuelco el corazón cuando vio el brillo del vial que contenía el virus, ahora vacío. Estiró la mano y este fue flotando hasta él con la misma facilidad que si alguien se lo hubiera colocado allí.
—Dijeron que funcionaría —dijo Kevin—. ¡Dijeron que funcionaría!
El vial vacío parecía una burla –un insulto intencionado; una manera de decirle a Kevin que no podía esperar que nada de lo que pudiera hacer parara a los extraterrestres. De algún modo, lo empeoraba. Le hacía sentir completamente impotente.
—Quizás nos equivocamos —dijo Chloe—. Si realmente hubiera sido tan fácil deshacerse de los extraterrestres, ¿no lo hubieran hecho ellos?
No, no estaba bien. No era justo, no después de todo lo que habían hecho;

después de todo lo que habían sacrificado.
—Se suponía que funcionaba —dijo Kevin—. Se suponía que lo mejoraría todo.
Miró hacia donde estaba Luna y se sintió totalmente perdido. También se sentía avergonzado pues, por segunda vez, había escuchado los mensajes procedentes de los alienígenas y las cosas solo habían empeorado, no mejorado. La primera vez, había costado el mundo. La segunda, había costado Luna, y Kevin no estaba seguro de cuál era peor.
Entonces Luna empezó a andar hacia delante.
Los demás fueron con ella, yendo al mismo paso, hasta formar un círculo que se iba cerrando alrededor de Kevin y Chloe, que se estrechaba más a cada paso que daban hacia ellos. Esto obligó a Kevin y a Chloe a retroceder hacia el lugar donde la luz brillaba sobre el suelo debajo de la última nave, el círculo de controlados se cerraba a su alrededor como un ojo parpadeante.
Chloe miraba a su alrededor como un animal enjaulado y Kevin sabía exactamente lo mal que llevaba estar atrapada en lugares en los que no quería estar. Bobby estaba allí, mirando alrededor, posado delante de ellos como si pudiera protegerlos de todas aquellas personas controladas.
—No veo ninguna salida —dijo Chloe, mientras el pánico crecía en su voz.
Bobby ladraba y mordía y se metió corriendo en la multitud.
—¡Bobby! ¡NO! —gritó Kevin.
Pero era demasiado tarde. Oyó su aullido y después desapareció en medio de la multitud.
Kevin alargó su mano. Chloe la tomó, con la mano temblorosa.
De repente, la luz a su alrededor se volvió más brillante, y Kevin notó que sus pies se levantaban del suelo, con Chloe a su lado.
Estaban flotando, en dirección hacia arriba, levantaron el vuelo más y más rápido hacia la nave alienígena.
—¡NO! –chilló Chloe.
Pero era demasiado tarde. No se podía hacer nada mientras tiraban de ellos hacia arriba, increíblemente, hacia la nave. Kevin agitaba brazos y piernas, como si eso pudiera cambiar algo, a pesar de que sabía que no lo haría.
Miró hacia abajo, ahora la gente era pequeña y observaba cómo se hacían más y más pequeños a medida que la Tierra se hacía distante.
Un pasillo se abrió y se deslizó por encima de ellos, cerrándose a continuación, por debajo de ellos.
Y todo el mundo de Kevin se volvió oscuridad.

¡AHORA DISPONIBLE POR ADELANTADO!



ASCENSO

(Las crónicas de la invasión—Libro tres)

"TRANSMISIÓN es cautivadora, impredecible y está firmemente arraigada a fuertes perfiles psicológicos respaldados por elementos de suspense y ciencia ficción: ¿qué más pueden desear los lectores? (Solo la rápida publicación del libro dos, Llegada.)"

--Midwest Book Review

De la autora de fantasía éxito en ventas Morgan Rice llega el libro #3 de una serie de ciencia ficción muy esperada. Con el planeta Tierra destruido, ¿qué será de Kevin, de 13 años, y Chloe dentro de la nave nodriza?

¿Los esclavizarán los extraterrestres? ¿Qué quieren? ¿Hay alguna esperanza de escapar?

Y ¿Kevin y Chloe regresarán alguna vez a la Tierra?

"Llena de acción… La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento es intrigante.

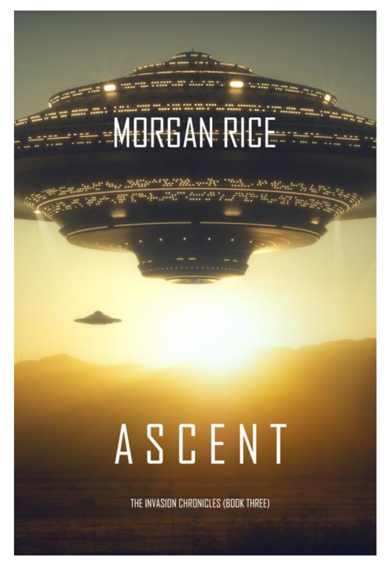
–Publishers Weekly, sobre *La senda de los héroes*

"Una novela de fantasía superior… Una ganadora recomendada para aquellos a los que les guste la literatura de fantasía épica avivada por jóvenes protagonistas adultos creíbles".

–Midwest Book Review, sobre *La senda de los héroes* "Una novela de fantasía llena de acción que seguro que satisfará a los fans de las anteriores novelas de Morgan Rice, junto con los fans de obras como EL CICLO DEL LEGADO de Christopher Paolini… Los fans de la ficción para jóvenes adultos devorarán esta última obra de Rice y pedirán más".

–The Wanderer, A Literary Journal (sobre *El despertar de los dragones*) El libro#4 estará pronto disponible.

También están disponibles muchas series de fantasía de Morgan Rice, incluida *LA SENDA DE LOS HÉROES* (LIBRO#1 EN *EL ANILLO DEL HECHICERO*), ¡una descarga gratuita con cerca de 1.300 críticas de cinco estrellas!

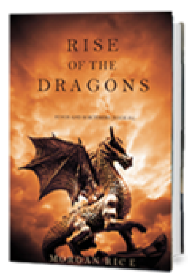


ASCENSO

(Las crónicas de la invasión—Libro tres)

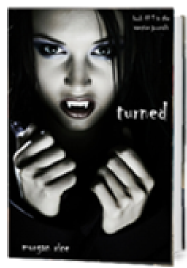
¿Sabías que he escrito múltiples series? ¡Si no has leído todas mis series, haz clic en la imagen de abajo para descargar el principio de una serie!



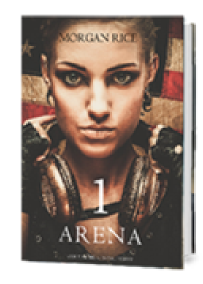














Libros de Morgan Rice

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES
LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1) LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2) LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN
TRANSMISIÓN (Libro #1)
LLEGADA (Libro #2)
ASCENSO (Libro #3)
REGRESO (Libro #4)

EL CAMINO DE ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1) UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2) UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3) UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4) UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5) UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6) UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1) CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2) ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #3) REBELDE, POBRE, REY (Libro #4) SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5) HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6) GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7) VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1) EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2) EL PESO DEL HONOR (Libro #3) UNA FORJA DE VALOR (Libro #4) UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5) LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1) UNA MARCHA DE REYES (Libro #2) UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3) UN GRITO DE HONOR (Libro #4) UN VOTO DE GLORIA (Libro #5) UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6) UN RITO DE ESPADAS (Libro #7) UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8) UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9) UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10) UN REINO DE ACERO (Libro #11) UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12) UN MANDATO DE REINAS (Libro #13) UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14) UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15) UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16) EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1) ARENA DOS (Libro #2)
ARENA TRES (Libro #3)

VAMPIRA, CAÍDA ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)
AMORES (Libro #2)
TRAICIONADA(Libro #3)
DESTINADA (Libro #4)
DESEADA (Libro #5)
COMPROMETIDA (Libro #6)
JURADA (Libro #7)
ENCONTRADA (Libro #8)
RESUCITADA (Libro #9)
ANSIADA (Libro #10)
CONDENADA (Libro #11)
OBSESIONADA (Libro #12)

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!